

VIDAS DE GRANDES HOMBRES

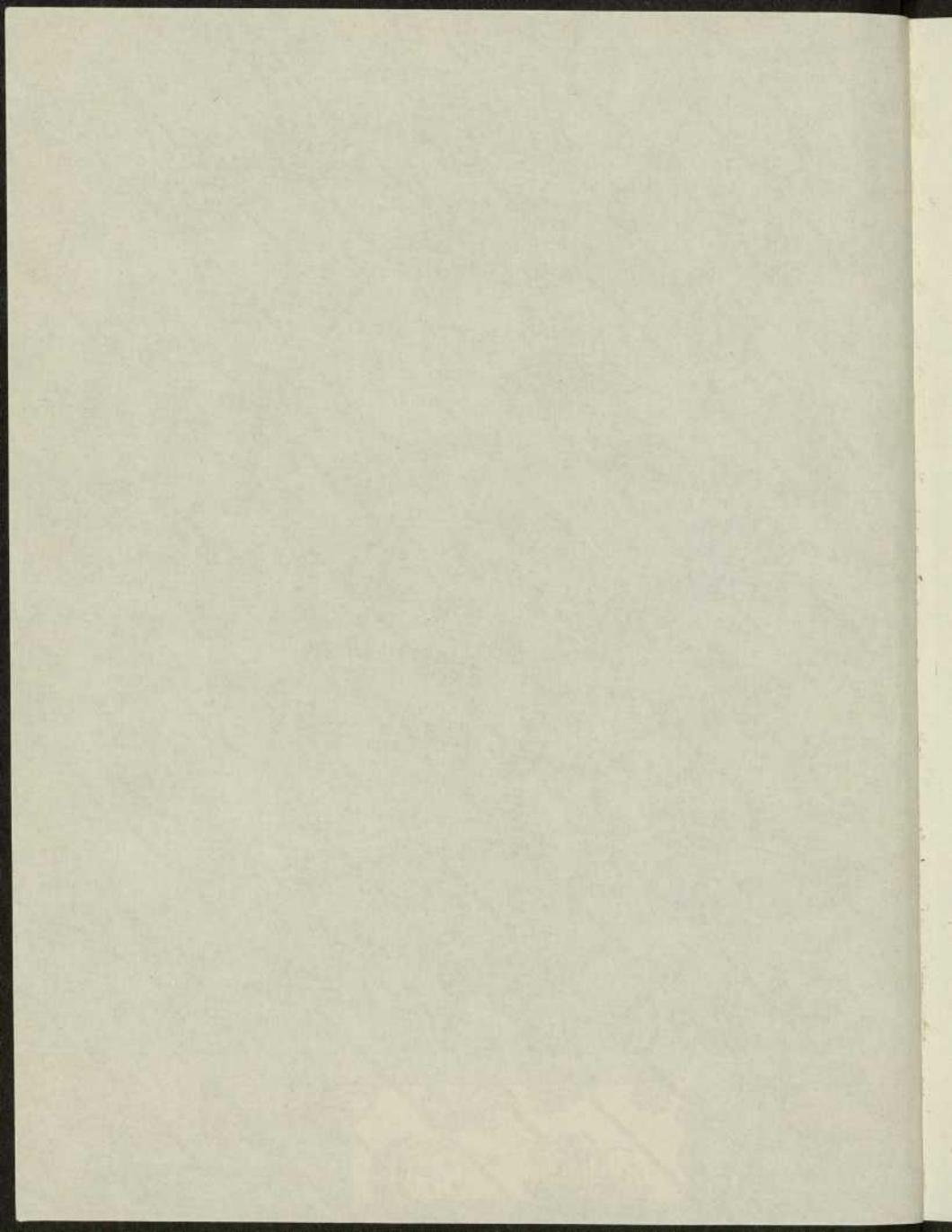
# EL CID CAMPEADOR



Industrias Gráficas  
SELX Y BARRAL IÑOS, S.A. EDITORES  
BARCELONA







EL CID CAMPEADOR

D.H.

---

## VIDAS EJEMPLARES

### GRANDES HOMBRES

ALEJANDRO MAGNO  
CERVANTES  
NAPOLEÓN  
GONZALO DE CÓRDOBA  
*(El Gran Capitán)*  
JAIME I EL CONQUISTADOR  
JULIO CÉSAR  
CRISTÓBAL COLÓN  
STEPHENSON  
FRANKLIN  
DANTE  
LIVINGSTONE  
EL CID CAMPEADOR  
PIZARRO  
BOLÍVAR  
EDISON  
MOZART  
MIGUEL ÁNGEL

### MUJERES ILUSTRES

ISABEL LA CATÓLICA  
SANTA TERESA  
D.ª MARÍA DE PACHECO  
JUANA DE ARCO  
MADAME CURIE

VIDAS DE GRANDES HOMBRES

Vida de  
**El Cid Campeador**

POR

A. RUIZ Y PABLO

CUARTA EDICIÓN

~~R/48884~~

99



B.P. BURGOS

N.R.

N.T. 1087950

C.B. 3609 688

BV

9883



I. G. SEIX Y BARRAL HNOS., S. A. " EDITORES

Provenza, 219 - BARCELONA

1942

VIDAS DE GRANDES HOMBRES

El Cid Campeador

A. RUIZ Y PABLO

QUINTA EDICIÓN



PROPIEDAD REGISTRADA

Industrias Gráficas Seix y Barral Hnos., S. A. - Calle Provenza, 219. - BARCELONA

## PREFACIO

---

Esta colección de biografías tiene por objeto poner de manifiesto el grado supremo de la actividad y la nobleza humanas, para que los jóvenes, tan inclinados por instinto a admirar todo lo que significa esfuerzo viril y heroísmo, gocen en la lectura de los hechos magníficos engendrados por el amor a la patria, el severo sentimiento del deber, el valor personal, el desprecio del peligro, la noble ambición, la encendida religiosidad o las maravillosas creaciones de la inteligencia; y los que sean capaces, sientan nacer en ellos deseos ardientes de dignificar y espiritualizar de algún modo su vida. Pues no existe lectura más sugeridora de un elevado ideal, ni que más contribuya a decidir la vocación y a formar un carácter, que la lectura de las vidas de los grandes hombres.

“En la vida de los grandes hombres aprendemos a pensar como ellos pensaban. Nuestro pequeño pensamiento, en contacto con los grandes, crece”, ha dicho un autor; y a esto añadiremos que son incontables los casos de los que, hallándose en circunstancias difíciles, encontraron en el recuerdo del ejemplo dado por un grande hombre el valor y el estoicismo suficientes para sobrellevarlas.

La lectura de las vidas de los hombres superiores dará además a conocer lo que la Humanidad, y por consiguiente cada uno de nosotros, les debe; y al aprender que todo se lo debemos a ellos y que las hermosas e ilimitadas probabilidades que nos ofrecen el presente y el porvenir son fruto de sus trabajos, y, en muchos casos, de sus hondos sufrimientos, nos sentiremos agradecidos y nos inclinaremos con admiración y respeto ante esos muertos ilustres.

Junto a los héroes, cuya vida se ha exteriorizado en actos de visible transcendencia en la historia de la civilización, aparecerán también las grandes figuras de algunos contemporáneos, y tampoco olvidaremos las de aquellas humildes víctimas del deber cuyo sacrificio diario y desconocido hace posible la conservación de la seguridad y el bienestar sociales, para mostrar cómo el heroísmo no se manifiesta siempre en hechos aparatosos, sino que también cabe, y quizá sea esta su forma más pura, en el sencillo cumplimiento estricto del vulgar deber cotidiano.

\* \* \*

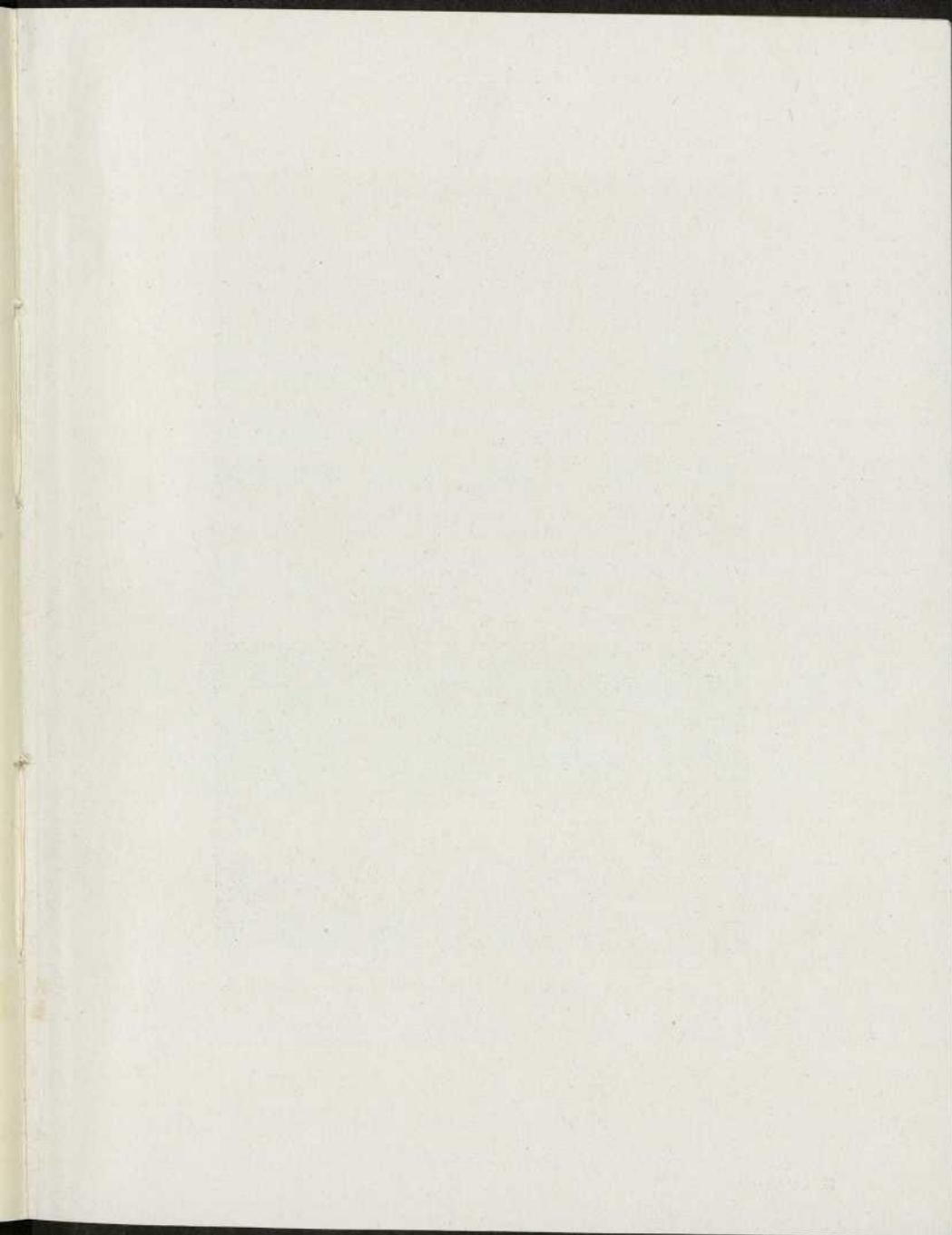
Una colección de esta naturaleza era necesaria. Hasta ahora, las vidas de los grandes hombres se hallaban esparcidas en obras voluminosas, muchas de ellas indigestas, no expurgadas y de difícil, por no decir imposible, acceso a la juventud. De lo que principalmente nos hemos preocupado es de presentarlas de modo que la acción se desarrolle viva, palpitante, expresiva por sí misma, sobria

de comentarios. En esta forma, el trabajo crítico y de apreciación queda casi exclusivamente a cargo del lector, y si el héroe incurre en alguna falta, pues al fin y al cabo es un hombre, el buen sentido la reprobará, sin que sea necesario llamar sobre ella la atención, ni estorbar o enfriar la llama del entusiasmo que el relato pretende mantener encendida.

† JUAN PALAU VERA

---







EL CID CAMPEADOR

# VIDA DE EL CID CAMPEADOR

---



## I

Estado político y social de España al nacimiento del Cid

Trescientos treinta años hacía que al empuje de los ejércitos musulmanes había sucumbido el imperio visigodo, y pocos menos que había comenzado la Reconquista a todo lo largo de los Pirineos. El gran Califato de Córdoba, “luz y ornamento del mundo”, rival del de Oriente, se había hundido, y de sus restos se habían formado los reinos moros de Sevilla, de Toledo, de Granada, de Badajoz, de los Algarbes, de Murcia, de Denia, de Valencia, de Zaragoza. Al Norte se habían constituido los condados cristianos de Barcelona y de Aragón, los reinos de Navarra, Galicia y León, y el condado de Castilla, el cual, merced a las hazañas de sus condes, vasallos de León, en guerra con los moros y con los cristianos limítrofes, había logrado una verdadera personalidad y la independencia. Toda la Península era un hervidero. Luchaban moros contra moros, cristianos contra cristianos y unos con otros, como si se hubiesen propuesto destrozarse todos los pueblos. Ni los cristianos tenían reparo en aliarse con los moros para atacar a otros cristia-

nos, ni los moros en prestar ayuda a éstos para destrozarse entre sí, lo cual no obstaba para que musulmanes y cristianos se odiasen de muerte.

En efecto, un sentimiento más fuerte que sus internas rivalidades parecía animar a los cristianos, quienes, en cuanto lograban desembarazarse de sus adversarios hermanos en religión, por paz, por tregua o por enlaces, dirigían sus armas contra los descendientes de los invasores, reconquistando palmo a palmo la tierra de sus padres. El espíritu de ataque estaba en ellos; los musulmanes se contentaban con la defensiva, con mantener y disfrutar en la paz y en la molicie las tierras que los cristianos españoles no lograban arrancarles.

El vencimiento y muerte del gran Almanzor había significado para los musulmanes españoles lo mismo que la rotura del hilo de un collar. Las perlas se habían desgranado. Al contrario, los cristianos españoles estaban engranando su collar, y el primer hilo que los juntara había de representar para ellos la definitiva victoria. Tenían también a su favor la confianza en sí mismos, su propia rudeza, la fe en su propia causa, que era la más justa, el recuerdo del antiguo imperio y el indomable carácter propio de los iberos, templados, además, por una larga e incesante lucha. Su pobreza era extrema, y las tierras que habían reconquistado, áridas y duras. El antiguo saber godo había sido anegado por la invasión, y lo que de él restaba se había refugiado en unos pocos conventos, de tal manera, que el papa Urbano II hubo de enviar desde Francia prelados que reformasen las iglesias de España.

En cambio, la civilización musulmana había llegado a su mayor grado de esplendor: poseían las tierras más férciles y las cultivaban sabiamente, haciéndolas producir los frutos más preciados de Oriente y Occidente; sus industrias tenían fama universal, y los sabios, artistas, doctores y poetas pululaban en las cortes de los diversos reinos; sus comarcas allegaban grandes riquezas, y en la molicie y los placeres transcurría su vida. Quizá por su mismo contacto con los cristianos sometidos, se había apagado bastante su tradicional fanatismo, y a la fe religiosa, que les había hecho conquistar dos Continentes y les puso a dos dedos de conquistar Europa entera, había sucedido una suerte de escepticismo. Una nube de pesimismo parecía envolver a los descendientes de Tarik, quienes sólo podían fiar en las divisiones y luchas intestinas de los monarcas cristianos o en alguna inyección del inexhausto vigor de los musulmanes marroquíes. Así, en vez de pensar en la reconquista de lo que los cristianos les habían ido tomando, cada vez que alguno de los reyes cristianos les acometía, preferían ofrecerle un tributo o rescate a defenderse, y poco a poco iban haciéndose tributarios de los príncipes de Castilla y León, de Navarra, de Cataluña: así lo hacían el rey moro de Toledo y el de Zaragoza y aun el de Sevilla, y así lo hicieron más adelante reyes como el de Granada. Eran ellos ricos, y pobres sus adversarios; y, dadas estas condiciones, eran fáciles el convenio y el rescate. Era frecuentísimo salir un rey cristiano con su ejército, correr tierra de moros en busca de botín (que constituía su casi única renta), llegar a los muros de una gran ciudad, po-

nerla sitio y volver contento y satisfecho sin haberla tomado, pero llevándose un tratado de vasallaje y un rescate riquísimo.

La España cristiana iba reconstruyéndose poco a poco; y es maravilla cómo en su rudeza se constituían los pueblos tan sabiamente, con sus fueros, con sus leyes, embrionarias, esto sí, pero muy a tenor con el modo de ser de aquella gente. El espíritu cristiano alentaba en ellas; pero no tan profundamente que no llevasen la reata de unas costumbres poco menos que bárbaras. La guerra lo llenaba todo, y no ya los fijodalgos, sino los mismos príncipes, recibían una instrucción rudimentaria. Niños aun, tomaban parte en los combates hasta los herederos de la corona, como ocurrió con el único hijo de Alfonso VI, muerto en la batalla de Uclés, donde cayó junto al príncipe, para defenderle, la flor de la nobleza castellana.

No sería justo ni aun lógico juzgar a aquellas generaciones con nuestro juicio de hombres nacidos en una civilización tan refinada como la nuestra. Pura era la doctrina religiosa, pero las costumbres, bárbaras; las leyes políticas y sociales estaban en embrión, y en muchos casos no había otra que la del más fuerte. Incluso acerca del derecho de propiedad las ideas no podían ser muy cristianas en hombres cuya suerte era tan insegura, teniendo en riesgo constante casa y hacienda, no menos que la vida. El punto de honor era muy sensible, como de gente acostumbrada desde la niñez al combate, y cuya profesión no admitía ni la sombra de la cobardía. El homicidio, mientras fuese cometido cara a cara, no se tenía por crimen. La venganza de

familia era en muchos casos honrosa y en cierto modo necesaria donde la ley apenas intervenía en los que se llaman ahora crímenes pasionales.

Un pormenor interesante nos da la *Crónica General de los Reyes de Castilla* acerca del carácter y costumbres de los nobles de aquel tiempo. En vez de deleitarse en la lectura de romances, en las danzas y músicas, como los árabes, “acostumbraban los caballeros, cuando comían, que les leyesen las historias de los grandes hechos de armas. Y aun hacían más: que los juglares no dijese[n] ante ellos otros cantares sino de gesta o que hablasen de hechos de armas”.

Vivían aquellos hombres en continuo estado de guerra y sobresalto, y así, a la par del ejercicio de las armas, la práctica del valor, el sentimiento del peligro y la propia defensa, había de desenvolver en ellos poderosamente el sentido de la astucia. La astucia, no menos que el arrojo, son cualidades del guerrero de ahora y de siempre. La estrategia de aquellos tiempos no podía ser otra cosa, y aplicar las leyes de la caballería, en las luchas contra enemigos así, era combatir con armas desiguales. Los tratados y convenios se quebrantaban con la misma facilidad con que se llevaban a cabo. Y no hemos de olvidar nosotros que tampoco ahora estamos muy por encima de aquella gente, en punto a guardar palabras y tratados entre naciones que presumen de cultas y civilizadas.

En medio de aquel avispero de violencias, de inseguridad, de rudeza, de agitación, en el punto y foco mismo de todas ellas, que era Castilla, rodeada de enemigos por todas partes, y en una clase social intermedia entre los reyes y

condes y los fijosdalgos, es decir, los infanzones, vino al mundo el gran hombre cuya vida vamos a narrar. Miembro de una familia de las más ilustres de Castilla, no por su sangre, sino por sus hechos; descendiente en línea recta de aquel famoso juez castellano, Laín Calvo, que prefería los campos de batalla al sereno ejercicio de la justicia, y de otros claros varones, el Cid poseía el orgullo de su estirpe, que no bajaba la cabeza ni ante el mismo rey. Estaba dotado de las altas cualidades y de los mismos defectos de su generación, y puede decirse que en él encarnó el genio de Castilla: sobrio, fuerte, audaz, altivo, valeroso, astuto, gran político, gran capitán. Y con una ambición tan grande, como la que, del insignificante condado de Amaya, hizo a Castilla señora de la Península, árbitro de Europa y dominadora de un mundo.

## II

### Carácter del Cid según la leyenda y según la Historia

La circunstancia de que la leyenda se apoderara de los hechos del Cid Ruy Díaz del Vivar, casi antes que la Historia escrita, lejos de falsear su figura, la esculpe con mayor relieve: porque grandes habían de ser los hechos de este héroe, para que, en un tiempo en que el valor personal, el desprecio de la vida, el esfuerzo corporal y la altivez del ánimo era cosa corriente, adquiriera tal ascendiente sobre todos sus émulos y a todos los sobrepusiera, no sólo ante la imaginación popular, sino ante el juicio de cronistas y reyes, y lo mismo a los ojos de los cristianos, que a los de los moros de aquel tiempo. Tal debió ser su fama, que esos mismos moros enemigos suyos, al propio tiempo que le llaman tirano y piden a Alá que lo maldiga, le proclaman "prodigio del Señor".

Así nos lo pintan ya las crónicas a los cuarenta años de su muerte, como la latina *Gesta Roderici Campidocti*, de hacia el 1140, el *Cantar de Mio Cid*, de 1140, también, y los mismos árabes hacia 1109, es decir, cuando estaban aún calientes los restos del Cid. De estos testimonios, el mejor y más admirable es el *Cantar de Mio Cid*, monumento literario, quizá el primero y más antiguo de la lengua caste-

llana, cuya veracidad histórica, en lo esencial de su narración, es tan firme como llena de honda poesía.

En efecto, no hay poema heroico ni legendario en el mundo que encierre tantos visos de veracidad como éste. No nos pinta, pues, al Cid con ninguna de las aureolas de la leyenda, como aquellos héroes cuya espada hiende montañas, y cuyo caballo marca las herraduras en las rocas, que desbaratan ejércitos con su solo brazo y están investidos de poder sobrenatural. El héroe del poema no alcanza proporciones gigantescas: es simplemente un hombre que incluso llora al abandonar su casa, camino del destierro, que atiende a su mesnada y la procura mantenimientos, y aconseja a sus hombres, y les pide consejo, y los reprende como hombre y no como semidiós. Lucha por su propia gloria, esto sí, pero también por el pan, por el fuero y por el huevo.

Es el más humano de los héroes. Allega grandes riquezas por su propio esfuerzo, pero cuida de que los suyos se enriquezcan con él; castiga con mano dura cuando llega el caso, pero muchas veces puede más en él la misericordia que la justicia; sabe perdonar a tiempo, como buen político; siente profundamente los agravios, pero sabe olvidarlos; sirve a su legítimo soberano, con riesgo de la vida, pero desprecia la vida, y pone en peligro tranquilidad y fortuna en defensa de los derechos de su pueblo contra su soberano; es temerario en la lucha, pero cauteloso y sagaz en la dirección de la batalla; sabe escoger a sus hombres — prueba de grandes dotes políticas — y todos le son fieles hasta la muerte, sin que ninguno le sea traidor, antes bien,

le adoran. En la prosperidad es magnánimo, y en la adversidad sufrido. Es la altivez en persona y, al propio tiempo, es el tipo de la lealtad. Es un gran señor por su cuna y primo del Rey por su mujer; pero sabe contenerse en sus límites de vasallo de su rey natural, y, pudiendo fundar un reino para sí, pone a los pies del soberano que le agravia y le destierra las ciudades que él conquista. Es el terror de los moros enemigos de Castilla; y los moros, que le llaman "azote de su tiempo", sienten por él una admiración tan grande como los mismos cristianos.

Aunque el Cid es el héroe castellano por excelencia y el más castizo de los castellanos, pues parecen encarnarse en él, en grado eminente, todas las cualidades de la raza, es, como pocos héroes nacionales, un tipo universalmente conocido, del cual se enamoran y se apoderan todas las literaturas europeas. El *Cantar* y el *Romancero del Cid* y su historia y su vida son objeto del minucioso y constante estudio de los grandes eruditos e historiadores en todas las lenguas de Europa: ingleses, alemanes, franceses, escandinavos, italianos, holandeses. Porque el Cid personifica a Castilla más profunda y enteramente que ninguno de sus grandes hombres en lo antiguo y en lo moderno, más que los hombres reales y que las figuras heroicas imaginadas por los poetas.

La leyenda y la poesía, lejos de agrandar la figura del héroe, más bien la empequeñecen. Aunque el *Romancero del Cid* constituye un alto y singular poema épico que muchas naciones nos envidian, atribuye al Cid actos, palabras y pensamientos impropios de un hombre educado en la

corte de un gran monarca y más elocuente que en las palabras, en los hechos. En el *Romancero* y en la *Gesta de Rodrigo*, el Cid es jactancioso, bravucón, irrespetuoso con el Rey y aun con el Papa, a veces mal educado y descomedido. Es decir, que todo lo que es añadidura y obra de la fantasía popular, más que para poetizar la figura, sirve para rebajarla.

La única jactancia del Cid, de que nos habla la Historia, es una jactancia digna de él y de un gran hombre. Se la atribuye el escritor árabe Ibn Bassam, coetáneo suyo, poniendo en boca del héroe estas palabras: "Un Rodrigo perdió a España, y un Rodrigo la libertará". Las crónicas modifican y atenúan algo esta frase, pero en el fondo viene a ser la misma. Sin embargo, lejos de constituir una baladronada, esas palabras del Cid, atribuyéndose a sí mismo la gloria de libertador de España, constituyen una firme demostración de la superioridad del héroe. Como todos los grandes hombres, se conocía a sí mismo, apreciaba la magnitud de su obra y sabía medirse con medida exacta. Hombres tan humildes como Cervantes, así lo hicieron también. Pero hay que añadir que, según la Crónica castellana, el Cid no dijo eso así, sino que manifestó que si el Rey tuviera muchos vasallos como él, toda España quedaría libertada; y esto no era exageración, sino una verdad patente.

El orgullo, o mejor dicho, la legítima satisfacción del hombre que ha llevado a cabo algo grande, o por lo menos no común, no quita nada a la modestia ni aun a la humildad, siempre que sienta de sí mismo la verdad y remita a Dios la gloria toda entera. La propia alabanza es cosa

baja, que denota un espíritu grosero; pero alguna vez, como queja o como manifestación de un alma rebosante de entusiasmo, es bella, pues lo que pierde en humildad lo gana en verdad, y la verdad es belleza, justicia, bondad y suprema aspiración del hombre. Cuando el gran conquistador de México, Hernán Cortés, se acercó al no menos grande emperador Carlos V pidiéndole amparo y justicia, no le reconoció el Soberano; y al preguntarle “¿Quién sois?”, tuvo Hernán Cortés una contestación tan digna, tan justa, tan llena de verdad, que, en lugar de jactancia e inmodestia, nos parece un grito de ese legítimo orgullo herido: “Señor — dicen que respondió Cortés —, soy un hombre que os ha ganado más reinos que provincias os legaron vuestros abuelos.”

A esta categoría, aunque no a esta misma clase de sentimientos, pertenece la frase que el historiador árabe pone en boca del Cid al decir que “un Rodrigo perdió a España, y un Rodrigo la salvaría”. Como advierte el que lo contó, se trataba de un momento de exaltación, uno de esos momentos en que la lengua traduce, casi contra la propia voluntad, el estado del alma. Y de tal modo estaba dentro de la realidad esta frase y tal era la fama de aquel hombre, que, según el mismo testimonio, todos los que le oyeron — a los moros se refiere — se llenaron de espanto.

Si hemos de creer a las crónicas de aquellos tiempos, los más grandes capitanes y aun príncipes soberanos eran *condottieri*; es decir, gentes que por la paga estipulada, ya en especie, ya en forma de cesión de tal o cual castillo o comarca, ofrecían el auxilio de su poder militar a quien

lo solicitase, fuese moro o cristiano. La guerra era una profesión, y no en el sentido de defensa de la tierra propia o para castigar agravios, sino como un medio de existencia. Los príncipes eran los caudillos de sus ejércitos, y los ejércitos lo eran todo, pueblo y Estado a la vez; y el Rey, el Estado y el ejército no se mantenían con la miseria que podían darles una industria casi rudimentaria y siempre en peligro, un comercio casi nulo con el exterior y una agricultura atrasada y descuidada, sino con los tributos que lograban de los extraños y con el botín de guerra. Así la guerra era una necesidad, y lo era en dos sentidos: en el de procurar recursos al Estado y en el de ensanchar y fortalecer las fronteras.

Más adelante, cuando la Providencia hizo que recayesen dos grandes coronas en dos grandes monarcas, Fernando III *el Santo*, rey de Castilla y León, y Jaime I *el Conquistador*, de Aragón y Cataluña, la España cristiana se desenvolvió en otra forma; cesaron las guerras entre los pequeños Estados y se dirigió la guerra a un objeto común: echar de la Península a los musulmanes y vivir en paz los príncipes cristianos. Y vino, por último, con la unión de toda España bajo el cetro de Fernando e Isabel, aquel glorioso y estupendo final del siglo xv, en que fueron arrojados al África los restos del imperio mahometano y España descubrió el Nuevo Mundo.



### III

Familia y ascendencia del Cid.— Sus primeros hechos de armas.— Batallas de Llantada y Golpejares.— Su intervención decisiva en los acontecimientos de Castilla.

Burgos, Vivar, Carrión, Medina del Campo, Silos y Cardeña se disputaron la gloria de haber sido patria de Rodrigo Díaz, el Cid Campeador. Sea como fuere, nació en el riñón de Castilla la Vieja en 1041, de Diego Laínez, infanzón del linaje de Laín Calvo, y de Teresa Álvarez, hija de Rodrigo Álvarez de Asturias, de noble prosapia. Su padre era hombre de pro, rico hacendado, varón de gran consejo y guerrero valeroso, que por su propio esfuerzo había ganado a los navarros el castillo de Ubierna. Diego Laínez estuvo en la batalla en que el conde de Castilla Fernán González venció a Almanzor.

En cuanto a su ascendencia, era ilustre desde varias generaciones atrás, pues procedía de los pobladores de Burgos y entre otros del famoso Laín Calvo, "el más honrado alcalde que en Castilla fué nado", como reza el *Cantar*.

Damos estas noticias porque no se crea, como se ha dicho muchas veces, que el Cid era un hidalguillo de escasa o ninguna hacienda, sino de casa rica y poderosa, un infanzón, cuya jerarquía venía después de la de los condes

o ricos homes y antes que la de los fijosdalgos. Como todos los hijos de las grandes familias, se educó sin duda en la corte del rey Fernando I *el Magno*, quien había reunido bajo su imperio — Emperador se llamó — los reinos de León, de Castilla, dejando casi todo el de Navarra a su sobrino don Sancho, el de Galicia y varios señoríos.

Terminadas así las luchas de unos reinos cristianos con otros, Fernando I pudo emprender grandes campañas contra los moros, ensanchando la tierra hasta Coimbra, y llevando sus armas hasta Toledo, Zaragoza, Badajoz y Sevilla, a cuyos reyes hizo tributarios. Y hubiera sin duda tomado a Valencia, a no habérselo estorbado la muerte. Muchocho aun, Rodrigo Díaz del Vivar acompañó a este gran monarca en sus campañas, en las cuales llevaría a cabo alguna proeza, cuando el mismo rey le armó caballero en Coimbra, el domingo 26 de julio de 1058. El Cid contaba entonces diez y siete años de edad.

Es de suponer, por lo que fué después, que ya entonces fuese Rodrigo el brazo esforzado y el corazón indomable que realizó tan grandes cosas. Mas no se ha de dar crédito a la leyenda de sus turbulentas mocedades, que nos lo muestra bravucón, desconsiderado, insolente con el Rey y hasta con el Padre Santo, un verdadero salvaje, que no respeta ni a la orfandad ni a la mujer. Ni las primeras crónicas ni los primeros poemas referentes al Cid nos le presentan en tal aspecto, sino mesurado, gran caballero y hombre de maduro consejo, de tal manera que al morir el rey don Fernando, en 1065, cuando Rodrigo apenas contaba veinticuatro años de edad, le encomienda sus hijos.

El título de Cid o Mío Cid, que le dan constantemente las más antiguas crónicas y los romances, hace presumir que, en realidad, cuando mozo, debió de haber vencido a algún señor de los moros y conquistado su tierra, puesto que Cid era tomado del árabe *Cid*, que significa "señor". No serían los cinco reyes moros de que habla el *Poema de Rodrigo*; pero como este título lo llevó algún otro personaje de su tiempo, sin duda por haber vivido largo tiempo entre los moros o por tener vasallos musulmanes, es muy probable que haya algo de verdad en lo que dice la leyenda, y fué que al rendir parias a Ruy Díaz los moros a quienes había vencido, le llamaron "Mío Cid" en presencia del rey don Fernando I, y éste gustó tanto de aquel título, dado al joven guerrero, que ordenó que en adelante le llamaran todos el Cid. Y de que no abundó mucho este título entre los cristianos es buena prueba que las crónicas a veces le llaman el Cid a secas, como si no hubiese otro.

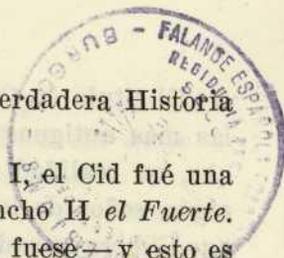
En cuanto a su desafío con el conde Gómez de Gormaz, a quien mató, niño aun, porque éste había inferido un agravio a su padre; y su subsiguiente casamiento con doña Jimena, la hija del mismo Conde a quien había muerto, ambas son cosas de la fábula y además monstruosas. El Cid se casó con una doña Jimena, pero en 1074, a los treinta y tres años de edad, y no era Jimena Gómez, sino Díaz, hija del conde de Oviedo Diego Rodríguez, prima del rey don Alfonso VI y hermana del conde don Fruela. Aunque parezca extraño, en un hombre de su calidad y con tanto valer en la corte, que no se casara más joven, no hay derecho a suponer que se hubiese casado ya con aquella otra doña Jimena tan

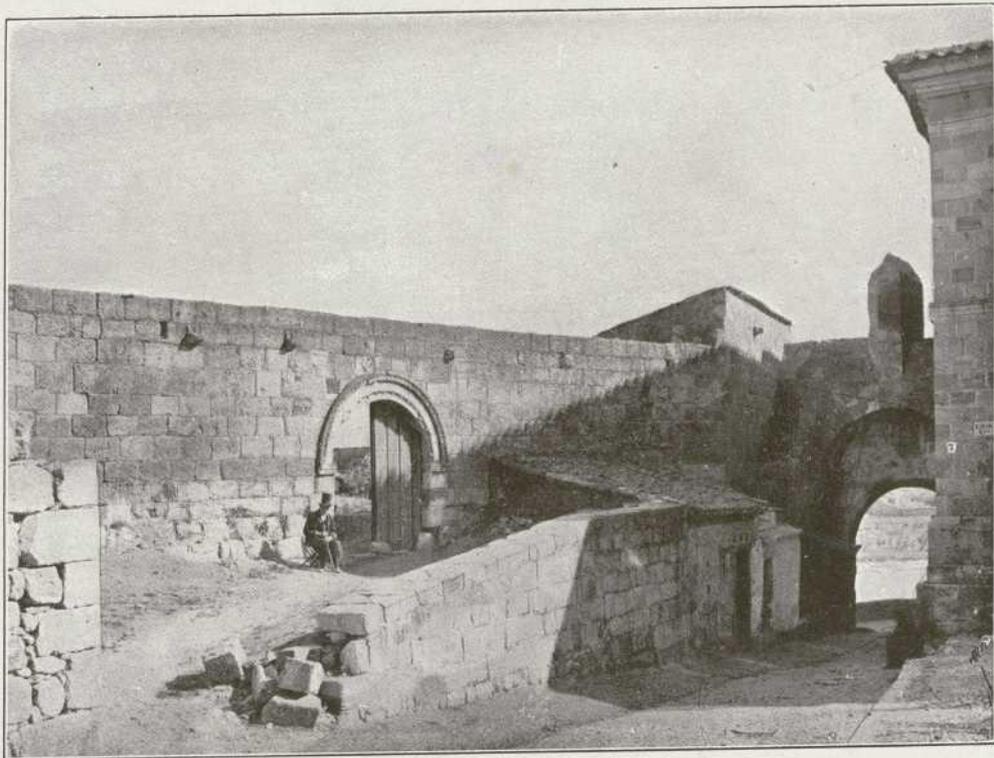
desvalida y desgraciada, puesto que la verdadera Historia en este punto nada deja entrever.

Ello es que, a la muerte de Fernando I, el Cid fué una especie de valido del rey de Castilla Sancho II *el Fuerte*. Ya fuese por el mandato de su padre, ya fuese — y esto es lo más seguro — porque Rodrigo Díaz hubiese sido compañero de armas y de juventud del nuevo monarca, éste le nombró su alférez o portaestandarte, cargo que en aquel tiempo significaba lo mismo que general en jefe de los ejércitos, cuando no los guiaba el mismo rey.

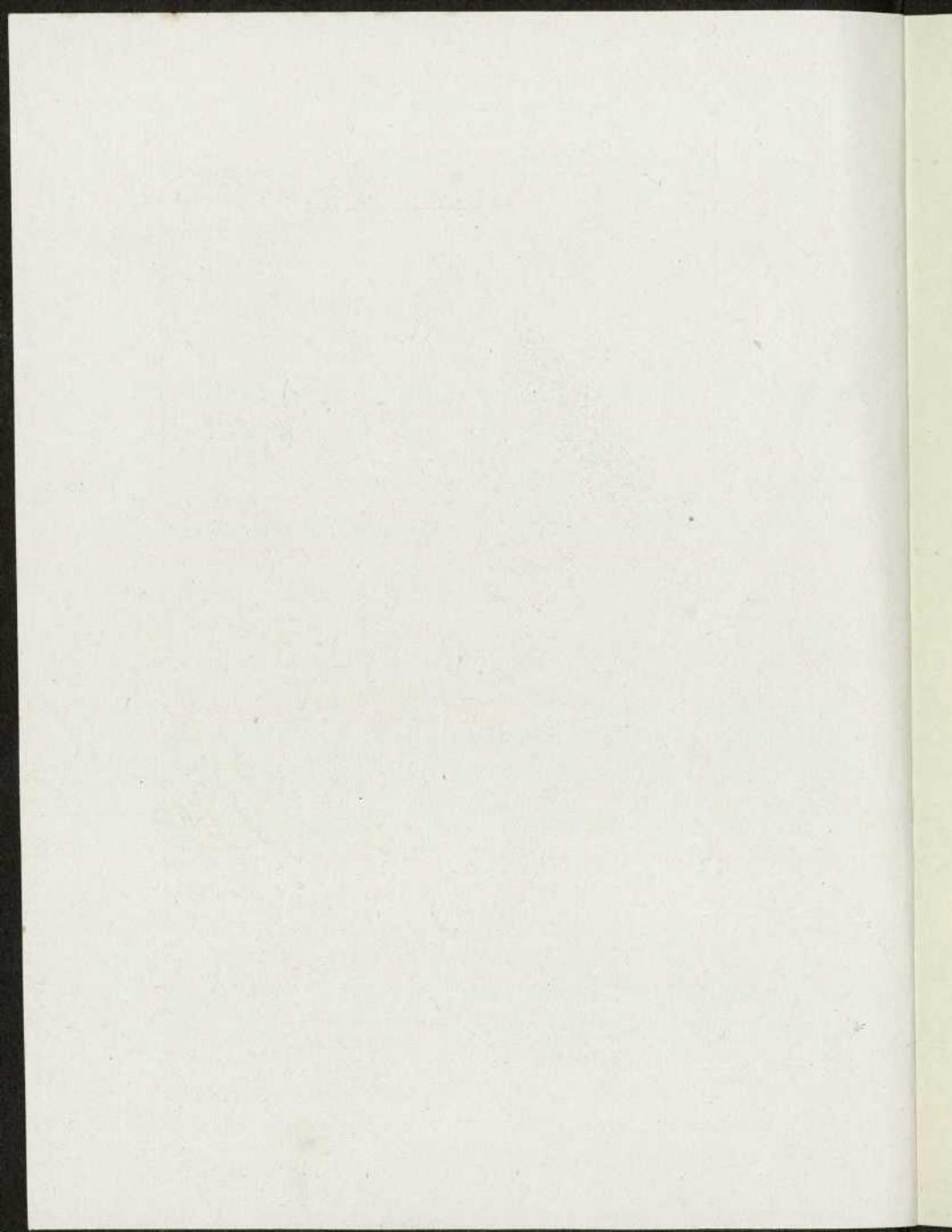
A partir de este momento, la figura del Cid empieza a agigantarse, y las crónicas de los mismos reyes no le sueltan ya y se llenan de su nombre. En realidad, el Cid se demuestra entonces con su verdadero carácter de héroe en el combate, de experto caudillo, de maduro en el consejo, de altivo defensor de fueros y derechos y de decisivo instrumento de la Historia. Fernando I *el Magno* cometió a su muerte el mayor yerro de su vida. Él, que, gracias a haber reunido en su mano los cetros de Galicia, León y Castilla y haber sabido mantener como en vasallaje al de Navarra y Aragón, logró ser el terror de los moros y ensanchar su poder y sus dominios — de modo que de haber vivido algo más hubiera abreviado quizá en un siglo la reconquista de España —, dividió al morir sus Estados, repartiéndolos entre sus tres hijos y sus dos hijas: Sancho heredó Castilla; Alfonso, León; García, Galicia; Urraca, Zamora, y Elvira, Toro.

Sancho, de carácter bravío, y que además se consideraba defraudado por ser el mayor de los tres hermanos





ZAMORA. — La casa del Cid



varones y haberle dejado la porción más pequeña, buscó desde luego la manera de apoderarse de la herencia de sus hermanos. Don García, el soberano de Galicia, el menor de los tres y tan bravo y turbulento como don Sancho mismo, dió el primer pretexto, con el mal ejemplo de quitar a su hermana doña Urraca la mitad del señorío que la legara su padre.

A este asidero se cogió don Sancho para llevar adelante sus propósitos; y con la excusa de que se había quebrantado la voluntad de su padre, se resolvió a atacar a su hermano don García. Al efecto convocó Cortes para ver cómo había de hacerse; y al pedir consejo al famoso conde García Ordóñez, llamado el de Cabra, éste le recordó el mandato del rey don Fernando. Enojóse el Rey contra él, y tomando de la mano al Cid Ruy Díaz, le rogó que le aconsejase. "Señor — le contestó el Cid —, non me semeja bien aconsejaros que vayades contra el mandamiento de vuestro padre; pues bien sabedes que vuestro padre partidos había los reinos, y cuando yo llegué a él fizome jurar en las sus manos que consejase a sus fijos lo mejor que yo pudiese et sopiese, e que nunca mal consejo les diese; e mientras yo puidere, fazerlo he así."

No pudo el Cid disuadir a don Sancho; y como éste alegaba la razón de que quería castigar a su hermano por la violencia ejercida contra doña Urraca y por haber quebrantado la promesa hecha a su padre, le aconsejó el Cid que pidiese permiso a su hermano Alfonso, el de León, para pasar por sus tierras. Antes envió Sancho un mensaje a don García — por cierto con Alvar Fáñez, sobrino del

Cid y esforzadísimo caballero —, pidiéndole que le dejase el reino por las buenas, a lo cual el joven y valeroso monarca de Galicia se negó en redondo. Alfonso de León, que luego fué un gran rey, dejó libre paso a don Sancho para que fuese a atacar a don García, con lo cual no guardó muy estrictamente la neutralidad que él quería suponer. Como era buen político, quizá pensó que, quebrantándose en la lucha sus dos hermanos, le dejarían a él en paz; mas no fué así. Don Sancho venció en un combate a don García; en otro combate don García fué el vencedor e hizo prisionero a don Sancho. Y vencidos iban los de don Sancho, cuando el Cid, que no había tomado parte en la batalla, se presentó con trescientos caballeros y cambió la derrota en triunfo, haciendo el Cid prisionero por su propia mano al valeroso don García.

Vencido el rey de Galicia, revolvióse don Sancho contra Alfonso de León, pidiéndole también su reino. Convinieron los dos hermanos en que se daría una batalla, y el que quedase vencido cedería al otro la corona. Esta batalla se dió en Llantada, y dice la *Crónica General* que en ella fué “muy bueno Roy Díaz mío Cid”. Alfonso la perdió, como añade la *Crónica*. Mas, bien porque no fuese del todo decisiva la batalla de Llantada o por otra causa que desconocemos, el pacto no se cumplió. Don Alfonso conservó sus Estados y los dos reinos vivieron en paz por espacio de tres años más.

Pasados éstos, don Alfonso y don Sancho acordaron pelear otra vez con las mismas condiciones que en Llantada. En la frontera de Castilla y León, junto a un pueblo

llamado Golpejares, se libró la famosa batalla que había de decidir la suerte de los dos reinos. Perdiéronla de nuevo los castellanos, que se vieron obligados a abandonar su propio campamento en manos de los leoneses. El Cid salvó la situación, primeramente con su brazo, y luego con su consejo y astucia. Prisionero don Sancho del ejército leonés, y entregado a la custodia de trece caballeros, acudió el Cid a libertarle. Rota su lanza, se acercó a los trece caballeros pidiéndoles que pusiesen en libertad al rey castellano. Negáronse, y entonces el Cid les pidió una lanza para combatir con ellos. Cedióronle una de sus lanzas, y Ruy Díaz se entró por ellos, mató a varios, puso fuera de combate a los demás y sólo quedó uno que no podía combatir, a puro cansado. Y así se llevó a su rey. Descomunal parece la hazaña; pero la *Crónica*, muy parca en dar cuenta de esos combates parciales, así la relata.

Fugitivo y abatido, don Sancho fué a juntarse con los suyos. Su hermano Alfonso, juzgando que la partida estaba ganada y que suya era la corona de Castilla, impidió a sus leoneses que persiguieran a los castellanos; mas entonces el Cid levantó el ánimo de su rey aconsejándole que por la madrugada, mientras los leoneses y asturianos del bando enemigo estarían descansando, los atacase de improviso, y suya sería la victoria.

Y así ocurrió. Sorprendidas las huestes de Alfonso, escaparon las que pudieron de la matanza, incluso el rey de León, quien, habiéndose refugiado en la iglesia de Santa María de Carrión, fué hecho prisionero y perdió aquel día, con la libertad, no sólo la corona de Castilla, que ya había

dato por suya, sino la de León, que de su padre había heredado.

El famoso conde Per Ansúrez y la infanta doña Urraca, la de Zamora, inclinaron con sus ruegos el ánimo del monarca castellano a que dejara salir de sus prisiones a su hermano Alfonso, aunque con la condición de que había de tomar los hábitos monacales en el convento de San Fagundo. Alfonso aceptó; pero se escapó de allí y fué a refugiarse en Toledo, bajo la protección del rey moro Alhamum, y acompañado, entre otros nobles, por el citado Per Ansúrez.

En nuestros días, tan lejanos y distintos de aquellos, ha querido verse una traición en el consejo que dió el Cid a don Sancho, para sorprender a los leoneses y no cumplir así el pacto hecho por los dos hermanos. Pero el mismo Alfonso X, *el Sabio*, dos siglos después de este acontecimiento y en vista de documentos, crónicas y tradiciones de la época — alguno de los cuales ha desaparecido tal vez —, no da al consejo del Cid aquel sentido, sino que habla de ese ardid como de la cosa más corriente del mundo. Y el propio Alfonso VI, que después reinó en Castilla, aunque era natural que no hubiese perdonado al Cid el quebranto que con ello le ocasionó, no se ve en ninguna parte que lo hubiese considerado como una traición.

#### IV

Cerco de Zamora.—Embajada del Cid.—Asesinato de don Sancho II *el Fuerte*.—Situación creada en Castilla por este asesinato.—Célebre jura de Santa Gadea.

Natural era que estos servicios tan inapreciables, cuanto que a ellos debía don Sancho la corona y quizá la vida o cuando menos la libertad, aumentasen el ascendiente del Cid en la corte de Castilla, y fuese éste el brazo derecho de su soberano. Así, cuando don Sancho se resolvió a redondear sus Estados desposeyendo a sus hermanos doña Urraca y doña Elvira de los infantazgos que les había legado su padre Fernando I, el Cid, fuesen cuales fuesen sus consejos, que éstos no constan en la Historia, le acompañó a Zamora; y es probable que antes le hubiese acompañado también a Toro, cuando Elvira cedió esta plaza a su hermano, sin oposición alguna.

Al llegar frente a Zamora, dió don Sancho una vuelta alrededor de la famosa ciudad; y al verla tan fuerte, dijo, entre otras cosas, que si pudiese obtenerla de su hermana por dinero o por cambio, se consideraría casi señor de España. Volvió para sus tiendas, envió por el Cid, y recordándole los beneficios que le había hecho su padre, y los suyos propios al hacerle “señor el mayor de toda su casa” y al

darle “de su tierra más de un condado”, le rogó que fuera a Zamora y dijera “aún otra vez a su hermana doña Urraca que le diera la villa por aver o por camvio”. Y el cambio, en caso de aceptarlo, había de consistir en trocar Medina de Rioseco con todo su infantazgo, y Villaelpando hasta Valladolid y Tiedra, por Zamora. “E si esto non quisiere fazer, decidle que se la tomaré yo por fuerza”.

Aceptó el Cid la embajada, diciendo que se había criado en Zamora, “do le mandó criar el rey don Fernando con doña Urraca”, siendo ayo de los dos el ínclito don Arias Gonzalo, de quien, lo mismo que de sus hijos, era gran amigo.

Doña Urraca y su asesor y hombre de confianza, Arias Gonzalo, integérrimo varón y afamado caudillo, recibieron al Cid con todo honor y afecto, y el héroe les comunicó su embajada. Era la Infanta mujer de tan recio temple como la misma Zamora, y asesorada por Arias Gonzalo, que no lo tenía menor, convocó a asamblea a los zamoranos para ver qué la aconsejaban. Aquellos valerosos y leales ciudadanos contestaron que no la desampararían hasta la muerte “nin darían la villa sin que ella lo mandase”. Entonces la brava princesa dijo a Ruy Díaz: “Id e decid a mío hermano que antes morré yo con los de Çamora e ellos connigo, que nunca le demos la villa por camvio nin por aver”.

Cuando el iracundo don Sancho oyó la contestación de su hermana, se encolerizó contra el Cid, acusándole de que él era quien había dado tal consejo a doña Urraca, porque “fué criado allí con ella”. “E si non fuese — añadió — por-

que mío padre me vos dexó en comienda, yo vos mandaría agora matar, por ende. E mándovos que daquí nueve días que me salgades de toda mi tierra”, de suerte que no volviere a encontrarle más en ella.

Ofendido el Cid, retiróse a sus tiendas y de allí a Castro Nuño, con el propósito de irse a Toledo, en tierra de moros, donde se hallaba también el rey Alfonso. “Quando aquellos vieron los condes et los ricos omes de la hueste, fuéronse para el rey don Sancho e dixéronle: sennor, non deviedes querer perder tal vassallo como el Cid por ninguna guisa, e enviad por el Cid, e non le quitedes de vos, ca mucho perderedes”. Comprendió el Rey el desafuero que había cometido y mandó llamar al Cid, dándole mil explicaciones y ofreciéndole mercedes, es decir, que le daría de su tierra otro condado “e quel faré mayor de toda mi casa”.

La contestación del Cid fué que consultaría el caso con sus vasallos, lo cual demuestra que se consideraba ofendido y que su sumisión no era tan grande para que, olvidando sin más ni más la ofensa real, aceptase sin condiciones el desagravio. Esta actitud nos le muestra no sólo celoso de sus derechos propios, sino de los de sus vasallos mismos, y al consultar a éstos nos da una prueba de su prudencia y de su tacto político; prueba de prudencia que consiste en no obrar arbitrariamente, sino en oír el consejo de los que mejor podían quererle, y de tacto político al demostrar a sus vasallos en cuánta estima les tenía, lo cual más les obligaba a serle fieles, como lo probaron después.

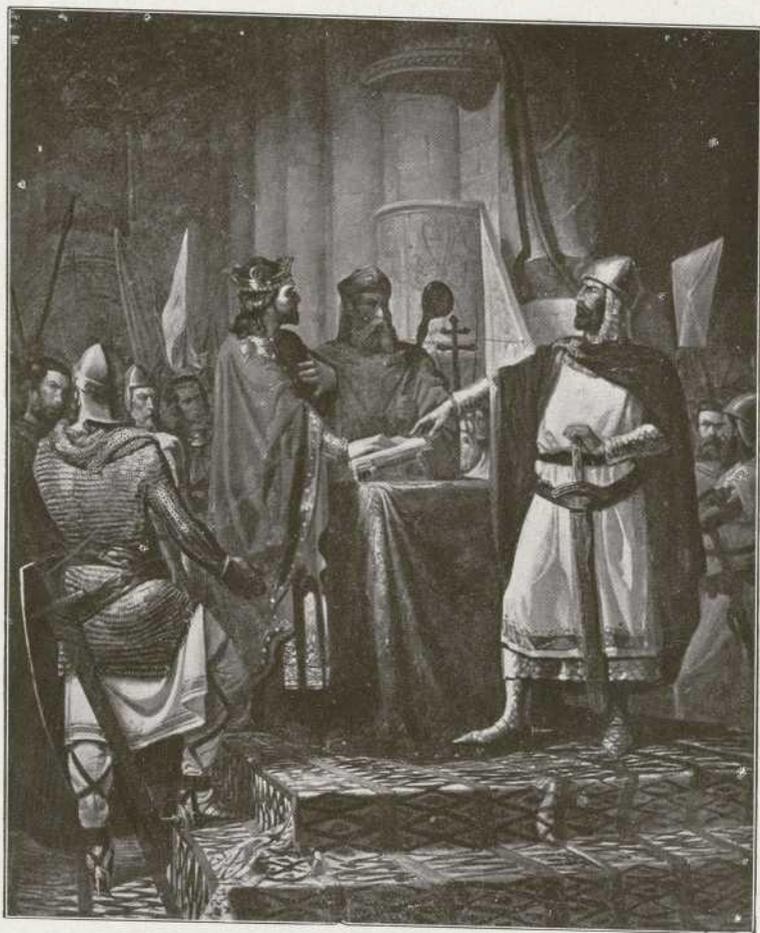
Hizo, pues, el Cid la consulta a los suyos, le contestaron éstos que volviera a la gracia y amistad del Rey, y re-

gresó al campamento real, donde don Sancho le dispensó cordial acogida, en verdadera función de desagravio.

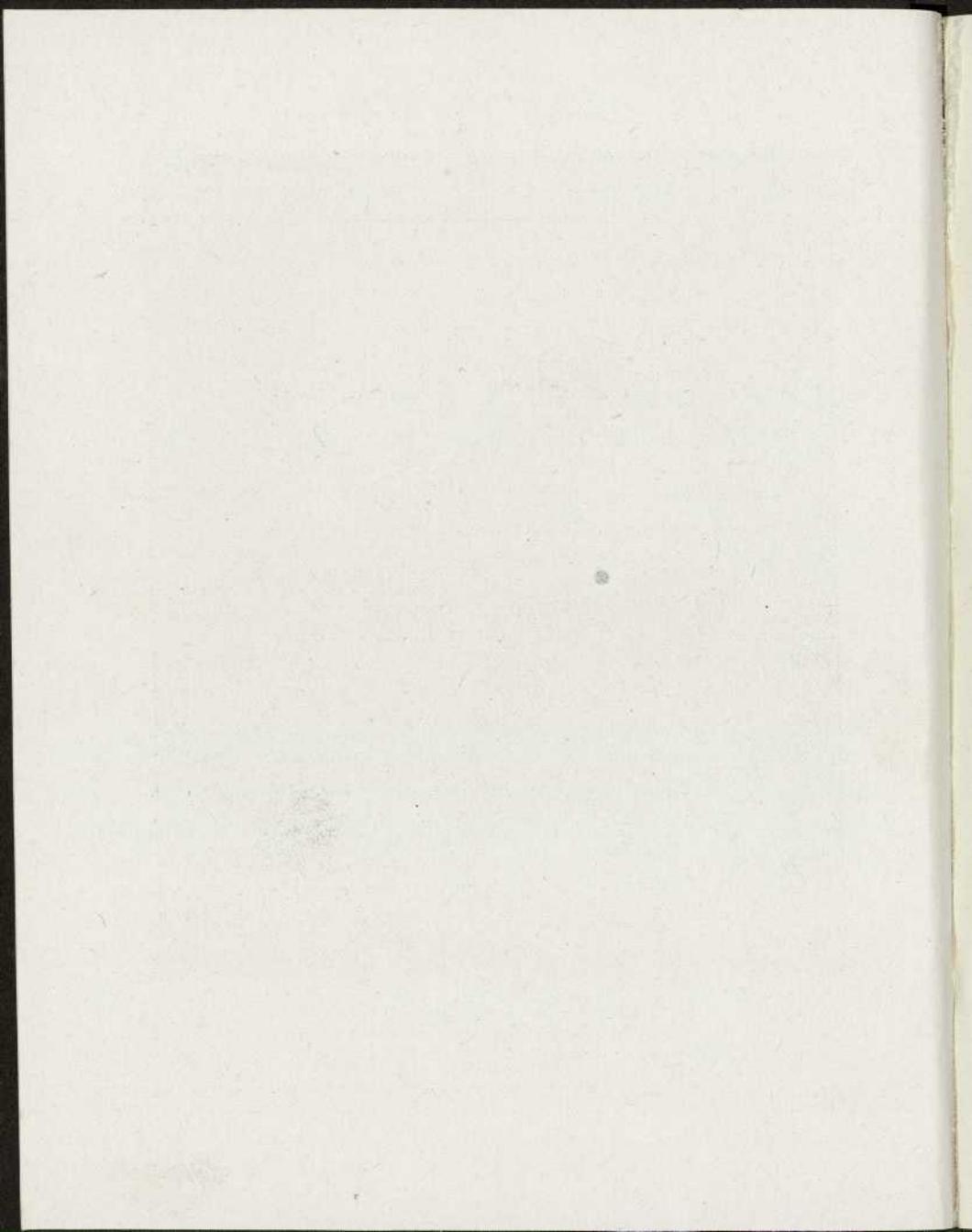
Fué sitiada Zamora, hizo el Cid grandes proezas, y al cabo, cuando estaba ya dispuesta doña Urraca a huir a Toledo y la ciudad a entregarse, un caballero llamado Vellido Adolfos salió de Zamora con ánimo de libertarla de su sitiador, suponen las crónicas que con la aquiescencia de doña Urraca. Vellido Adolfos súpose ganar la confianza del rey de Castilla; condújole fuera del campamento, con pretexto de enseñarle un portillo por donde podía tomar la ciudad; y mientras el Rey estaba distraído, el zamorano le arrojó un venablo y le pasó con él la espalda y el pecho. Echó a correr el asesino, y al verlo el Cid, sospechando algo malo, pero no tanto como en efecto había sido, montó a caballo, sin tiempo de calzarse las espuelas, con objeto de apresarle; pero no le alcanzó. Zamora abrió su puerta a Vellido Adolfos, y el Cid “maldijo al caballero que montase sin espuelas”, pues atribuyó a esta falta el no haber dado alcance al traidor.

La sospecha de que doña Urraca estuviese en inteligencia con Vellido Adolfos se afirmó al ver que no entregaba al regicida ni le ajusticiaba; e indudablemente en el campo castellano se sospechó también que Alfonso, el ex rey de León, el fugitivo en Toledo, a quien correspondía heredar la corona de don Sancho, hubiese tomado parte en la conjura. El mismo suceso de Santa Gadea, del cual vamos a tratar luego, lo hacía suponer.

Murió don Sancho arrepentido — porque los hombres de aquel tiempo solían tener una muerte mejor que su



El juramento de Santa Gadea



vida —, y rogó que dijese a don Alfonso que le perdonara; y habiéndole manifestado el Cid que con su muerte quedaba sin apoyo, pues los hermanos del Rey le guardarían rencor por los consejos que le había dado, don Sancho contestó que jamás el Cid le había aconsejado que hiciese mal alguno a sus hermanos. Y llamando al conde don García Ordóñez, el que luego fué el *enemigo malo* del héroe castellano, le encargó que cuando llegase don Alfonso le pidiese en su nombre “que fiziese algo al Cid y le rescibiese por su vassallo”.

La muerte de don Sancho causó gran consternación en el ejército que sitiaba a Zamora. Los leoneses y asturianos, que no sin disgusto habían estado sometidos al rey de Castilla, lo cual significaba la hegemonía castellana, se apresuraron a volver a sus tierras; pero los castellanos permanecieron en su puesto, desafiando a los caballeros de Zamora; hubo hazañas de una y otra parte y dramáticos episodios que no son de este lugar; y colocado en un ataúd el cadáver de su rey, le condujeron, llenando aquella tierra con sus clamores de duelo, al convento de Oña, donde le dieron sepultura.

Los caballeros castellanos reuniéronse en Burgos para proclamar nuevo rey. Así como a los leoneses les había repugnado la sumisión al rey de Castilla, a los castellanos les repugnaba aceptar a Alfonso, el fugitivo en Toledo, pues ello representaría la hegemonía leonesa, ya que Alfonso había sido rey de León, destronado por los castellanos; éstos iban a perder la preponderancia, la cual iba a parar a León. Pero no tenían príncipe que escoger, y no

hubo más remedio que proclamar a Alfonso. Sin embargo, pusieron una condición: que don Alfonso jurase no tener parte en el asesinato de don Sancho. “Rescibiéronle — dice la *Crónica General* — otrosí por señor, a tal pleyto que jurase que non muriera el rey don Sanxo por su consejo; pero al cabo non le quiso ninguno tomar la jura, magüer que el Rey la quisiese dar.” Entonces fué cuando Ruy Díaz, el Cid, solo entre los magnates, dijo que no quería recibirle por señor ni besarle la mano, si no otorgaba el juramento.

“Cuenta la estoria que cuando el rey don Alfonso vió que Roy Díaz non le quería besar la mano como los otros altos omes e los prelados e los consejos fizieran, que dijo así: “Amigos, pues que todos me recibiedes por señor, querria saber por qué non me quiso besar la mano mío Cid Roy Díaz...” Oyóle el Cid, y poniéndose en pie, dijo: “Señor, cuantos omes vos aquí vedes, pero que ninguno non vos lo dize, todos han sospecha de que por vuestro consejo fué muerto el rey don Sanxo; e por ende vos digo que si vos non salváredes esto, *así como es derecho*, que yo nunca vos bese la mano”.

Manifestó entonces el Rey que le placía mucho lo que el Cid pedía; y luego le dijeron los grandes del reino que con doce de sus caballeros leoneses prestase el tal juramento en la iglesia de Santa Gadea, de Burgos. Llegado el solemnísimó instante, en presencia de toda la corte, tomó el Cid el libro de los Evangelios, lo colocó sobre el altar y el Rey puso sobre él la mano, mientras Ruy Díaz le conjuraba en esta forma: “Rey Alfonso, ¿venídesme vos jurar que non

fuestes vos en consejo de la muerte del rey don Sancho, mío señor? Respondió el Rey: Vengo. Dijo el Cid: Pues si vos mentira jurades, plega a Dios que vos mate un traidor que sea vuestro vasallo, así como lo era Vellido Adolfos del rey don Sancho, mío señor.”

Cuenta la *Crónica General* que el juramento se repitió tres veces, y que en cada una el rey palideció. Y añade que, una vez tomada la jura, quiso el Cid besar la mano al Rey; pero no se la quiso éste dar.

El juramento en Santa Gadea, de Burgos, fué el acto más transcendental de la vida del Cid, el que dió la medida de su carácter, el que decidió su porvenir y del cual arrancó la idolatría de Castilla por su héroe. Hasta entonces el Cid no había hecho más que emular las hazañas de tantos esforzadísimos caballeros que eran y habían sido orgullo y prez de Castilla, de León, de Navarra, de Aragón, de Cataluña, de Asturias, de Galicia, de todo el norte de la Península en su lucha ya tres veces secular por la reconquista de España. Por medio del juramento de Santa Gadea se reveló su alta personalidad como defensor de sus derechos de ciudadano y de las libertades de su patria enfrente del poder real. Nadie se atrevió a obligar al Rey a sujetarse al juramento, sino el Cid; y por esto, aunque cayendo bajo el enojo del monarca, el Cid se llevó por sí mismo a la suprema altura, la del primer ciudadano de Castilla, y encarnación de la historia y del genio castellano.

Alfonso no supo ver cuánta dignidad, cuánta nobleza y lealtad encerraba el acto de Ruy Díaz, antes lo interpretó como agravio. El rencor que guardó a su noble vasallo no

nos da derecho a suponer que estuvieran bien fundadas las sospechas de sus nuevos súbditos, de que en la traición de Vellido Adolfo hubiese tenido el rey Alfonso alguna parte. La jura de Santa Gadea más bien parece que iba encaminada a disipar hasta el menor recelo del pueblo castellano, acerca de los sentimientos del nuevo rey hacia Castilla y sus fueros y preeminencias.

Es de saber que Castilla fué siempre muy celosa de sus libertades. De ella salieron los fueros españoles, cuyos modelos imitaron las demás regiones. Los primeros fueros de que se tiene noticia, en el siglo IX, son el de Valpuesta, en el año 802, y el de Brañosa, de 825. En el siglo X, la legislación castellana los transformó de tal manera, que el conde Fernán González mandó recoger en toda Castilla la ley leonesa, es decir, el Fuero Juzgo, por considerarlo antiforal, puesto que cada pueblo castellano tenía su legislación peculiar y propia. Y no sólo hizo recoger los ejemplares que hubiera, sino que los mandó quemar.

En la ocasión de la jura de Alfonso VI, Castilla veía sin duda en el nuevo rey a un monarca leonés, puesto que a ello, moralmente, le obligaba la lealtad con que le habían defendido los leoneses; y el Cid fué el portavoz de Castilla para significar al Monarca que, si le admitía como a tal, no era sin la condición de que los castellanos no renunciaban a ninguno de sus fueros y libertades.

## V

Disimulo de Alfonso VI.—Casamiento del Cid.—Batalla de Cabra, por la cual gana el Cid el nombre de *Campeador*.—Otra batalla contra los moros de Toledo.—Enojo del rey Alfonso.—Destierro del Cid.

Alfonso VI, que era gran político y por lo tanto muy prudente, supo ahogar su resentimiento y procuró hacerse suyo al Cid. Comprendió que, precisamente por el acto de Santa Gadea, Rodrigo Díaz del Vivar representaba mejor que nadie el espíritu, lo que llamaríamos hoy la opinión de Castilla, y que era demasiado poderoso para enemigo. Deseando conquistarle, inspirar plena confianza a los castellanos y establecer lazos de unión entre éstos y los leoneses, hizo al Cid varias mercedes, le encomendó altos cargos y le dió por esposa a su prima Jimena Díaz, hija de Diego Rodríguez, conde de Asturias, hermana del conde don Fruela y nieta de Alfonso V. El asesinato de don Sancho había ocurrido en 7 de octubre de 1072, y la escritura de arras que otorgó el Cid en favor de doña Jimena lleva la fecha de 17 de julio de 1074, de modo que entre el juramento en Santa Gadea y la merced de Alfonso VI de emparentarle con él mediaría un año o poco más.

La citada escritura de arras, documento de la mayor

autenticidad, demuestra varias circunstancias muy interesantes: primero, que el Cid había vuelto a la gracia del Rey, pues que éste le desposaba con una doncella de su propia sangre; segundo, que estaba bienquisto con los más poderosos cortesanos y privados del rey, ya que en dicha escritura figuran, como fiadores del Cid, nada menos que el conde Pedro Ansúrez, el que acompañó a Alfonso mientras estuvo refugiado en la corte del rey moro de Toledo, y el conde García Ordóñez, alférez del nuevo monarca y principal personaje de la corte, casado con una hija del rey de Navarra, también prima del rey castellano. La amistad del Cid con este gran personaje terminó muy luego, convirtiéndose García en el *enemigo malo* del héroe, según las leyendas y las crónicas. Y, por último, la citada escritura demuestra que el Cid poseía numerosas heredades y un pingüe patrimonio.

Al cabo de algún tiempo, el Rey encomendó al Cid que fuese a Andalucía a cobrar las parias que le debían los reyes moros de Sevilla y Córdoba, tributarios del rey de Castilla desde Fernando *el Magno*. Motamid, rey de Sevilla, estaba entonces en guerra con Abdallah, rey moro de Granada, quien tenía a su servicio a varios caballeros cristianos, entre ellos al citado García Ordóñez. El Cid envió mensajes al rey de Granada, advirtiéndole que no atacara a Motamid, pues éste era vasallo del rey don Alfonso y se vería obligado a defenderle. Ni los ruegos ni las amenazas del Cid fueron oídos, antes bien se mofaron de ellos; y el ejército granadino se puso en movimiento, pasando a fuego y sangre las tierras del rey de Sevilla y llegando así hasta

Cabra, donde el Cid, con sus propios caballeros y al frente de los moros sevillanos, presentó batalla a los invasores. Los atacó, los puso en derrota, se apoderó de su campamento y les hizo multitud de prisioneros, entre ellos a muchos de los cristianos y al mismo García Ordóñez, a quien es fama que apresó con su propia mano Ruy Díaz, y le mesó la barba, suprema injuria en aquellos tiempos. Arrebatóles el botín que habían hecho en su invasión, aumentado con todo lo que había sacado de Granada; y al cabo de tres días tuvo la generosidad de poner en libertad al conde don García y a sus compañeros cristianos.

Por aquella batalla, que debió de ser muy sangrienta y famosa y ganada con fuerzas muy inferiores, diéronle a Ruy Díaz, moros y cristianos, el nombre de Cid Campeador, que no significa campeón, como muchos han supuesto, ni alférez, ni luchador, ni juez de campo, sino "Vencedor de batallas". Como epíteto, nadie más que el Cid lo ha llevado en su tiempo ni desde su tiempo hasta ahora.

Pero a la vez le granjeó la envidia de los cortesanos y el odio mortal de García Ordóñez y de sus parientes, amigos y vasallos. Desde aquel momento, vemos establecerse una pugna entre el Cid y este gran personaje, de tal modo que las desavenencias del Rey con Ruy Díaz no parecen tener otro origen. En el venerable poema *El Cantar de Mio Cid*, casi coetáneo, el héroe, que no culpa jamás a su rey, ni aun de su propio destierro, achaca a sus enemigos la animadversión de Alfonso; y en la mente del Cid está siempre, en tales casos, como el peor de todos, aquel conde,

famoso en la Historia, no sólo por la privanza que gozó con el nuevo rey, sino por su valer propio.

Para que se comprenda cuánto pudo influir en el ánimo de Alfonso VI este personaje, daremos una breve noticia de él. Empieza a figurar modestamente como señor de Pancorbo, fronterizo con el reino de Navarra. En 1074 era alférez del nuevo monarca, y en el mismo año, cuando se casó el Cid, figura como fiador de éste, junto con el conde Per Ansúrez, en la escritura de arras de doña Jimena. Cuando Alfonso VI conquistó la Rioja contra el rey de Navarra, en 1076, dió el gobierno de Nájera a García Ordóñez y le casó con doña Urraca, hija de García, rey de Navarra, y prima del mismo rey de Castilla, de modo que pasó a la categoría de infante. Tanto le distinguió el Rey, que le concedió la crianza de su único hijo varón, y en 1094 le dió el señorío de Grañón, por lo cual es conocido en la Historia con este título. Don Alfonso de Castilla le confiaba difíciles empresas, una de ellas la de enviarle con un ejército a prestar auxilio al rey moro de Zaragoza, a quien el rey de Aragón había sitiado la ciudad de Huesca; pero fué derrotado con el rey moro en Alcoraz, en 18 de noviembre de 1096, quedando él prisionero de los aragoneses. Y murió heroicamente en la batalla de Uclés, cubriendo con su cuerpo al joven príncipe castellano, cuya crianza le había confiado don Alfonso.

Tal era el principal enemigo del Campeador; y así no es maravilla que con tales consejeros reverdeciesen a cada paso en el ánimo del Rey los resentimientos antiguos. Al regresar el Cid con los tributos recogidos y con los laure-

les de su gran victoria en Andalucía, su llegada a Castilla constituyó un triunfo; el Rey no pudo menos que alabarle su celo en defensa de sus tratados; pero muy luego dió oídos a los detractores de aquel que era ya ídolo del pueblo castellano y que eclipsaba con sus hazañas a los más famosos guerreros. El corazón del Rey estaba siempre propicio al recelo contra el altivo infanzón que no había querido reconocerle como soberano, sin que prestase aquel juramento de recuerdo tan amargo. Y aunque por entonces el enojo del Rey no tuvo grandes consecuencias, preparó el ánimo real para la primera ocasión que se le presentase de hacer sentir al noble guerrero todo el peso de su rencor.

La ocasión se ofreció poco después. El rey Alfonso juntó un gran ejército para ir contra los moros de Andalucía, y partió sin el Cid, por hallarse éste enfermo. Aprovecharon los moros fronterizos la ausencia del ejército castellano-leonés, para entrar en tierras de Castilla, devastándola por donde pasaron, y poner sitio al castillo de Gormaz. Apenas lo supo el Cid, no bien restablecido, juntó los hombres de armas que pudo haber, derrotó a los moros y se metió en sus territorios, llegando hasta la ciudad de Toledo, cuyo campo corrió y destruyó, llevándose siete mil cautivos, entre hombres y mujeres.

Cuando Alfonso supo que sin su permiso había devastado el Cid tierras de Toledo, con cuyo rey había hecho pacto de alianza desde que éste le había dado asilo en su capital, le pesó mucho, y “los ricos omes que eran con él, aviendo muy grand envidia del Cid — dice la *Crónica General* —, trabajaron de mezclarle otra vez con el rey don

Alfonso, e dijéronle: Señor, Roy Díaz, que crebantó las pazes que vos habiades firmadas con los moros, non lo fizo sinon porque matasen a vos e a nos. El Rey fué muy irado por esta razón contra el Cid, e creóles cuanto dizien, *ca non le quería bien el Rey por la jura que le tomara en Burgos, sobre razón de la muerte del rey don Sancho...*"

Entonces fué cuando el rey Alfonso VI mandó al Cid Campeador que saliese de sus reinos en el plazo de nueve días. ; Así pagan a veces los reyes a sus mejores vasallos, cuando no hallan en ellos la sumisión completa ni la adulación! Allí se unió la envidia de los rivales al rencor real; allí juntáronse todas las malas pasiones para perder a un hombre grande e ilustre; allí sin duda quisieron acabar con él los que él había vencido, los que estaban obscurecidos por el brillo de sus hazañas y por el amor del pueblo castellano.

Pero no consiguieron otra cosa que contribuir al engrandecimiento de una figura que de día en día se agigantaba. El destierro del Cid fué la puerta que se le abrió para que diese cima a las más altas empresas y para que la fama de aquel desterrado, desposeído de todos sus bienes y seguido por un puñado de parientes y vasallos, se cimentase tan profundamente, que hoy, a los novecientos años de su nacimiento, sean el Cid Campeador, su historia y sus leyendas motivo de estudio, cada día más intenso, mientras que los más grandes entre sus envidiosos a él le deben, y a su propia envidia, no haber caído en el olvido más completo.

No nos da la Historia pormenores tan precisos ni tan

elocuentes como la poesía popular, que muy pronto (a lo más a los cuarenta años de la muerte del Cid) se apoderó de este episodio, que constituye el principio del famoso *Cantar de Mío Cid*. Este poema, el más antiguo monumento de la poesía y de toda la literatura castellana que hasta ahora se ha podido hallar, nos muestra al Cid en el momento en que, acompañado de su sobrino, el famoso caballero Alvar Fáñez, y de otros vasallos, sale de Vivar para Burgos y de allí para el destierro:

... así deja sus palacios — yermos e desheredados.

De los sus ojos tan — fuertemente llorando,

tornava la cabeza — i estávalos catando.

Allí vió el Cid abiertas las puertas de sus casas, los postigos sin candados, vacías las perchas donde posaban antes halcones y azores para la caza; y hubo de llorar. Aun así dió gracias a Dios, atribuyendo a sus enemigos el mal que el Rey le hacía. Y con sesenta lanzas emprendió el camino y entró en Burgos. Hombres y mujeres salían a las ventanas para verle pasar;

plorando de los ojos, — tanto havien de dolore,

de las sus bocas todos — dizían una razone:

“¡Dios, qué buen vasallo — si oviese buen señore!”

En estos versos, que tienen tantos visos de certeza histórica y un íntimo sentido popular, especialmente en el último, se encierra todo el sentimiento de Castilla ante el

desafuero del Rey, y todo el amor y la admiración al héroe burgalés, pues aunque se llamara del Vivar, y aunque pudo haber nacido en Vivar (diez kilómetros al norte de Burgos), burgalés era el Cid por su ascendencia y por su linaje.

Conbidar le ien de grado, — mas ninguno non osava:  
el rey don Alfonso — tanto avíale grand saña.

Ni aun en su propia posada de Burgos pudo descansar el Cid, pues por el Rey estaba prohibido que se le albergara y se le vendiera cosa alguna; y así, después de orar en Santa María, cabalgó, salió de la ciudad y acampó con los suyos en las afueras.

Así posó mío Cid — como si fuese en montaña.

---

## VI

Salida del Cid para el destierro.—El rey moro de Zaragoza.—Hazañas del Cid y valimiento en la corte de Zaragoza.—Batalla de Almenara.—Prisión del conde de Barcelona.—Recelos del rey de Castilla.—Batalla junto al Ebro contra el rey de Aragón y el moro de Denia.—Zaragoza recibe en triunfo al Cid.

Desde Burgos se encaminó al monasterio de San Pedro de Cardeña, donde tenía a su esposa y sus dos hijas, tan niñas que las llevaban en brazos “sendas dueñas”. El Cid se había casado en 1074 y el destierro fué en 1081, de modo que a mucho tirar la mayor podría tener seis años. Sin embargo, lo más probable es que fuese bastante menor, pues no sólo hay el detalle, en el *Cantar*, de que las llevaban en brazos, sino que doña Jimena dice que son “infantes y de días chicas”. Allí tuvo que separarse de aquellos pedazos de su corazón, ignoraba él si para siempre. Esta despedida debió ser muy dolorosa, tanto para el Cid como para su mujer. Y muy dramática la pinta el poema, mostrándonos a doña Jimena echada sobre las gradas del altar y pronunciando una patética oración.

Como habían transcurrido seis días desde la orden de destierro y sólo le quedaban al Cid tres para salir del territorio sujeto al Emperador, tenía que apresurarse, y así lo hizo, no sin que antes se juntaran a sus sesenta lanzas otros

ciento quince caballeros, que quisieron seguirle al destierro y compartir su suerte y sus peligros.

Echado de su tierra y desposeído de su patrimonio, no le quedaba al Cid otro recurso que vivir de su espada, y fué a ofrecerla desde luego al rey moro de Zaragoza, según la *Crónica General*, o al conde de Barcelona, según las *Gestas*, no sin haberse procurado, como dice el *Cantar* — y es lo más probable —, con qué mantener su mesnada, atacando pueblos y castillos de moros. En el supuesto de que primeramente se hubiese dirigido a Barcelona, donde, en tal caso, permaneció tres semanas, y cuyo conde no aceptó sus servicios —harto debía pesarle después—, difícil parece que no chocara con moros en el camino, de modo que las primeras hazañas y correrías que narra el *Cantar de Mio Cid* pueden ser tomadas por verídicas. Ello es, y en esto no hay disputa, que halló la mejor acogida en Zaragoza, donde reinaba Almutadir, del linaje de los Beni-Nur.

Este Moctadir o Almoctadir, como escriben otros, era un guerrero incansable y, como todos los reyes moros de aquel período, un habilísimo enredador de pactos y alianzas, tan pronto con unos como con otros; su reinado había constituido una serie continua de correrías y de batallas, principalmente contra su propio hermano Modhaffar o Almudafar, señor de Lérida, todavía más obstinado y más valeroso que él, y por lo tanto su enemigo más peligroso. A fin de quebrantarle de una vez y ponerle bajo su vasallaje, Almutadir había llamado en su ayuda a los príncipes catalanes y navarros; pero luego éstos se pasaron al lado de su temible adversario Almudafar, y Almutadir juzgó

que no había más remedio, para deshacerse de su hermano, que apelar a la traición y al asesinato. Así, bárbaramente, se hacían las cosas en aquel tiempo.

El episodio es curioso, y fué que Almutadir y Almudafar convinieron una entrevista a la cual habían de acudir los dos solos y sin armas; pero antes de acudir a la cita, Almutadir había encargado a un caballero suyo que asesinara a su hermano Almudafar, mientras estuvieran los dos en conferencia. Pero Almudafar era muy listo, y debajo de los vestidos llevaba una recia cota de mallas, a la cual debió la salvación. Almutadir castigó al tal caballero haciéndole decapitar, no por su acción, sino por su torpeza, y para que no pudiera sospecharse que fuera él quien había dado la orden al asesino. Al fin, tras treinta años de luchas fratricidas, Almutadir logró apoderarse de su hermano y encerrarlo en el castillo de Rueda. Poco después fué cuando llegó a Zaragoza el Cid Campeador.

Hemos dado estos pormenores, para que se vea entre qué gente iba a vivir en lo sucesivo el noble Ruy Díaz, y cuán sagaz y hábil había de ser para considerarse seguro entre tantos traidores, asesinos e hipócritas, pues no sólo Almutadir era de esta naturaleza, sino que los que habían de ser sus enemigos no eran menos temibles, ya que el conde de Barcelona, casi siempre en lucha con el rey de Zaragoza y poco más adelante mortal y personal enemigo del Cid, era, ni más ni menos, que el famoso Berenguer Ramón II, el que asesinó por su propia mano, en despojado y a traición, a su hermano carnal Ramón Berenguer II, *Cap d'Estopa*.

Almutadir acogió al Cid y sus compañeros con el mayor agrado, pues era monarca rico y estaba rodeado de enemigos, y prefería, como su padre y todos los Beni-Nur, tener a su servicio soldados cristianos a soldados musulmanes, sin duda por más leales y más valerosos.

Poco tiempo estuvo el Cid con él, pues Almutadir murió en octubre de 1081, después de dividir sus Estados entre sus dos hijos Almutamín y Almondir. Al primero le dió el trono de Zaragoza, y al segundo, más conocido por El Najib, Denia, Tortosa y Lérida, abriendo con ello nueva era de luchas y trastornos, pues ésta era la consecuencia natural, así entre cristianos como entre moros, del reparto de los reinos entre hermanos. Almondir, el Najib, se alió con Sancho Ramírez, rey de Aragón, y con Berenguer Ramón, el conde de Barcelona. El Cid se quedó al servicio de Almutamín, el rey de Zaragoza, y bien pronto éste le consideró como el más firme sostén de su corona.

En efecto, el Cid Campeador se hizo desde luego temible por sus continuas hazañas durante las varias correrías que llevó a cabo en los países de los enemigos de Almutadir; y el terror que les inspiraba llegó a ser tan grande, que una vez entró en Monzón, a la vista del ejército de Sancho Ramírez, a pesar de que este rey aragonés había jurado que no se atrevería a hacerlo.

En guerra los dos hermanos, los reyes de Zaragoza y Denia, esto es, Almutamín y Almondir, los aliados de éste, el conde de Barcelona, el de Cerdeña, el hermano del de Urgel, el señor del Ampurdán, el conde de Rosellón, el de Carcasona y el señor de Vich, fueron a poner sitio al

castillo de Almenara, entre Lérida y Tamarit, antigua fortaleza que el Cid y Almutamín habían reedificado y fortificado. El Cid se hallaba en el castillo de Escarpe, que había tomado hacía poco, y al saber que los aliados habían estrechado tanto el cerco, que a los sitiados empezaba a faltarles el agua, considerándose con fuerzas excesivamente inferiores a las del enemigo, y como era tan prudente como valeroso, envió un mensaje a Almutamín a fin de que pusiera remedio a la situación, que era ya desesperada.

Almutamín se encaminó a Tamarit, donde tuvo una entrevista con el Campeador, a quien quiso comprometer a que embistiera al enemigo para obligarle a abandonar el campo; pero el héroe le contestó que no quería aventurar sus mesnadas en una batalla en que el valor había de sucumbir ante el formidable número de los adversarios, y le aconsejó que ofreciera dinero a los aliados, a guisa de indemnización y rescate.

El rey de Zaragoza se acogió a este consejo de Ruy Díaz e hizo la proposición a los sitiadores; pero éstos, que tenían por suya la presa, al recibir la oferta la rechazaron con escarnio. Entonces, indignado el Cid, arengó a sus huestes y se lanzó al ataque, a pesar de su inferioridad numérica. Su audacia misma desconcertó a sus enemigos: los desbarató enteramente, y tal fué la derrota, que cayó en sus manos el propio conde de Barcelona, y se apoderó de un inmenso botín. Sellóse entonces la paz entre Berenguer Ramón y el rey de Zaragoza, y sin duda el precio de ella fué la libertad del Conde, quien la recobró a los cinco días de haberse dado la batalla.

Por lo tanto, no era únicamente el Cid la mejor lanza de su tiempo y el corazón más esforzado, además de habilísimo guerrillero, sino un verdadero Campeador, un *vencedor de batallas*, prudente capitán y sagaz político, que conocía el secreto de llegar a los corazones y aprovechar lo que se ha llamado después "el momento psicológico", aquel en que el enemigo, por más seguro de su fuerza y más engreído por su superioridad, se desbarata fácilmente por la sorpresa y el golpe de audacia.

Ex profeso dejamos de anotar las hazañas individuales que las crónicas narran acerca del Cid, tales como el duelo con un famoso guerrero navarro, que fué a desafiar en nombre de su rey al mejor caballero de Castilla, para decidir así un pleito entre los dos monarcas; la otra lid en que venció al moro Fariz, famosa lanza; y otros hechos aislados y que a lo más probarían que era un gran justador, un brazo esforzadísimo y un hábil jinete. Pero esto era lo de menos en el Cid. Había muchos caballeros, entre los cristianos y los moros, capaces de estas proezas; y aunque es indudable que Ruy Díaz era el primero entre todos o uno de los primeros, y que al acometer él al frente de sus escuadrones infundía el terror en los adversarios, no era esto lo que en él valía más, sino sus cualidades de capitán, de jefe, de estratega, de táctico y de conductor y dominador de hombres.

Así en estas páginas damos cuenta de sus hechos como caudillo y no como simple guerrero, teniendo, sin embargo, presente que en él se aunaban las dos condiciones, y que, dado el modo de hacerse la guerra en aquellos tiempos,

hemos de imaginarnos al héroe, a la vez que dirigiendo la batalla, después de haber trazado a sus capitanes el plan general que se había de seguir, colocado en los sitios de mayor peligro, la lanza en ristre, el escudo embrazado y metiéndose entre las filas enemigas, dando ánimos y ejemplo, y salvando muchas veces con su oportuna intervención y con su personal esfuerzo peligros graves y a veces irremediabiles derrotas.

La entrada de Ruy Díaz, el Cid Campeador, en Zaragoza, constituyó un verdadero triunfo, del que hablan las crónicas árabes y cristianas. El pueblo salió a recibirle con júbilo, admiración y respeto. El rey Almutamín le llenó de honores y presentes; y tal fué el ascendiente del Cid por esta gran proeza, unida a las muchas anteriores, que llegó a disfrutar de la autoridad suprema por encima del mismo soberano. Ello, sin embargo, no satisfacía las ansias de su corazón: no podía olvidar a su patria ni menos a su esposa y sus hijas, que quedaban allá, en San Pedro de Cardena, más que acogidas, prisioneras de su rey y enemigo.

En 1084 hubo un momento en que el Cid pensó que podría volver a su patria y a la amistad de Alfonso VI, su soberano. El año anterior, 1083, el gobernador de Rueda se había rebelado contra el rey de Zaragoza y reconocido por soberano a Almudafar, tío de éste, que estaba prisionero en la ciudad desde que el difunto rey Almutadir le había vencido y apresado. Almudafar pidió ayuda al rey de Castilla, y éste le había enviado a fines de septiembre un ejército mandado por su primo Ramiro, hijo de García

de Navarra, a quien acompañaba el famoso gobernador de Castilla la Vieja, Gonzalo Salvadórez, conocido, a causa de su gran bravura, por el epíteto de *Cuatro Manos*, y que era hermano de Alvar Salvadórez, uno de los caballeros que por parentesco o vasallaje habían salido de Castilla con el Cid desterrado.

Mientras esto ocurría, murió Almudafar, el efímero señor de Rueda; y entonces el gobernador de esta ciudad, que no quería ser súbdito de un rey cristiano, se reconcilió en secreto con el rey de Zaragoza y se comprometió con éste a poner una celada al mismo Alfonso VI. Llevó su audacia y su hipocresía al extremo de acudir en persona al rey de Castilla para proponerle la entrega de Rueda, rogándole que fuese el mismo Rey a tomar posesión de la plaza. Accedió Alfonso; pero receloso todavía de que el moro le engañase, a última hora se abstuvo de entrar en la ciudad, y envió por delante al conde Gonzalo Salvadórez y a otros de sus capitanes. Merced a esta desconfianza, que tendría sus buenos motivos, salvó el Rey la vida, pues los de Rueda, sin duda creyendo que el monarca castellano iba entre aquellos personajes, lanzaron sobre ellos una lluvia de piedras y los hicieron víctimas de una cruel matanza. Esto ocurría en junio de 1084.

En cuanto lo supo el Cid, se presentó en el campamento de Alfonso, a protestar de que él no había tenido parte en la conspiración del gobernador de Rueda y el rey de Zaragoza, y a pedirle que le alzara el destierro y volver así a su gracia. Alfonso le recibió con grandes demostraciones de afecto y le declaró que deseaba que volviese a

Castilla. Inmediatamente el Cid partió de Zaragoza con los suyos y se reunió con el Rey, emprendiendo juntos el regreso a la patria.

En el camino debió ocurrir algo que la Historia no puntualiza; pero a la sagacidad del Cid, en cuanto estuvo en contacto con el Emperador y su corte, no se le escapó que en el Monarca permanecía aún vivo el antiguo rencor; y así se apresuró a dejarle y regresó a Zaragoza, donde fué recibido otra vez con la mayor alegría, pues para Almutamín su partida había significado un grave quebranto, ya que estaba en guerra con el rey de Aragón.

Cinco días le bastaron al Cid para llevar a cabo una algara en tierras aragonesas; y tal fué la rapidez de esta operación guerrera, que sus tropas habían ya desaparecido de las comarcas atacadas, antes de que en éstas se hubiese tenido tiempo de tocar a rebato.

Apenas llevada a cabo esta incursión, en que probó sus grandes dotes de guerrillero, y no satisfecho con este triunfo, que no le había de dar grandes laureles, se revolvió contra los Estados del rey de Denia, Tortosa y Lérida, Almondir; atacó a Morella, e hizo una algara por todo el país de Alcalá de Chisbert, cuyo castillo reedificó. Sancho de Aragón, aliado de Almondir, reunió un ejército y acudió en socorro de éste, acampando los dos a orillas del Ebro. Desde allí, fiado en sus superiores fuerzas, intimó al Cid a que abandonara inmediatamente todo el territorio perteneciente a su aliado.

En este episodio se nos muestra el Cid bajo un aspecto hasta entonces no dado a conocer todavía por la Historia:

el de ser en extremo cáustico y vivo en sus respuestas. Aquella vez envió a decir al rey de Aragón, y a su aliado Almondir, que estaba pronto a enviarles una escolta por si querían continuar su viaje. Encolerizados ante esta burla, el rey moro y el rey cristiano emprendieron el ataque. Ambas huestes se acometieron furiosamente y se disputaron largo tiempo la victoria; pero al fin los aliados se declararon en derrota y emprendieron la fuga, perseguidos por los invencibles soldados del Cid, los cuales hicieron dos mil prisioneros, entre ellos el rey de Aragón y diez y seis nobles caballeros, y un botín inmenso.

Entonces ocurrió un caso inaudito y que demuestra cuál debía ser el ascendiente, el atractivo que le daban al Cid la fama de sus hazañas, su talento, su bravura y sobre todo su nobleza con los vencidos, de que dió tantas hermosas pruebas y que, a nuestro entender, le acreditan de fino y sagaz político. Ocurrió, pues, que, habiendo dado magnánimamente libertad a los nobles vencidos y prisioneros, éstos, con el rey de Aragón, no quisieron separarse de aquél, y juntos llegaron a Zaragoza... Allí, sin duda, se convino, gracias a la victoria del Cid, la paz entre los reyes de Zaragoza y Aragón.

La entrada del Cid en la capital de Almutaín constituyó un triunfo todavía mayor que el que le dispensó el pueblo y la corte cuando la derrota de Berenguer Ramón. El mismo Soberano, con los príncipes y una multitud inmensa, salieron a recibir al caudillo y aclamarle como a vencedor, atronando el aire con sus gritos de alegría y colmándole de presentes.

Poco después (1085) murió el rey Almutaín, a quien sucedió en el trono su hijo Almostaín, el cual concedió al Cid mayor privanza aun que la que había gozado con el padre. Mas el Cid estuvo en Zaragoza pocos días, y regresó con sus compañeros a Castilla, a la corte del rey don Alfonso, que le recibió con gran contento y honróle en extremo.

En efecto, le dió el Rey en tenencia el castillo de Dueñas, el de Ordeyón, Ibia, Campo, Eguña, Briviesca y Langga, con todos sus aldeaños; y además de éstos le dió *carta sobrada y soltura* de que todos los castillos que pudiese conquistar en tierra de moros los tuviese por heredad para él y sus hijos y nietos y todo su linaje.

Dos años permaneció en Castilla el Cid, y durante estos dos años no ocurrió cosa de importancia, de modo que nada sabemos del héroe en todo ese tiempo. Una vez transcurrido, en 1088, partió el Cid con "muy grand hueste" hacia la frontera de Aragón, vadeó el Duero, descansó en Fresno, y de allí se dirigió a Calamocha, donde pasó la Pascua de Pentecostés. Estando el Cid en Calamocha, el señor de Albarracín, que era musulmán, temió que el caudillo castellano fuese contra él, y le envió una embajada pidiéndole una entrevista. Concedióla el Cid, y de ella fué fruto un pacto en el cual el soberano se declaró pechero de Ruy Díaz, es decir, que le pagaba un tributo para que no le tomase ninguno de sus castillos y le defendiese sus tierras.

De Calamocha pasó el Cid a Zaragoza, llamado sin duda por Almostaín, con objeto de que le ayudase a librar a Valencia del sitio que había puesto a esta ciudad el rey

moro de Denia. Valencia, como explicaremos con más pormenores en el capítulo siguiente, era una fruta muy codiciada, sobre todo por los reyes moros de Denia y de Zaragoza, en especial por éste, casado con una princesa valenciana; y Almostaín, que sin duda carecía de fuerzas suficientes para obligar a su rival a que levantase el sitio, hizo un convenio con el Cid, con el objeto de que éste le ayudase.

De este convenio se deduce claramente que el bravo caudillo no estaba ya al servicio del rey de Zaragoza, pues le trataba como aliado; y que obraba por cuenta propia al frente de sus tres mil caballeros, sin prestar vasallaje a nadie más que a Alfonso, su rey, y contando por suyas las conquistas que en tierra de moros hiciera. Empezaba, pues, una nueva y la más gloriosa etapa de la carrera del invicto Campeador.

## VII

Situación de Valencia.— Pretendientes de esta ciudad.— El Cid planea adueñarse de Valencia.— Su política y sus empresas guerreras.— Fidelidad del Cid hacia el rey de Castilla.— Valencia tributaria del Cid.

No le sería fácil al lector hacerse cargo de las empresas del Cid en este último período de su vida, sin tener una idea aproximada del estado de cosas en Valencia y en toda la región de Levante, teatro de sus hazañas. Rodeado el Cid de intrigas, codicias y malas voluntades de los reyes y reyezuelos y señores que gobernaban reinos, ciudades y simples castillos, en una verdadera y general anarquía, no puede relatarse la vida del héroe sin hacer algo de historia, pues de otro modo ciertos actos parecerían extraños, sin orden y sin justificación. Sin un pueblo, sin una nación organizada que le siguiera; sin un palmo de tierra que poder llamar suyo, entre gentes hostiles y reyes que le odiaban y le temían; sin poder contar siquiera con uno que le apoyara, a no ser el de Zaragoza, de quien más bien él era el sostén, la menor caída, el menor tropiezo hubieran representado su ruina. No tenía otra fuerza que la de su brazo y la de sus soldados, ni otra defensa que su propio valor y su gran sagacidad política, puesto que el valor militar no bastaba donde se combatía con las armas de la astucia, de la des-

lealtad y de la hipocresía, aún más que con la espada. Pero esto nos puede servir de medida para comprender cuán grande era aquel hombre, que, aun en medio de tal confusión y de tan grandes peligros, se nos aparece todavía como el mayor y más notable de su época.

Cuando Alfonso VI, huyendo del convento de San Fagundo, fué a refugiarse en Toledo, trabó tan firme amistad con el rey moro Almamún, que una vez subido al trono de Castilla, por muerte de su hermano don Sancho, hizo un convenio con aquél, prometiéndole paz, amistad y defensa, mientras reinaran él y los suyos. Mas en este convenio Alfonso se olvidó — como dice ingenuamente la *Crónica General* — de citar en el tratado a Alcaadir, nieto de Almamún. En realidad, lo que tenía Alfonso eran sus miras puestas en la posesión de la antigua capital de los visigodos. Almamún, además de Toledo, se levantó con el cetro de Valencia, en 1065, y al morir, diez años después, dejó por sucesor al citado Alcaadir su nieto; pero como éste era un príncipe de escaso valer y debilísimo de carácter, el gobernador de Valencia, Abu Abdelaziz, se declaró independiente y pidió protección, precisamente, a Alfonso VI, prometiéndole un tributo anual.

Pero eran tan efímeros los tratados en aquella época, y estaban atados con hilos tan delgados, que al año siguiente, 1076, Alfonso, sin el menor escrúpulo, vendió el reino de Valencia — que no era suyo — a Almoctadir, de Zaragoza, de quien hemos hablado tantas veces, por mil monedas de oro, y se puso en camino con su ejército para entregarle la ciudad. Abu Abdelaziz se consideró incapaz

de defender su trono, y salió solo y desarmado a recibir al Emperador. Los historiadores árabes suponen que Abu Abdelaziz empleó los mismos argumentos, pero más *sonantes* todavía que los de Almoctadir, y Alfonso renunció a la venta.

Sin duda, éste consideraba por suya a Valencia, pues nueve años después la vendió otra vez, aunque en esta ocasión, más que venta, fué cambio, y cambio por demás ventajoso, pues cedió Valencia al rey AlcaDir y recibió de éste Toledo. Verdad es que esta ciudad no podía sostenerse, pues Alfonso, con el pretexto de defender a AlcaDir contra sus enemigos, le había ido arrancando sus fortalezas y sus recursos. Alfonso entró en Toledo en 25 de mayo de 1085, y AlcaDir poco después se dirigió a Valencia.

Pero Valencia tenía muchos pretendientes. Abu Abdelaziz, que no podía fiar ya en Alfonso, se había aliado con Almutamún, de Zaragoza, y había casado una hija suya con Almostaín, hijo del rey zaragozano, el cual había accedido a los deseos de Abu Abdelaziz con la esperanza de que su hijo reinara también en Valencia. Mas como en 1085 mismo Abu Abdelaziz murió y dejó dos hijos, que eran ya enemigos en vida de su padre, ocurrió que Valencia se halló dividida en cuatro grandes partidos: los dos de los hijos de Abdelaziz, uno que quería reconocer por rey a AlcaDir y otro que quería por rey al de Zaragoza.

El momento era por demás favorable. AlcaDir, aconsejado por su fiel amigo, Ibn el Farandi, de Cuenca, el mismo que más adelante fué representante en Valencia de Rodrigo Díaz del Vivar, reunió sus propias tropas y reclamó el

auxilio de Alfonso *el Emperador*, quien le envió un ejército mandado por el famoso Alvar Fáñez, sobrino del Cid, uno de los más valerosos capitanes de aquel tiempo.

Al saber que se acercaban las huestes castellanas, los valencianos se llenaron de temor, depusieron a Othomán, hijo mayor de Abu Abdelaziz, y enviaron una diputación al campamento de Alcahir, ofreciéndole el trono de Valencia, donde entró acompañado de Alvar Fáñez y sus soldados. Estas tropas, que eran el más firme sostén del nuevo monarca, le costaban muy caras al pueblo valenciano; y por más que le apremiaban los notables a que las licenciara, Alcahir no hizo caso, sino que impuso extraordinarios tributos para mantenerlas, y llevó a cabo tales exacciones, que al fin, apurado por esto y a la vez por una guerra desgraciada que sostuvo con Almondir, rey de Denia, Tortosa y Lérida, empobrecida la ciudad y sus moradores atropellados por tan miserable déspota, tuvo que proponer a los castellanos que salieran de la ciudad y les daría extensos terrenos. Así lo hicieron, convirtiéndose luego en una plaga, de la cual libró a los valencianos, de rechazo, el rey de Marruecos, Yusuf Ibn Techufín *el Almorávide*, pues, para defenderse de éste, Alfonso VI llamó a Alvar Fáñez, y, derrotado en Zaláca (26 de octubre de 1086), no pudo ya intervenir en los asuntos de Valencia.

Entregado Alcahir a sus propias fuerzas y odiado de sus súbditos, apenas volvieron la espalda los castellanos, se rebelaron los gobernadores de las fortalezas, y los príncipes vecinos trataron de arrebatarle la ciudad. Almondir, rey de Lérida, Tortosa y Denia, contando con el apoyo de

algunos magnates valencianos y tomando a sueldo soldados y caudillos catalanes, fué a atacar a Valencia; y a punto estaba de rendirse el incapaz Alcahir, cuando Ibn Tahir, ex rey de Murcia, refugiado en Valencia, le inspiró la idea de pedir socorro a Alfonso de Castilla y a Almostaín de Zaragoza.

Empezó entonces una contradanza de ofertas, convenios, tratados secretos y alianzas, que tenían por objeto, en Alcahir, conservar su trono; en los demás, so pretexto de ayudarle, quitárselo, y en ninguno, cumplir su palabra. El capitán valenciano Ibn Chanum prometió al rey de Zaragoza apoyarle con todo su poder y el de un hermano suyo, gobernador de Segorbe, quien le entregaría esta plaza; el rey de Zaragoza, mientras hacía este pacto, enviaba a decir a Alcahir que él le libraría de todos sus enemigos, y llamaba en su ayuda al Cid para arrebatar el cetro al mismo Alcahir. Éste, al mismo tiempo que pedía auxilio a Almostaín, se aliaba con el enemigo de éste, Almondir.

El Cid, que no debía ignorar nada de esto, o, por lo menos, lo supondría, hizo con Almostaín el convenio de que hemos hablado; a Almondir le envió a decir que le ayudaría; y a su rey Alfonso, el que le había desterrado, que se consideraba vasallo suyo, que las guerras que sostenía contra los infieles debilitaban a éstos y aprovechaban a Castilla, pues le servían para mantener un ejército cristiano a expensas de los musulmanes, y que pensaba ponerle muy pronto en posesión de aquel reino tan codiciado.

Cuando el Cid y Almostaín de Zaragoza se encamina-

rón a Valencia, con el propósito o el pretexto de ayudar a Alcahir, llevaba el primero una hueste de tres mil caballos, y el rey de Zaragoza sólo de cuatrocientos. Almondir, que tenía cercada la ciudad, al saber que se acercaba el Cid, levantó el sitio y se retiró a Tortosa, pero diciendo a Alcahir que sería su amigo y aliado, con la condición de que no entregara a nadie la ciudad.

Al llegar el Cid y Almostaín frente a Valencia, Alcahir salió a su encuentro y les manifestó su gratitud por haberle librado de Almondir. Al Cid le señaló como campamento "la huerta mayor, a que entonces decían la huerta de Villanueva", como dice la *Crónica*, y honró y agasajó mucho al héroe castellano y a los principales suyos, dándoles hospedaje en su alcázar.

Las esperanzas de Almostaín de Zaragoza quedaron, sin embargo, frustradas. No sólo no se le entregó la fortaleza de Segorbe, que le habían prometido, sino que, al mostrar Almostaín al Cid "toda su fazienda", es decir, todo su pensamiento, que era quedarse con la ciudad, el héroe castellano le paró los pies contestándole que mal podía ayudarle en esta empresa, siendo como era Valencia cosa del rey Alfonso, puesto que Alcahir la poseía por habérsela entregado el rey de Castilla y de éste era vasallo. Añadió que viera el modo de obtener la ciudad del rey Alfonso, y entonces él, el Cid, le ayudaría a tomarla; pero que, estando como estaban las cosas, de ningún modo pensase en consejo ni en ayuda para tal empresa. Entonces Almostaín hizo como que abandonaba la partida y se fué para Zaragoza.

Así Rodrigo Díaz del Vivar, astuto y buen diplomático,

no menos que leal vasallo de su señor natural, obró con tanta habilidad, que se encontró con las manos libres para seguir según mejor le pareciese, después de haber alejado de Valencia a los que pudieran ser sus rivales. Llevó a cabo entonces algunas operaciones contra los moros de Xérica y otros súbditos del rey de Denia, imponiéndoles tributos, y en 1089 se encaminó otra vez a Castilla para tratar con el Rey sobre los asuntos de Valencia.

Pero tuvo que regresar a toda prisa a esa ciudad, pues, aprovechándose del viaje, el astuto e inquieto Almostaín de Zaragoza, viendo que nada tenía que esperar del Cid, se alió con Berenguer Ramón de Barcelona para que le ayudase a ganar a Valencia.

El conde de Barcelona, en efecto, puso sitio a Valencia y se fortificó en el castillo de Cebolla, para acogerse en él en caso de necesidad. Y mientras tanto el rey de Valencia, tal como había pactado con el Cid, se defendió, esperando la llegada de su aliado.

Pero en cuanto el Cid, con un ejército que no bajaba entonces de siete mil hombres, se acercó a la ciudad, Berenguer levantó el sitio sin combatir, pues el Cid no quiso atacarle, alegando que el conde de Barcelona era pariente de Alfonso, su soberano. Hubo mensajes entre los dos caudillos, y al fin se convino que Berenguer, con sus huestes, tomarían el camino de Requena para dirigirse a Barcelona, sin pasar por Zaragoza.

Llegado frente a Valencia, el Cid hizo un convenio con el rey Alcahir, comprometiéndose a someter a los gobernadores de los castillos y plazas que se habían rebelado, pro-

tegerle contra todos sus enemigos, ya fuesen cristianos, ya musulmanes, pacificarle la tierra y no apartarse de Valencia. Alcahir, en cambio, se comprometió a pagarle un tributo mensual de diez mil dinares y obtener de los castillos las rentas tal como antes las pagaban al rey don Alfonso y a los catalanes, en tiempo de Abu Abdelaziz, el antecesor del rey de Valencia. Además, el Cid tendría su mercado en Valencia y sus depósitos de trigo y demás vituallas, y en ella vendería el sobrante del botín que recogiera en sus excursiones contra los moros fronterizos.

Puso el Cid en práctica lo prometido, irrumpiendo en el territorio del señor de Alpuente; redujo a los gobernadores rebeldes, y sometió a todos los díscolos y revoltosos que se habían aprovechado de la debilidad del monarca valenciano para erigirse en reyezuelos.

---

## VIII

Rencor del rey de Castilla contra el Cid.—Operaciones militares del Cid en todo el Levante.—Gran batalla campal.—Otra vez prisionero del Cid el conde Berenguer Ramón de Barcelona.—Lealtad y nobleza catalana y castellana.—Paz entre el Cid y Berenguer Ramón.—Tributos que cobraba el Cid de reyes y señores.

Sin embargo, parecía que un hado maléfico se había empeñado en malograr su mayor afán, que era la amistad de su señor natural, el rey Alfonso, y cada vez que creía haberla conseguido volvía a perderla. En 1090, un año después de la última entrevista del Cid con Alfonso VI, Yusuf, el rey de los almorávides, con varios príncipes andaluces, fué a poner sitio al castillo de Aledo, no lejos de Lorca, que pertenecía al rey de Castilla. Este envió un mensaje al Cid, diciéndole que se uniera con él para ir en socorro del castillo asediado. Rodrigo se puso desde luego a la entera disposición de su soberano, y rogó a éste que le manifestara en qué fecha se pondría en marcha el ejército. En Játiva recibió aviso del Rey diciéndole que se hallaba en Toledo, con un ejército que constaba de diez y ocho mil hombres, y que le esperase en Villena, por donde él pasaría. El Cid no tenía provisiones en Villena y, por lo tanto, en lugar de ir a ésta, se encaminó a Onteniente, dejando, sin embar-

go, en Villena y en Chinchilla, destacamentos encargados de darle aviso de la llegada del ejército real.

Tampoco el Rey siguió el itinerario que había anunciado, y no se presentó en Villena; y cuando el Cid supo que las huestes reales habían pasado ya, tuvo un grandísimo disgusto, y desde Hellín, donde se hallaba entonces, tomó algunas tropas y, adelantándose al grueso de su ejército, se encaminó a marchas forzadas a Molina, cuando ya no era necesaria su presencia, pues Yusuf se había retirado a Lorca, abandonando el asedio de Aledo, sin combate alguno.

Los enemigos del Cid consiguieron entonces indisponerle otra vez con Alfonso VI, acusándole de traidor y de haber retrasado ex profeso la marcha, a fin de que los musulmanes derrotaran más fácilmente al ejército castellano. El corazón del monarca estaba siempre abonado para el recelo contra el héroe; la espina que éste le había clavado en Santa Gadea permanecía en la herida, y el Rey dió fe a tales denuncias, sin que bastaran a aplacarle ni el haber enviado el Cid a uno de sus caballeros a la corte, para pedir que se le oyese, ni el solicitar que se le hiciese justicia, según los usos de entonces, en lid campal, pues estaba dispuesto a probar su inocencia con las armas en la mano, por sí mismo o por medio de uno de los suyos. El Rey, que, además de incautarse de los castillos y propiedades de que le había hecho merced, había puesto en prisión a doña Jimena y sus hijas, no quiso aceptar las pruebas que el Cid le ofrecía; pero puso en libertad a la esposa de éste y las dos niñas.

Libre, sin embargo, el Cid de todas las ataduras, de las

que le ligaban al rey de Castilla y León y de las que tuvo con el de Zaragoza, y jefe único de un ejército que él había hecho invencible, emprendió una activa campaña en que se cubrió de laureles y riquezas, haciéndose el caudillo más temible de la Península. Todo el territorio de Levante temblaba a su solo nombre. A últimos de 1090, partió de Elche y fué a sitiar el castillo de Polope, a ocho leguas al NE. de Alicante, donde supo que se guardaba un gran tesoro en dinero y telas preciosas. Sitió el castillo, y en pocos días logró rendirlo. Devastó enteramente el país, desde Orihuela a Játiva, y se dirigió contra Tortosa, donde tomó a Miravet, al norte de dicha ciudad, y allí estableció sus reales.

Como ya hemos dicho, Almondir, rey de Denia, Tortosa y Lérida, era uno de los más temibles pretendientes de Valencia, y sin duda esta campaña del Cid no iba dirigida contra aquel monarca musulmán, como rey de Tortosa, sino contra el rival poderoso a quien había que debilitar. Almondir era muy rico, como dueño de un país feracísimo y de puertos y costas por los cuales se hacía gran comercio con África, con Andalucía y con Oriente; y al ver en peligro el riquísimo florón de su corona, la ciudad asentada sobre el Ebro, ofreció grandes sumas a Berenguer Ramón, conde de Barcelona, si acudía a ayudarle y desembarazarse ambos del caudillo castellano, pues éste se había apoderado también de los tributos que Berenguer sacaba del territorio de Valencia.

Por ambas causas, el Conde no se hizo rogar mucho, pues ardía en deseos de vengarse del Cid. Reunió al efecto un gran ejército y fué a establecer su campamento en Cala-

mocha, distrito de Albarracín. Desde allí se dirigió con una escolta a Daroca, donde se hallaba el rey de Zaragoza, Almostaín, con objeto de pedirle ayuda. Almostaín le dió dinero para su empresa, y los dos juntos fueron a entrevistarse con Alfonso VI, para que éste les auxiliase también en la campaña que iban a emprender todos los príncipes de Levante contra el temible Rodrigo.

Indudablemente, el rey de Castilla, aunque odiase a su vasallo, debía de ver con secreta complacencia las victorias que alcanzaba contra el enemigo común, y estaría convencido de la razón que había dado el Cid mismo al decir que mantenía un ejército castellano sin que le costara un maravedí a Castilla; y así el viaje de los dos soberanos, el cristiano de Barcelona y el musulmán de Zaragoza, fué de todo punto inútil, pues no obtuvieron ni un soldado ni un cuarto del astuto rey de Castilla.

Más astuto aun Almostaín de Zaragoza, dió dinero a Berenguer Ramón, pero no tropas, pues no quería indisponerse ni con el conde de Barcelona ni con el Cid, ambos temibles y tan buenos para amigos como terribles para enemigos. Pero todavía llevó más lejos su hipocresía, pues en el momento mismo en que el conde de Barcelona se ponía en marcha en busca del Cid hizo saber a éste los propósitos de su enemigo.

Rodrigo el Campeador estaba acampado en un valle rodeado de altas montañas, en el pinar de Tévar de que habla el *Cantar*, y cuyas entradas eran muy angostas, y amén de esto las había él hecho cerrar. Allí le llegó el aviso de Almostaín, a quien hizo contestar que, no obstante agra-

decerle la noticia que le daba, como no temía a su adversario, allí le aguardaría. Había, además, en la carta de contestación muchos insultos para el Conde, y rogaba a Almostaín que se la enseñase al interesado.

Como a Almostaín el choque de dos tan esforzados caudillos cristianos había de favorecerle, ni corto ni perezoso procuró añadir leña a la hoguera, haciendo lo que el Cid le encomendaba; y entonces Berenguer Ramón, ardiendo en ira y picado en su amor propio, escribió al mismo caudillo castellano directamente una carta en que le juraba que se vengaría de sus ultrajes.

“Has pretendido — le decía en substancia — que yo y los míos no somos otra cosa que mujeres: si Dios nos ayuda, muy pronto te convencerás de que te has equivocado... Nosotros sabemos que los cuervos de los montes, las cornejas, los milanos, las águilas, casi todos los pájaros, en una palabra, son tus dioses (1) y que tienes más confianza en sus augurios que en el socorro del Todopoderoso. Nosotros, al contrario, creemos que no hay más que un solo Dios y que este Dios nos vengará de ti, poniéndote en nuestras manos. Mañana, en cuanto salga el Sol, nos verás cerca de ti, y si tú abandonas entonces tus montañas para venir a medirte con nosotros en el llano, te tendremos por Rodrigo, llamado el Batallador y el Campeador; pero si no acudes, te tendremos por traidor... No te dejaremos hasta haberte cogido vivo o muerto, y te trataremos de la manera con que tú pretendes habernos tratado.”

---

(1) Se refería a las supersticiones, tan comunes en aquella época, acerca de los agüeros.

El Cid no intentó defenderse de la ridícula acusación de que tuviera por dioses a los pájaros, ni otras relativas a su religiosidad. Lo que sí hizo fué contestar en seguida a Berenguer con otra carta, en que le decía, sobre poco más o menos:

“Sí, te he llenado de injurias; pero he ahí mis razones: Cuando estuviste con Almostaín en Calatayud, le dijiste que, por miedo a ti, yo no me había atrevido a penetrar en su territorio. Algunos de los que te siguen, como Raimundo de Barán, han afirmado lo mismo al rey Alfonso, en presencia de varios caballeros castellanos, y tú mismo, estando presente Almostaín, has dicho al rey Alfonso que me hubieras echado del país del Nadjib (es decir, Almondir); pero que yo no me atreví a esperarte y que desde luego tú no querías combatir contra un vasallo del rey de Castilla. He aquí por qué he hablado mal de ti. Pues bien: al presente no tienes excusa alguna para no atacarme; al contrario, has hecho que el Nadjib te prometiera una gruesa suma y te has comprometido con él a echarme de su territorio. Mantén tu palabra, pues. Ven a combatirme, si te atreves. Estoy en un llano, el más grande que se halla en este país, y en cuanto te vea te daré tu paga, como siempre.”

Irritado Berenguer y sus *francos*, que así los llaman las crónicas por haber sido feudo francés el condado de Barcelona, resolvieron atacar al Cid en su propio campamento. No se trataba ya de una guerra de guerrillas ni de una simple escaramuza, sino de dos ejércitos para aquel tiempo numerosos y de gente brava y aguerrida. Los cata-

lanes aprovecharon la obscuridad de la noche para ocupar en silencio las montañas que rodeaban el campamento de los castellanos; y apenas amaneció se lanzaron tan rápidamente sobre sus enemigos, que casi no dejaron tiempo a los soldados del Cid para armarse. Ello no obstante, Rodrigo los puso en orden de batalla, temblando de cólera e indignación y procurando inspirarla a los suyos. Después, poniéndose al frente de sus huestes, cargó sobre las primeras haces y las arrolló; pero en lo más recio de la pelea se le cayó el caballo y quedó él herido. El combate continuó siempre con la ventaja adquirida en el primer encuentro, y al fin la victoria se decidió por las huestes del Cid, las cuales saquearon el campamento enemigo e hicieron cinco mil prisioneros, entre ellos el conde Berenguer mismo y el noble caballero Guerau d'Alamany (1).

El conde de Barcelona quiso que le condujeran a la tienda del caudillo, para pedirle la vida y la libertad. El Cid yacía en el lecho, a causa de su herida, y al principio le trató con dureza; no le permitió sentarse delante de él y ordenó que le guardaran fuera del campamento, pero le proporcionó víveres, lo mismo que a sus compañeros de cautividad. Días después aceptó el rescate que le ofrecieron Berenguer y Guerau d'Alamany, y que consistía en ochenta mil marcos de oro de Valencia. Los demás prisioneros lograron también la libertad con promesa de pagar un rescate. La lealtad y la nobleza catalana y castellana se manifestaron entonces plenamente: vueltos a su patria, los

---

(1) Además, en este combate ganó el Cid, según dice el *Cantar*, la famosa espada *Colada*.

prisioneros reunieron cuanto dinero pudieron haber; pero no todo el convenido, y en vista de ello ofrecieron en rehenes sus hijos y sus padres. Tan hermoso acto de lealtad conmovió profundamente al Cid, quien generosamente los eximió entonces de todo rescate.

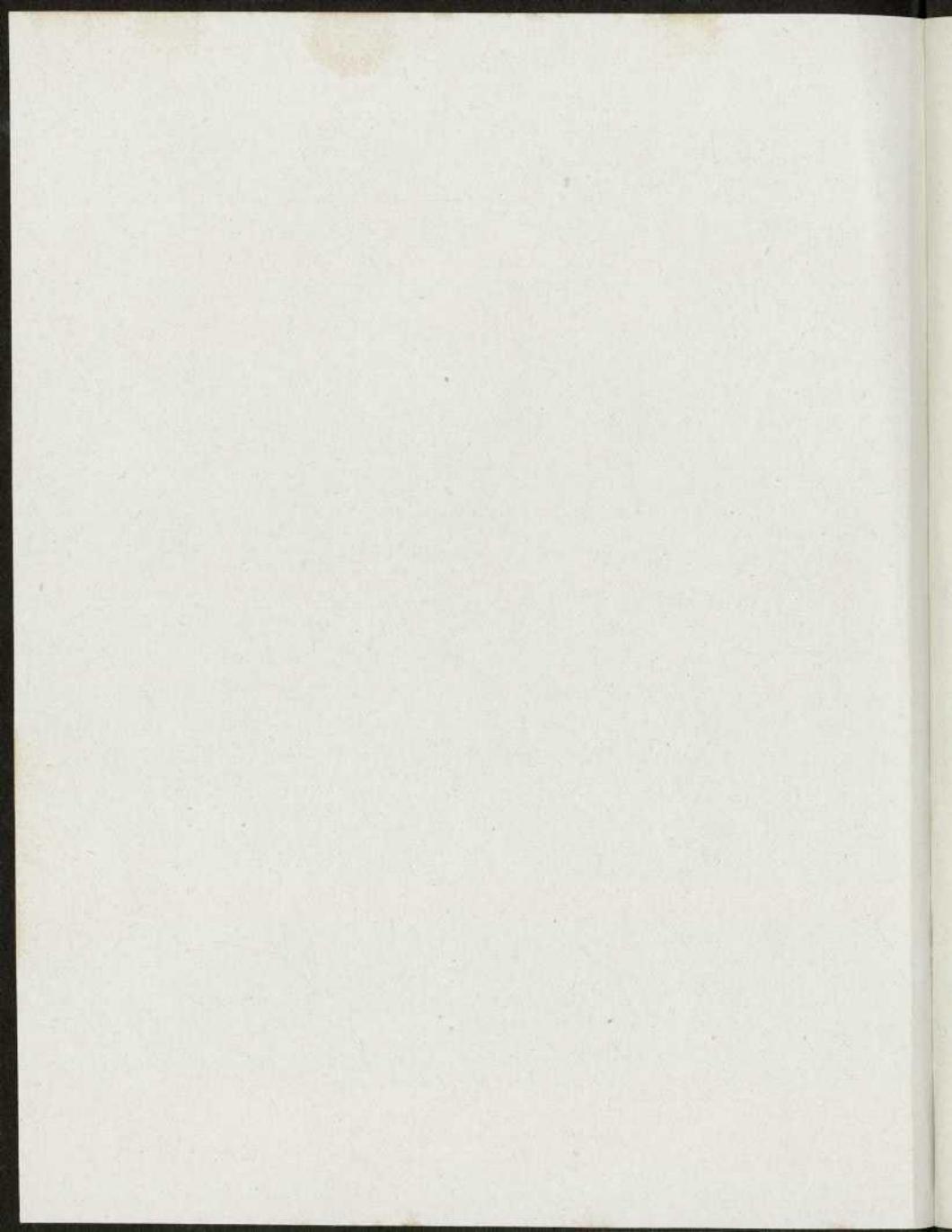
A su vez, la generosidad del héroe castellano tocó en el corazón al conde de Barcelona, y pasado algún tiempo envió mensajes al Cid Campeador ofreciéndole su amistad y su alianza. Irritado aun el Cid contra Berenguer, quiso rechazar tales ofrecimientos; pero sus capitanes alegaron que el Conde, a quien había despojado de todo lo que tenía algún valor, no le serviría para nada como enemigo, y en cambio como aliado y amigo podía serles muy útil. El Cid se dejó persuadir por estos sabios consejos y consintió en tratar con su antiguo y tenaz adversario. Berenguer se presentó en el campamento del Cid y, hechos los pactos consiguientes, puso parte de sus dominios bajo la protección de su confederado, mediante una renta cuya cuantía se desconoce.

Tan sonado triunfo aumentó considerablemente la fama y el poder del Campeador. El terrible Almondir, al conocer la derrota de su aliado, que significaba la suya propia, murió del disgusto; y como había dejado como heredero a un hijo de poca edad, de cuya tutela se encargaron los Beni-Betyr, en Tortosa, éstos siguieron el ejemplo del conde de Barcelona y se pusieron bajo la protección de Rodrigo Díaz del Vivar, mediante un tributo anual de cincuenta mil dinares.

Así, sin una ciudad que pudiera llamar suya, el Cid



BURGOS. — El solar del Cid



era verdadero soberano de una extensísima y rica parte de la Península. Su sagacidad y su genio militar le habían permitido deshacer todas las conspiraciones para echarle de aquella tierra a que el destierro le había llevado, dominar a todos sus enemigos y sacudirse de los que se le habían vendido como amigos. Todo aquel país le pagaba tributo. Aparte de los del conde de Barcelona y del príncipe de Tortosa, todos los años percibía enormes parias: 120.000 dinares del rey Alcahir, de Valencia; 10.000 del señor de Alpuente y otros 10.000 del de Albarracín, 6.000 del de Segorbe y otros 6.000 del de Murviedro, 3.000 del de Almenara, 4.000 del de Jérica y 2.000 del de Liria. Era un verdadero potentado. Pero no estaba satisfecho: su corazón le hacía suspirar por Castilla y por la amistad de su rey, y por otra parte la posesión de la rica y hermosa Valencia excitaba su ambición.

---

## IX

El Cid acude al llamamiento de Alfonso VI. — Odio de este monarca contra el Cid. — Alfonso pretende tomar a Valencia. — Terrible lección del Cid a Alfonso VI y a sus enemigos de Castilla.

En 1092 creyó el Cid que al fin volvería a la amistad de Alfonso *el Emperador*. Estaba asediando a Liria, ciudad del reino moro de Zaragoza, por haberse negado a pagarle el tributo de los dos mil dinares que le debía, cuando recibió cartas de la reina de Castilla y de varios amigos suyos, en las cuales le manifestaban que le sería fácil obtener la gracia del soberano, pues éste preparaba una expedición contra los almorávides y, sin duda, sería bien acogida su ayuda. Inmediatamente se puso en camino el Campeador, levantando el sitio de Liria, aunque estaba a punto de rendirse, y pudo llegar a tiempo de alcanzar a las tropas de Alfonso VI, que se hallaban en Martos, al oeste de Jaén.

Efectivamente, el rey de León y Castilla salió a recibirle y le trató con gran afecto; pero el recelo contra el Cid era constante en el corazón del monarca, y el menor acto del héroe pretexto para considerarlo como una ofensa. Aquella vez el Cid, lejos de pensar en ofender o humillar a Alfonso, había hecho un acto de vasallo que quería dar su vida y exponer sus laureles por el Rey, y fué que hizo

plantar sus tiendas en el llano, como avanzada del ejército real, mientras el Rey acampaba en las montañas. Aquel acto, en que el Cid creía proceder como un hombre leal, fué interpretado por Alfonso como un acto de arrogancia y un propósito de agraviarle, y dijo a sus caballeros: "Mirad qué afrenta nos hace Ruy Díaz. Cuando ha llegado nos decía que estaba fatigado por la larga cabalgada, y ahora nos disputa el paso y levanta sus tiendas delante de las nuestras."

Esto, que los cortesanos glosaron y envenenaron con sus insidias, junto con el mal éxito de la campaña, hizo estallar de una vez la cólera y el rencor que por el Cid sentía el rey Alfonso. Empeñada la batalla entre Granada y Jaén, las tropas cristianas lograron al principio un gran triunfo; pero después, acosados por el enjambre de sus enemigos, tuvieron que ceder terreno. Perdió entonces el Rey los estribos de tal manera, que achacó injustamente al Cid el quebranto sufrido. Y llegó al extremo, no sólo de maltratar de palabra al héroe castellano, sino de intentar prenderle.

Pero el Cid no se dejó atropellar. Aprovechando la obscuridad de la noche, reunió a sus principales capitanes y más fieles vasallos y regresó a toda prisa a territorio valenciano. Entró en la sierra de Benicadell y se dedicó a reedificar en aquella posición estratégica el castillo de Penacatel, Pinacatell o Peña Cadiella de que habla el *Cantar de Mio Cid* y que los sarracenos habían arrasado sin dejar apenas los cimientos. Lo fortaleció con todos los recursos y artes de la industria y la ingeniería militar de aquellos tiempos, dotándole de fuertes y numerosos edificios, fosos

y muros inexpugnables, almacenó en ellos grandes acopios de víveres, y lo guarneció de numerosas fuerzas de infantería y caballería. Desde esta fortaleza fué donde planteó y estudió la conquista de Valencia. Y Peña Cadiella fué la fortaleza donde se estableció el Cid, cuando, dueño ya de Valencia y aliado con el rey de Aragón, derrotó al gran ejército almorávide en la mayor y más importante batalla que libró contra los moros.

No pudo ir a combatirle y prenderle allí Alfonso VI, rey de Castilla, quien, furioso por no haberse podido apoderar del odiado caudillo, resolvió herirle en lo más vivo y cortarle de una vez para siempre las alas, es decir, quitarle a Valencia, su más hermosa esperanza y aun su más bella realidad, puesto que Valencia podía ya ser llamada Valencia del Cid. La ciudad le pagaba un tributo enorme, y el campo era suyo por derecho de posesión y conquista. Todo el reino le consideraba como soberano, puesto que Alcahir no era más que un muñeco real manejado por el Cid como éste quería, y de tal modo había sabido ahuyentar a todos los pretendientes de aquella joya, que nadie le disputaba la soberanía. No le faltaba más que entrar en ella, y no había entrado aún porque sin duda era otro su propósito.

Así el proyecto de Alfonso constituía un reto, un agravio y una herida que ni el Cid mismo, no obstante su obstinado empeño en considerarse vasallo de su señor natural, podía sufrir. Alfonso VI hizo un pacto de alianza con los pisanos y genoveses, los cuales le enviaron 400 buques, con objeto de que la ciudad fuese atacada por mar y tierra.

Además, el rey Alfonso aprovechó la ausencia del Cid, que había acudido a defender al rey de Zaragoza contra el de Aragón.

El agravio era tan grande, que colmó la medida de la paciencia del Cid en cuanto tocaba al que él había considerado siempre como su rey y señor natural. Además, el sagaz castellano vió sin duda en ello la mano de los enemigos que tenía en la corte; y en especial la de aquel conde García Ordóñez, su *enemigo malo*, a quien él había derrotado y hecho prisionero en la batalla de Cabra, y que fué la causa del odio implacable que le profesó siempre este caudillo.

Todavía el Cid, aun en medio de su indignación, envió sus quejas al Rey, exponiéndolas con todo respeto; pero viendo que Alfonso no hacía caso de ellas y proseguía su campaña contra Valencia, se resolvió a contestar al agravio con otro agravio; y dió un golpe que, a la vez que le acreditaba como intrépido guerrero, acusaba su gran sagacidad política, hiriendo con él, al mismo tiempo que al Rey, a su consejero, el conde García Ordóñez, y disipando como por ensalmo la nube que se acumulaba sobre Valencia. Cuando el Cid no tuviera en su historia rasgos que demostrasen sus altas cualidades de estrategia, que a haberle concedido Dios un trono hubieran quizás hecho de él el libertador de España, este solo golpe bastaría.

García Ordóñez era gobernador de Nájera y Calahorra, y así el Cid, mientras Alfonso estaba sobre Valencia, partió de Zaragoza con su ejército, cayó como un rayo devastador sobre aquel condado, y arrollando cuanto se oponía

a su paso, tomó por asalto a Alberite, Logroño y Alfaro, y le hubiera costado poco llegar hasta Burgos mismo, que estaba a su paso; pero se detuvo en la última de las tres fortalezas, para significar, sin duda, que si el golpe iba contra el rey de Castilla, en defensa propia, mayormente y casi exclusivamente hería a su consejero García Ordóñez.

Así lo entendió éste sin duda, pues mientras el Cid se hallaba en Alfaro, llegaron a esta fortaleza mensajeros de aquél, manifestando al Cid que de parte de su mortal enemigo le rogaban permaneciera allí por espacio de siete días tan sólo, al cabo de los cuales iría el Conde a presentarle batalla. Rodrigo Díaz del Vivar, que no quería otra cosa que habérselas con su poderoso enemigo, respondió que allí le aguardaría.

El momento era emocionante. Al fin iban a saldarse añejas cuentas, y sin duda los dos guerreros irían a buscarse uno a otro en lo más recio de la batalla. El Cid debía aguardar con impaciencia la hora de tomar venganza de su implacable enemigo, a quien él tenía por causa y origen de sus malas inteligencias con el Rey. En toda Castilla, y en especial en los dos ejércitos, se esperaba con ansiedad el instante.

Pero el instante no llegó. Una vez en Alberite con sus huestes, el conde García Ordóñez no se atrevió a acercarse a Alfaro, y de repente se volvió atrás. El Cid permaneció en Alfaro hasta que hubo expirado el plazo convenido, y viendo que no acudía su adversario, regresó a Zaragoza cuando ya Alfonso había levantado a toda prisa el sitio de Valencia, para ir a defender su propio reino.

La lección había sido terrible. A la inaudita ofensa había contestado el Cid con otra ofensa mayor, y había humillado al Rey y a su consejero; al Rey obligándole a levantar el sitio de Valencia, y a su consejero, el Conde, obligándole a desistir de un reto, que era lo mismo que confesarse vencido por él.

Mucho debió de lamentar Alfonso VI no haber perdonado de veras al Cid la jura de Santa Gadea, ni haber sabido apreciar en lo que valía la probada lealtad de su mejor vasallo, que en su servicio peleaba y que por él abandonaba sus propias empresas. Habíalo intentado, es verdad, el mal aconsejado monarca; pero el rencor no vencido, y, sobre todo, las insidias de sus cortesanos, hacían retoñar el deseo del castigo a la primera ocasión. Aquella vez, quizá fiado en que el Cid no osaría rebelarse contra su señor natural, se excedió éste en sus atribuciones y en sus derechos. No tuvo en cuenta que, en realidad, el Cid no era ya súbdito suyo y que él no podía llevar el agravio tan lejos que la paciencia del victorioso adalid no estallase. La situación para Ruy Díaz era apurada; iba a perder el fruto de sus campañas y de su propia sangre derramada en los campos de batalla, por un acto de manifiesta ingratitud y por un sentimiento de venganza que no debió hallar abrigo en el corazón de un rey como era Alfonso VI, que en otras empresas podía emplear mejor sus grandes alientos.

Si el Cid hubiese acudido entonces a Valencia a presentar batalla contra el mismo Rey, se le hubiera podido acusar de rebelión abierta y de haber querido incluso la sangre de Alfonso, frente a quien los azares de la lucha hubieran

podido ponerle. No le faltaban arrestos ciertamente, pues acostumbrado estaba a vencer a reyes y monarcas y aun a prenderlos con su propia mano; pero no quiso llegar a este punto, sino evitar que su espada se ensangrentase con sangre castellana. Y su gran talento militar y político le dió la solución, llevando a cabo una expedición fácil y rápida, que, como hemos indicado, al par que le daba como fruto el inmediato levantamiento del sitio de Valencia, principal objeto de cuantos se proponía, iba a dar en la cabeza a su verdadero y temible adversario, el conde García Ordóñez.

Así lo entendió éste al acudir en socorro de su condado, por más que luego no se atreviese a luchar con el Cid; y así debió de entenderlo toda Castilla, que no acusó al Cid por este acto, sino que debió repetir en su corazón aquellas palabras que el poeta del *Cantar de Mio Cid* pone en boca de los burgaleses, cuando al ver pasar a éste por las calles de la ciudad, *Caput Castellæ*, camino del destierro, se asomaban a las ventanas y decían:

“¡Dios, qué buen vasallo — si oviese buen señore!”

Porque si habiendo salido de Castilla con un puñado de caballeros, desterrado y odiado por su rey, pudo, con sus propias fuerzas y su gran talento y su valor heroico, conquistar un reino para sí, a pesar de reyes moros y de príncipes cristianos, ¡cuánto pudo haber hecho si hubiese contado con las fuerzas, con los recursos, con el apoyo y el ardor de un rey como Alfonso VI y un pueblo como el de León, Galicia, Asturias y Castilla!

## X

Rebelión de Valencia contra su rey.—Asesinato del rey de Valencia.—  
Cercos y toma de Cebolla.—Sitio de Valencia por el Cid

El punto débil del Cid era el de operar en una vasta región donde no sólo no contaba con un pueblo propio, sino donde hasta las piedras le eran hostiles, ya que su ejército era demasiado reducido para guarnecer y afianzar sus conquistas. Sólo el espanto que infundían su nombre y sus armas podía conseguir que le pagasen tributos y no se atreviesen a rebelársele; pero como había de atender a tantas cosas, y adonde iba él había de seguirle su ejército, sin poder destacar fuerzas suficientes que asegurasen su soberanía, en cuanto se ausentaba, empezaban a levantar cabeza los deseos de sacudir el yugo.

Así los valencianos aprovecharon su ausencia, cuando la expedición a los condados de Calahorra y Nájera, y el levantamiento del sitio que les había puesto Alfonso VI, para rebelarse contra el Cid y contra el rey Alcadir, su protegido.

Habitaban en Valencia, como en muchas ciudades musulmanas, buen número de cristianos, los llamados muzárabes, a quienes los moros, con más o menos limitaciones y persecuciones, habían consentido la práctica de su reli-

gión y costumbres. Tenían un obispo que había enviado allí Alfonso VI, gracias a la amistad que éste mantenía con el rey Alcahir, y había también en la ciudad un embajador de don Sancho de Aragón. Por su parte, el Cid tenía también un representante, Ibn al Faradi, que era a la vez una especie de ministro del débil y apocado Alcahir, y mandaba en nombre del Campeador.

Viendo los valencianos que el Cid estaba en lucha con Alfonso VI, empezaron a mostrar su descontento contra el dominio del héroe castellano; y de ello se aprovechó Ibn Djahaf, cadí de Valencia, como lo habían sido sus antepasados desde muchos años. Este cadí era un intrigante, y, al ver la debilidad de Alcahir, se propuso apoderarse del poder supremo. Sin embargo, no se consideraba con fuerzas suficientes para lograrlo por sí mismo, y apeló al auxilio de los almorávides.

Estos, mandados por el general Ibn Ayicha, acababan de apoderarse de Murcia y Denia, echando a los reyezuelos árabes que las poseían. A este Ibn Ayicha se dirigió secretamente el cadí, ofreciéndole entregarle Valencia si se avenía a ayudarle contra los representantes que tenía allí el Cid y contra los soldados que mantenía el rey valenciano. Ibn Ayicha aceptó, y envió a uno de sus capitanes a ocupar el castillo de Alcira, cuyo gobernador se había dejado sobornar por las ofertas del cadí.

Este golpe llenó de consternación a los cristianos de Valencia, pues no dudaron que los marroquíes de Ibn Ayicha, gente más dura y fanática que los árabes españoles, se apoderarían muy pronto de la ciudad. Los empleados

que tenía allí el Campeador, el embajador aragonés y el obispo enviado por Alfonso VI, se apresuraron a escapar de Valencia.

El caso era apurado para Ibn al Faradi, el representante del Cid, y para el rey Alcahir, con un rival formidable, un gran partido hostil en el interior de la ciudad y un enemigo tan poderoso como el general almorávide cerca de Valencia, y sin que el Cid fuese en su ayuda. Ibn al Faradi era animoso, pero Alcahir era débil por carácter, y además acababa de curar de una enfermedad que le puso a las puertas de la muerte. Con un hombre así no había medio de resolver cosa alguna.

Al fin acordaron enviar los bienes y riquezas de uno y otro a Olocan y Segorbe, y escaparse, después, de la ciudad; pero antes quisieron aguardar un poco más, con la esperanza de que el Cid les enviaría algún socorro. Tres semanas hacía de esto, cuando una mañana sonó hacia la puerta llamada de Tudela ruido de tambores. Acudió presuroso Ibn al Faradi y le dijeron que quinientos caballeros almorávides se hallaban al pie de las murallas. Hizolas guarnecer inmediatamente para defenderlas y corrió al palacio de Alcahir.

La noticia era exagerada: los quinientos caballeros se habían reducido a cuarenta, mandados por el capitán Abu Nazir. Sin embargo, el ambicioso Ibn Djahaf, aprovechando la confusión, se apoderó de Ibn al Faradi y dió entrada a los almorávides. Alcahir, lleno de espanto, se escapó con sus mujeres y sus alhajas, escondiéndose en una casa de uno de los barrios más pobres y apartados de la ciudad.

Encontróle al fin Ibn Djahaf, le puso custodia y mandó a los guardias que por la noche le mataran. De esto se encargó uno de los suyos a quien Alcadir había expoliado y agraviado cruelmente.

Así Valencia quedaba bajo el poder del cadí, constituida en república gobernada por una asamblea de notables, como lo habían sido otras ciudades de los moros españoles. Sin embargo, Ibn Djahaf era el verdadero dueño. En sus manos estaba el poder ejecutivo; pero como era un personaje vulgar, pueril, teatral y vanidoso, y con una ambición que carecía de la base imprescindible del talento, tuvo que convertirse en tirano para poder sostenerse.

En cuanto el Cid, que se encontraba en Zaragoza, tuvo noticia de los sucesos de Valencia por los fugitivos que fueron a buscarle, partió inmediatamente y a toda prisa hacia la fortaleza de Cebolla (que se llamó después el *Puig de Santa María*), donde se habían refugiado los soldados de Ibn al Faradí. Todos los fugitivos se le unieron, jurándole fidelidad; pero se encontró con las puertas de Cebolla cerradas para él. El gobernador de la fortaleza, vasallo de Ibn Casin, señor de Alpuente, pensó que la hora de librarse del audaz castellano había sonado ya, y se negó a darle paso franco. El Cid se vió obligado a ponerle sitio, a la vez que escribía a Ibn Djahaf una carta amenazadora en que, entre otras cosas, le decía: "Has cometido una acción villana arrojando la cabeza de tu rey a un estanque y enterrando su cadáver en un estercolero. Fuera de esta cuenta, que ya arreglaremos, te exijo que me devuelvas el trigo que dejé en mis graneros de Valencia."

El traidor Ibn Djahaf le respondió que el trigo había sido robado, y añadía: "La ciudad está ahora en poder de los almorávides; pero, en cuanto a mí, estoy pronto a ser tu amigo y aliado con tal de que te pongas bajo la obediencia de Yusuf Ibn Techufín". Este Yusuf era el emperador almorávide.

La carta no podía ser más estúpida ni más impertinente, y dió al Cid la medida de la capacidad de Ibn Djahaf y de lo que de él podía esperarse. Declaró que el cadí era un imbécil, incapaz de sostener la obra que había empezado, y en un mensaje que le envió le juraba que él, el Cid, vengaría el asesinato del rey de Valencia, el infortunado Alcadir.

El incansable caudillo castellano ordenó a todos los gobernadores de castillos del país que inmediatamente proveyeran de víveres a su ejército, amenazándoles con tomar venganza de cuantos dejaran de obedecerle. Apresuráronse todos a cumplir sus órdenes, excepto el de Murviedro, plaza muy fuerte entonces, quien, como hombre de talento, comprendió que, si no obedecía, perdería al instante su señorío, y si obedecía, no tardaría en perderlo. Así, al mismo tiempo que contestaba al Cid que estaba dispuesto a complacerle, ofreció todos los castillos que poseía a Ibn Razín, señor de Albarracín, con la sola condición de que proveyera a su subsistencia. Ibn Razín aceptó y fué a tomar inmediatamente posesión de Murviedro. Luego fué al encuentro del Cid y obtuvo de éste que no molestara a los gobernadores de los castillos, y, en cambio, le enviarían víveres y le comprarían el botín que cogiera.

Continuaba el cerco de Cebolla; mas como no era bastante fuerte esta plaza para entretener todo el ejército del Cid y éste ahorraba cuantas vidas podía y apelaba a los asaltos sólo en caso de mucha necesidad, destacaba fuerzas que hacían dos algaras cada día en territorio valenciano. No lo devastaba, al contrario, ordenaba a sus capitanes que no molestaran a los labradores ni a los habitantes de la huerta y les tratasen bien, a fin de que continuaran sus trabajos y cultivos, y le llevasen ganado. Estaba bien abastecido de cuanto podía necesitar; los víveres que le enviaban los gobernadores de los castillos eran abundantes, y en Murviedro vendía el resto del botín.

No obstante haber Ibn Ayicha organizado las huestes valencianas y haber recibido refuerzos del general almorávide, con lo cual podía disponer de trescientos caballeros y sus peones, a quienes mantenía con el trigo del Cid y las rentas procedentes de los bienes particulares del rey asesinado, Ibn Djahaf no se consideraba seguro. Había en Valencia una poderosa familia, los Beni Tahir, cuyo jefe era el anciano y respetable ex rey de Murcia Abu Abderam, el cual había manifestado ya públicamente su indignación contra el malvado Ibn Djahaf. Los Beni Tahir, aprovechándose del disgusto que causaba a Abu Nazir, jefe de los almorávides, la conducta de Ibn Djahaf, quien empezaba a cometer actos de tiranía sin consultarle para nada, se unieron con aquel capitán y se dedicaron a conspirar contra el amo de Valencia, de tal modo que éste no dudó un momento que habían jurado perderle.

Así las cosas, Ibn Djahaf recibió un mensaje del Cid,

quien, sabiendo que el cadí había roto con los almorávides, aprovechó la ocasión para conseguir alejarlos de Valencia. A este fin manifestaba al cadí que si los echaba de la ciudad, fuese como fuese, él, el Cid, le protegería y apoyaría como había protegido a Alcadir.

El imbécil y malvado Ibn Djahaf mordió el anzuelo. Consultó el caso con Ibn al Faradi, representante del Cid, a quien había puesto en la cárcel, y, naturalmente, Ibn al Faradi le aseguró que el Cid no faltaría a su palabra. Aceptó, pues, la proposición del Cid; y a fin de que los almorávides se marcharan, empezó por disminuirles el sueldo, so pretexto de que no tenía dinero.

Sin embargo, por aquellos días recibió cartas muy apremiantes del general almorávide Ibn Ayicha, quien le aconsejaba que enviase al sultán Yusuf Ibn Techufín alguno de los tesoros de Alcadir, asegurándole que si lo hacía iría a prestarle socorro un gran ejército africano. Esto bastó para que mudase de pensamientos el tornadizo Ibn Djahaf, y, no acordándose ya del Cid ni del convenio hecho con él, reunió la asamblea de notables y les propuso que enviaran al emperador almorávide el dinero que para éste pedía Ibn Ayicha.

La mayoría de los reunidos aprobó la proposición del cadí, y fueron nombradas cinco personas para que fuesen a llevar el rico presente a Yusuf. Una de ellas fué el amigo y confidente del Cid, Ibn al Faradi, quien supo insinuarse de manera que se le nombrara para el caso. Pronto se dió cuenta Ibn Djahaf de la tontería que había cometido al confiar sus proyectos al astuto Al Faradi, pues apenas

hubo salido de Valencia la embajada, y esto con el mayor sigilo, a fin de no caer en manos del Cid, éste estuvo al cabo de la calle, les hizo seguir la pista y se apoderó de las considerables sumas destinadas al famoso sultán marroquí.

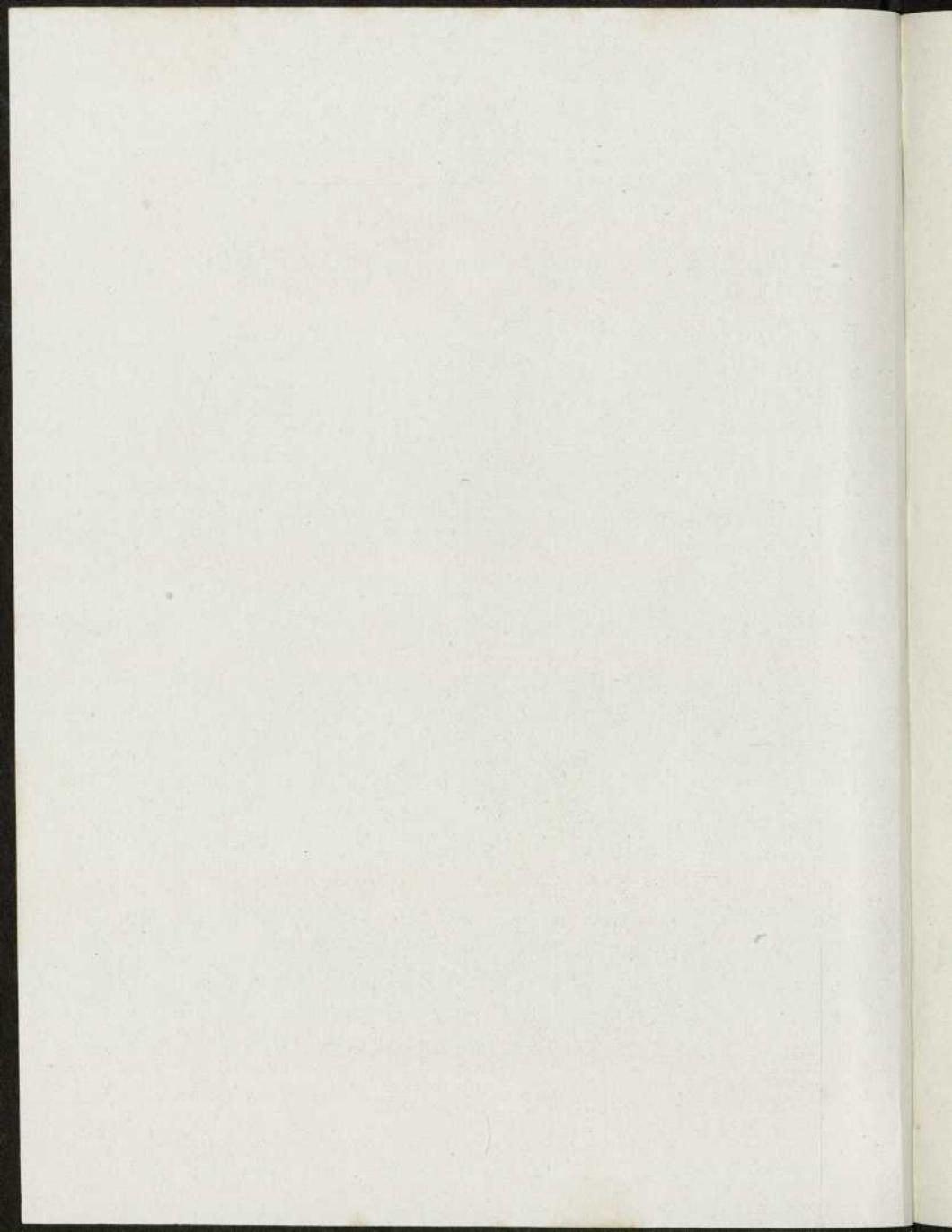
Rendida la fortaleza de Cebolla, en julio de 1093, el Cid fué contra Valencia con todo su poder, y esta vez con el decidido propósito, no ya de tenerla en vasallaje, sino de tomarla. Puso fuego a los adueros de los alrededores, a los molinos, a las barcas que traficaban por el Guadalaviar, poniendo especial cuidado en destruir todo lo que fuese de propiedad de Ibn Djahaf o de los suyos.

Al saber lo que ocurría, el rey de Zaragoza, Almostáin, sintió renacer sus nunca abandonados propósitos de apoderarse de Valencia. Temiendo la vecindad de los almorávides, más temibles para los reyes moros que para los mismos cristianos, Almostáin había hecho lo posible para que el Cid se colocase entre él y los ejércitos almorávides, y aun le había proporcionado dinero y hombres; pero Valencia era otra cosa: era una presa demasiado apetecible para renunciar a ella para siempre.

Almostáin envió, pues, a uno de sus visires, acompañado de sesenta caballeros, al campamento del Cid, con la excusa de que iba a rescatar los prisioneros musulmanes, es decir, llevar a cabo una buena obra. Pero el objeto real era muy distinto: nada menos que entablar negociaciones secretas con los valencianos, ofreciéndoles que, si reconocían su soberanía y alejaban a los almorávides, les prestaría apoyo y fuerzas para combatir al Cid y a todos los que les atacaran. El Cid no permitió a este embajador que



Crucifijo de madera que llevaba el Cid en sus expediciones guerreras  
El más pequeño lo ostentaba sobre el pecho



penetrara en la ciudad, aunque no pudo impedir que, bajo cuerda, comunicara al cadí las proposiciones de su soberano. Pero estas proposiciones fueron rechazadas por Ibn Djahaf, y el pobre embajador sólo pudo sacar como fruto de su viaje el haber presenciado los rápidos triunfos del Cid Campeador.

---



## XI

El Cid asalta los arrabales de Valencia. — Los moros valencianos piden la paz. — Otra vez Valencia tributaria del Cid. — Expedición del Cid contra Albarraçfn. — Los almorávides acuden en socorro de Valencia. — Otra revolución en Valencia.

En efecto, el Cid no había perdido el tiempo. Dotado de un gran talento político y militar, sus concepciones eran rápidas y la ejecución más rápida todavía. Al segundo día de su llegada frente a Valencia, se había apoderado del arrabal de Villanueva. Días después atacó el de Alcudia. Durante el combate su caballo cayó y él quedó desmontado; pero cabalgó en seguida y, cargando sobre los moros, mató e hirió a muchos con su propia mano. Caballero sin segundo y la mejor espada de su tiempo, se abrió paso por entre las lanzas enemigas segándolas como el segador la mies.

Había apostado una parte de su ejército frente a la Puerta del Puente de Alcántara, con objeto de entretener a los moros de aquella parte e impedirles así que acudiesen en socorro del arrabal de Alcudia. Estas tropas se enardecieron, y aunque su objeto no era otro que el de amenazar y distraer fuerzas, llevaron tan adelante las cosas, que ya habían conseguido escalar la muralla e iban a entrar en

la ciudad, cuando les acometió una inmensa multitud lanzándoles una lluvia de piedras. Cuando los soldados moros que defendían el arrabal recibieron aviso de que la ciudad estaba en peligro por el lado del puente, acudieron allí en gran número y se ensarzaron en un combate con los cristianos, que se prolongó hasta el mediodía, hora en que el Cid ordenó la retirada de los suyos al campamento.

Pocas horas después se renovó el ataque contra Alcudia, con tal ímpetu que los moros pidieron a gritos la paz. Accedió el Cid a suspender el ataque, y los notables de entre los moros fueron a su tienda para tratar las condiciones. Por la noche hizo su entrada en Alcudia, la guardó y prohibió a sus soldados, bajo pena de muerte, que causaran mal alguno a los habitantes. Al día siguiente prometió a éstos, que se habían reunido para oír sus condiciones y recibir sus mandatos, respetarles en sus vidas y sus propiedades y no tomarles más que el diezmo; después su almorarife o superintendente, que lo era el moro Ibn Abdús, empezó a cobrar las contribuciones que le pertenecían. Los vecinos de Alcudia abastecieron al ejército con gran acopio de víveres.

Tan rápidos fueron estos triunfos, que los valencianos se consideraron perdidos, y en asamblea de notables acordaron hacer la paz a toda costa con el invicto Campeador. No les quedaba más remedio, y pidieron condiciones al sitiador, quien contestó que las fijaran ellos; pero por de pronto lo que él exigía era que se alejara inmediatamente a los almorávides. Una vez hecho esto, las cosas se arreglarían fácilmente.

Comunicaron los notables moros a las fuerzas almorávides la respuesta del Cid, y aquellos soldados se allanaron hasta con placer a salir de la ciudad, donde incluso se les miraba con malos ojos. Así todo se arregló con la mayor facilidad. Las condiciones fueron: salida de los almorávides con armas y bagajes; devolución al Cid de todo el trigo de que Ibn Djahaf se había apoderado; pago del tributo de diez mil dinares mensuales y de todos los atrasos por este concepto; establecimiento de los reáles del Cid en Cebolla, que el Campeador había convertido en poco tiempo en una ciudad importante. Además, la paz sólo se refería a Valencia y, por tanto, los arrabales conquistados pertenecían por completo al Cid. En el de Alcudia se estableció su almojarife.

Hubiera podido juzgarse que el Cid, retirado a sus reáles, iba a aguardar que madurase del todo aquella rica fruta y se le fuese ella sola a las manos. Tenía que proveer a muchas cosas, y en especial a alejar a los codiciosos. Así, al saber que los almorávides tenían intención de apoderarse de Valencia y que sólo aguardaban para ello la llegada de su emperador Yusuf, mandó decir a Ibn Djahaf, el presidente de aquella república, que se guardara de darles entrada en la ciudad; pero la advertencia era excusada. Ibn Djahaf sabía que no podía contar ya con los almorávides, a no ser para su propia perdición. Así, tomó sus precauciones y se salió con los gobernadores almorávides que tenían el mando de Játiva y Cullera y que, en la confianza de hacerse independientes, no vacilaron en hacer traición a su soberano. Luego éstos atacaron a Alcira, cuyo gober-

nador, compañero suyo, a quien habían intimado a que siguiera su ejemplo, se había negado. El capitán a quien el Cid había confiado el mando de Cebolla secundó admirablemente a los aliados, asedió al gobernador de Alcira, llamado Ibn Mainuín, e hizo recoger y transportar a Cebolla las mieses que estaban segadas y no habían entrado aún en los silos.

En esto, el Cid tuvo noticia de que se le había levantado otro rival, Ibn Razín, señor de Albarracín y Murviedro, el cual había comprado el apoyo de Sancho de Aragón, ofreciéndole cuantiosas sumas para que le ayudase a conquistar a Valencia, y en fianza le había entregado la fortaleza de Torralba, cerca de Daroca. El Cid aguardó a que sus soldados hubiesen transportado el trigo de Alcira a Cebolla; y un día, sin decir palabra a nadie, ordenó a sus huestes que se pusieran en marcha. Ni sus propios capitanes sabían adónde les llevaba, y, por lo tanto, el señor de Albarracín no tenía la menor noticia de los movimientos de aquella tropa. Luego, de repente, una noche, el Cid ordenó una repentina irrupción en el país de su nuevo rival.

El éxito fué enorme: hizo gran número de prisioneros y un botín riquísimo, consistente sobre todo en ganado caballar, vacuno y lanar, y con sólo la pérdida de dos caballeros. Sin embargo, él fué herido en la garganta después de haber dado muerte con su lanza a doce caballeros enemigos. Esta expedición curó radicalmente a Ibn Razín de su codicia respecto a Valencia.

Mientras el Cid recorría y saqueaba las tierras de Albarracín, recibéronse en Valencia noticias alarmantes: el

emperador de los almorávides, Yusuf, estaba enfermo, pero había confiado a su yerno Abu Ibrahim el mando del ejército almorávide. Este formidable ejército estaba ya en Lorca, camino de Valencia.

Los muchos enemigos que en Valencia tenía el cadí Ibn Djahaf se llenaron de gozo, pues consideraron que se acercaba el fin de su tiranía y el principio de su liberación, no sólo del cadí, sino del Cid. Atemorizado Ibn Djahaf, envió al Campeador apremiantes mensajes para que regresara de su incursión por tierras de Albarracín. Así lo hizo el caudillo castellano; y en Cebolla celebraron una conferencia con él, el cadí y los gobernadores de Játiva y Cullera, quienes habían de recibir el primer choque con los almorávides. Resultado de esta conferencia fué el hacer escribir una carta al general almorávide para que supiera que el Cid se había aliado con Sancho de Aragón, y si osaba acercarse a Valencia tendría que habérselas con ocho mil caballeros cubiertos de hierro.

Un episodio ocurrido por aquellos días nos muestra al Cid como un hombre enigmático o más bien como dotado de complicada psicología. Parece que pidió a Ibn Djahaf la cesión, por unos días, del famoso jardín llamado de Ibn Abdelaziz, tenido por uno de los más hermosos y magníficos del mundo, y que estaba situado muy cerca de Valencia. Consintió el cadí, y con objeto de recibir dignamente a tan gran caudillo, que, virtualmente, era señor de Valencia, hizo adornar la entrada del jardín, cubrir el suelo con preciosas alfombras y preparar un suntuoso banquete. Llegado el día que se había fijado, el cadí esperó a su hués-

ped hasta la noche; pero el Cid no se presentó, y era ya muy tarde cuando envió un mensajero alegando que una indisposición, en que no creyó nadie, le había impedido acudir a la cita. Los valencianos, que ya estaban indignados contra el cadí por haber concedido al castellano la estancia en el jardín de sus antiguos monarcas, acabaron de enfurecerse al tener noticia de aquel acto que consideraron como un desaire. Sobre todo, los Beni Tahir, implacables enemigos de Ibn Djahaf, quisieron rebelarse contra éste, llamándole cobarde, puesto que sufría los más atroces insultos de aquel cristiano a quien en el fondo de su corazón maldecían a todas horas. Sin embargo, el miedo al Cid aplacó los ánimos, y los nobles, que temían por sus tierras, consiguieron calmar al pueblo.

Sin duda el Cid, al hacer tal petición, había querido probar hasta dónde llegaba la sumisión de Ibn Djahaf y los notables valencianos a su voluntad y hasta a sus caprichos; pero luego, al saber lo ocurrido y conocer las protestas que se habían levantado, se presentó en el jardín y tomó posesión de él y del arrabal inmediato.

¿Quiso el Cid demostrar a los valencianos que era una estupidez negarle o discutirle siquiera lo que estaba en sus manos tomarse por sí mismo, o producir con este acto una nueva división entre ellos, para lograr más fácilmente la posesión plena de la ciudad? Difícil es, a tal distancia y con tan escasas fuentes de juicio, casi todas árabes, dilucidar cuál fuera el pensamiento del héroe. Ello es que, ante la nueva arbitrariedad, los habitantes de la ciudad se alborotaron; y vino a dar fuerza a su protesta la noti-

cia de que el numeroso y fuerte ejército almorávide, con tanta impaciencia deseado, iba al fin a llegar, pues estaba ya camino de Murcia.

Al contrario, a Ibn Djahaf, el cadí, esta noticia le llenó de espanto. No sabía cómo apaciguar al pueblo, y, queriendo justificarse, alegó que el Cid había ocupado el jardín sólo con el objeto de descansar allí unos pocos días, y que si los valencianos lo pedían, lo abandonaría desde luego. Después, viendo que esto no convencía al pueblo, manifestó que él, cansado ya de tantas cosas, iba a renunciar su cargo y retirarse a su casa para siempre. No tenía tal propósito, pero quería disipar la nube que se le echaba encima, fuese como fuese; el resultado fué otro: los valencianos fueron a buscar a Ibn Tahir, el poderoso rival del cadí; le proclamaron presidente de su república y se rebelaron contra el Cid, cerrando las puertas de la ciudad. En el arrabal inmediato al jardín, las cosas ocurrieron muy al revés. Como entre las tropas del Cid había muchos musulmanes y probablemente el Cid, como buen político, encargó a éstas la ocupación del arrabal, los habitantes de éste apenas se quejaron del acto del conquistador.

Entretanto, el formidable ejército almorávide avanzaba siempre y sus escuadrones habían llegado a Játiva.

---

## XII

Retirada de los almorávides. — Más revoluciones. — Exigencias del Cid.  
— El hambre en Valencia. — Un tiranuelo. — El golpe de gracia

La llegada de aquel ejército, numerosísimo y aguerrido, que no había hallado obstáculos en su camino y antes bien engrosaba y se fortalecía a medida que avanzaba; deseado, además, por todos los musulmanes, pues iba a libertar el país del yugo del odiado héroe cristiano, planteaba a éste un problema muy difícil, quizá el más arduo de su vida. Colocado su ejército entre aquel temible enemigo y la fortísima plaza de Valencia, cuyos guerreros podían atacarle por la espalda, como en realidad pensaban hacerlo en cuanto se hubiese empeñado el combate, cualquier general con menos fe en sí mismo y en sus hombres hubiese levantado el sitio para ir a apoyarse en las fortalezas que poseía más al Norte de Valencia, o en las montañas. Pero esto significaba el abandono de la ciudad codiciada, quizá para siempre, y un menoscabo en su fama de guerrero que no había temido batirse y aun se había batido siempre contra fuerzas muy superiores.

Pero el Cid no era sólo un gran estratega, sino un gran táctico, un hombre de grandes recursos y de una decisión incontrastable, a la vez que un general prudente.

Cuando supo la llegada a Játiva del ejército enemigo, dejó el famoso jardín en cuyo palacio se había alojado, y fué a reunirse con sus tropas. Estudió maduramente las ventajas y desventajas de la situación y del terreno en que había de darse la batalla, y las de ir a buscar o de esperar al enemigo. Por fin, decidió permanecer donde estaba, y a fin de compensar la inferioridad numérica de sus huestes con los recursos de su posición y del terreno, hizo destruir los puentes del Guadalaviar e inundar la llanura, de modo que a los almorávides les quedara tan sólo un estrecho paso por donde pudieran atacarle, y el cual podía él cortar, cuando hubiese llegado el momento, con un ataque de flanco.

En Valencia la alegría y la ansiedad eran inmensas. Desde lo alto de las torres esperaban ver lucir las lanzas y las corazas del ejército libertador. Supieron que los almorávides habían pasado por Alcira; y una noche muy obscura, y que llovía a mares, distinguieron las fogatas del ejército, cuya vanguardia acampaba en Alcácer. La batalla se daría, sin duda, al día siguiente; y comenzaron los preparativos para la salida que intentaban contra las huestes del Cid apenas se hubiere entablado el combate.

A la mañana siguiente, la alegría se trocó en triste desengaño. El ejército libertador se había disipado como el humo de sus fogatas. Toda Valencia había acudido a las murallas y a las torres, dominado el pueblo por cruel incertidumbre; un mensajero acabó con ella al notificarles que los almorávides no irían ya, pues se habían retirado.

Al mismo tiempo, las huestes del Cid, furiosas al saber

cuáles habían sido las intenciones de los sitiados, se acercaron a las murallas, amenazándoles, insultándoles y conminándoles a que se rindieran, pues no podían esperar socorro alguno. En seguida el Cid, que volvió a alojarse en el jardín de Abdelaziz, dió orden de saqueo e incendio de los barrios extramuros, y la plaza fué cercada por todas partes.

No desesperaron con esto los valencianos, pues los Beni Tahir recibieron un mensaje del general almorávide Ibn Ayicha diciéndoles que el ejército no se había retirado por cobardía, sino por falta de víveres y por las lluvias e inundaciones; y les animaba a resistir hasta muy pronto, en que iría a socorrerles otra expedición que se estaba preparando. Nada de esto se realizó, pues el ejército almorávide había regresado a África.

El Cid se dedicó entonces a estrechar por hambre y aislamiento a la ciudad. Los gobernadores de los castillos fueron a implorar la protección del guerrero castellano, quien les recibió muy bien, les ordenó que le enviasen víveres, peones y ballesteros, y mantuvieran los pueblos el comercio con Alcudia, suprimiendo en absoluto el que hacían con Valencia, de modo que al mercado de Alcudia concurrían los traficantes de todo el reino. Luego hizo cultivar los campos que rodeaban a la capital, y esperó sosegadamente los acontecimientos.

Pronto se manifestó el abatimiento y la desesperación de los valencianos. Los versos de los poetas de entonces, verdaderas elegías, pintan el estado general de los ánimos. El único que se regocijaba por tal estado de cosas era el depuesto presidente de la república valenciana Ibn Djahaf,

quien acusaba a sus adversarios, los Beni Tahir, de haber sido los causantes de los males que afligían a Valencia. Al fin, los mismos que habían reclamado su destitución fueron a pedir a Ibn Djahaf que se apoderase del gobierno de la ciudad y la salvase. Fué proclamado otra vez presidente en febrero o marzo de 1094.

Sin embargo, como los Beni Tahir eran muy amados y respetados en Valencia, Ibn Djahaf no se consideraba seguro mientras no los hubiese anulado. Al Cid le convenía apoyar la política del ambicioso presidente, aunque en el fondo le despreciaba, y así, cuando Ibn Djahaf hubo obtenido de los notables valencianos un acta por la cual se comprometía la ciudad a seguir pagando el tributo al Campeador, con la condición de que éste les dejara en paz, el Cid mismo se acercó a las murallas y manifestó a los valencianos que no oiría proposición alguna de arreglo mientras los Beni Tahir permanecieran en Valencia. A pesar de esta conminación, tal era el respeto por los Beni Tahir, de sangre real, que el pueblo no se resolvió a dar su aquiescencia a ninguna orden de extrañamiento, e Ibn Djahaf tuvo que recurrir a la violencia, hizo prender a sus rivales y los entregó al Cid.

Consumado este acto de violencia, que causó gran indignación entre los valencianos, pero que se aplacó por el miedo a contrariar al guerrero castellano, las cosas se pusieron en buen camino para el arreglo. Pero Ibn Djahaf era una mala persona, y el Cid no se fiaba gran cosa de él. Seguramente esperaba la ocasión para hacerle pagar caras sus iniquidades, una vez se hubiese servido de él como de

un instrumento para realizar su deseo de adueñarse de Valencia.

Ibn Djahaf fué a visitar al guerrero castellano en el arrabal de Villanueva, donde éste se encontraba. El Cid le hizo un gran recibimiento y le trató como si fuera un verdadero rey; pero muy pronto cambió de tono. Le prometió su protección y su amistad; pero fué poniéndole condiciones y conduciéndole poco a poco hasta a hacerle aceptar cuantas quiso, incluso las de que las contribuciones de la ciudad y del campo se las quedaría el Cid y las cobraría su propio almojarife, de modo que Ibn Djahaf quedaba convertido en una figura puramente decorativa o, más que esto, en simple intermediario del Cid con la asamblea, pues ni aun le dejaba el papel de perceptor de impuestos.

Aunque a Ibn Djahaf le dolieran estas humillantes demandas, no tuvo más remedio que acceder a ellas y conformarse con la voluntad del caudillo castellano; pero éste, que no fiaba en él, quiso tenerle sujeto con prenda más segura que su palabra, y le pidió que le entregara a su hijo en rehenes.

Esto colmaba la medida de las exigencias que el Cid podía imponerle, pues Ibn Djahaf amaba a su hijo sobre todas las cosas y, por otra parte, no estaba muy seguro de poder cumplir lo que prometía; pero, por miedo a que el Cid se agraviara, adoptó el peor partido, que fué mostrarse conforme con entregar a su hijo, y en su corazón proponerse hacer lo contrario. Entonces el Cid le dijo: "Pues bien, vuelve mañana para firmar lo que me has pro-

metido". Y, esto diciendo, se despidió del apurado Ibn Djahaf.

Y al día siguiente no compareció éste a la cita. El Cid le envió un mensaje diciéndole que le esperaba; pero Ibn Djahaf le hizo responder que antes prefería perder la cabeza que entregarle su hijo. Entonces estalló la cólera del Cid, quien le escribió una carta diciéndole que, puesto que faltaba a su palabra, no volvería a creer en ella ni guardarle amistad. Al mismo tiempo, el Cid colmó de atenciones a sus prisioneros los Beni Tahir, les proporcionó cuanto necesitaban y les prometió su apoyo, y como ni el Cid ni Ibn Djahaf cedieron, aquél en su petición y éste en su negativa, se reanudó el estado de guerra.

En realidad, como había dicho el Cid, Ibn Djahaf era un imbécil, incapaz para el alto y difícil cargo que ocupaba, y antes que prometer al castellano lo que no podía cumplir, otro cualquiera hubiera renunciado la presidencia de la república; pero tan vano como cobarde, ni se atrevió a negar al Cid los rehenes que éste le había pedido, ni a dárselos, ni soltar una carga que no era para sus hombros; y sumió con ello al pueblo que regía en el hambre y la desolación más espantosas.

Para dar una idea de lo que padeció Valencia por su culpa, baste decir que, según las crónicas árabes coetáneas, por una rata llegó a pagarse una moneda de oro, y que muchos pobres comieron carne humana. Apenas se abría alguna de las puertas de la ciudad, una multitud enorme de gente se atropellaba para salir y ponerse en manos de los sitiadores, que los vendían luego a los moros de Alcu-

dia por un pan o por un jarro de vino. A los ricos los vendían, a mejor precio, a los mercaderes de esclavos que habían acudido en gran número desde la costa de África.

Sólo Ibn Djahaf triunfaba entre la general miseria. Imitando a los reyezuelos andaluces, tan indolentes y viciosos como ilustrados y espirituales, a quienes Yusuf había echado a puntapiés de sus tronos, se hacía rodear de poetas y sabios, discutía con ellos el mérito de sus versos, se entregaba a toda especie de placeres y se burlaba de los lamentos de la ciudad. La muerte le había librado de algunos notables que podían hacerle sombra, y los Beni Tahir continuaban en poder del sitiador. Se apoderaba de los bienes de los que morían de hambre, y la cárcel y los azotes esperaban a los que se atrevían a resistir.

Para no rendirse, lo cual significaba el término de su tiranía, acudió en demanda de socorro a Almostáin de Zaragoza y a Alfonso de Castilla. Uno y otro le alentaron a resistir, pero sólo con vanas palabras. Cuando se resolvió a escribir al rey moro de Zaragoza, estuvo indeciso sobre qué título le daría en la carta, si el de rey o el de señor, puesto que si le daba este último título era lo mismo que reconocerle como soberano. Al efecto, convocó una asamblea y se pasaron tres días en la discusión. Al fin, la asamblea acordó que se empleara el título de señor, pues ello obligaría más a Almostáin.

Éste, después de muchas dilaciones y de no hacer caso de su mensajero, le escribió diciéndole que “antes de hacer lo que se le pedía tenía que concertarse con el rey Alfonso, el cual había de enviarle un cuerpo de caballería, según él

le había pedido". Luego le encargaba que le diese noticias suyas de vez en cuando. Parecía una burla, pero Ibn Djahaf no lo entendió así. Más expresivo, pero no menos engañoso, se le mostró el rey de León y Castilla. Éste le respondió que le enviaría su *alter ego* García Ordóñez, con numerosa caballería, y que tras este ejército iría luego él en persona.

Ibn Djahaf escribió también a los cortesanos de Alfonso; todos le prometieron ir a socorrerle. Sin embargo, uno, más veraz, le envió a decir que el Rey quería edificar un mirador en Alcudia. A otro más listo le hubiera bastado esto para comprender que Alfonso lo que quería era ganar tiempo, a fin de ver qué rumbo tomaban los sucesos; pero Ibn Djahaf no lo comprendió así, y escribió pidiendo que se explicase. El personaje castellano no le contestó siquiera.

Como insistiera con Almostaín, a quien enviaba todas las noches algún mensajero, el ladino señor de Zaragoza hizo algo en favor suyo, y fué enviar dos de sus hombres al Cid con algunos presentes, suplicándole que tratara con más clemencia a los valencianos. Estos hombres tenían el encargo de mantener en su actitud de resistencia a Ibn Djahaf, con promesas de libertarle del Cid, pero con el propósito, no de cumplirlas, sino de ver si prolongándose la resistencia llegaba a caer en sus manos, por arte diplomático, la codiciada ciudad.

Por su parte, el Cid no estaba mano sobre mano, y suscitó a Ibn Djahaf, en la propia Valencia, un rival temible. Este era un tal Ibn Mochich, poderoso e influyente personaje a quien el Cid hizo grandes ofertas. Ibn Mochich le

dió oídos; pero Ibn Djahaf se enteró y prendió a su rival y a los que le seguían. Éstos supieron salir de sus prisiones e intentaron un golpe de mano contra su enemigo. El golpe de mano fracasó; Ibn Djahaf se apoderó de ellos, hizo decapitar a los cómplices y, queriendo obligar a Almostaín, le envió preso al rebelde principal.

Algunos valencianos incitaron al Cid a que diese un asalto, pues la ciudad anhelaba entregarse y ellos le facilitarían la entrada. El Cid cayó en la tentación o la celada, y en ella estuvo a pique de perecer, por lo cual volvió a su primer plan de tomar a Valencia sin exponer la vida de sus soldados, y apretó más el cerco del hambre. A fin de que no salieran de la ciudad, como lo hacían, las bocas inútiles, hizo anunciar que volvería a hacer entrar en Valencia a todos los fugitivos que estaban en su poder, y que entregaría a las hogueras a los que probaran de salir.

Este fué el golpe de gracia.

---

### XIII

Condiciones para la rendición de Valencia.—Sagacidad del Cid.—  
Entrada del Cid en la capital.—El Cid ajusticia a Ibn Djahaf

Algunos escritores árabes consignan en sus crónicas que el Cid tomó por asalto la ciudad de Valencia; pero era más lógico, después de tan tremendo sitio, que se rindiera. Y así lo cuentan otros. Ateniéndonos a éstos, las medidas tomadas por el Cid lograron su objeto. Agobiados los valencianos, se rebelaron contra Ibn Djahaf y éste entregó el poder a un faquí, el cual hizo pedir la paz. El Cid encargó a su almojarife que concertara con los aliados las condiciones, las cuales fueron que los valencianos enviarían mensajeros al rey de Zaragoza y a Ibn Ayicha, el general almorávide que gobernaba en Murcia, rogándoles que acudieran a socorrer a Valencia. Si a los quince días ninguno de éstos había acudido, Valencia se entregaría bajo las condiciones siguientes: que Ibn Djahaf sería cadí, que se le aseguraría vida y hacienda, lo mismo que a sus mujeres y sus hijos; que habría un inspector de impuestos; que un capitán moro al servicio del Cid, llamado Muza, ejercería el mando militar; que la guarnición se compondría de cristianos de los que vivían antes en Valencia; que el Cid residiría en Cebolla, que no mudaría las leyes de Valencia ni las contribuciones ni la moneda.

Ninguna de estas condiciones parece verídica, pues al Cid poco le hubiera aprovechado el largo sitio, la toma de los arrabales, el hambre y la insostenible situación de los valencianos. De todas suertes, el Cid había de tomar posesión de la ciudad, y los valencianos no podían soñar siquiera en que el Cid, después de haberles rendido, respetara ninguna de estas condiciones, que parecían hechas ex profeso para salvar al que había tiranizado a la ciudad, había hecho morir a tanta gente por su propia cobardía y su vanidad, y había faltado tantas veces a su palabra.

No ignoraban los moros valencianos que, igualmente que entre ellos, en todas partes regía la ley del más fuerte, que el más fuerte era el Cid y que el Cid aplicaría esta ley desde luego. Así, holgaban las condiciones: o resistir hasta que no quedara uno vivo, o entregarse. De un modo como de otro, el dueño y señor de la ciudad había de ser el Cid, y éste obraría como tal.

Al día siguiente de celebrado el convenio, salieron cinco de los notables de la ciudad para Zaragoza, y otros cinco para Murcia. El Cid había hecho constar en las condiciones que cada embajador sólo podía llevar encima o en su equipaje cincuenta dinares para sus gastos. Los que se dirigían a Murcia habían de embarcarse en un buque cristiano, el cual les llevaría hasta Denia, y desde allí se encaminarían a su destino por tierra. Una vez embarcados, el buque aguardó al Cid, quien había dado orden de que no se hiciera a la mar sin recibir su visita. El Campeador en persona se presentó en el barco y mandó registrar a los embajadores. En efecto, éstos no habían cumplido la condición de

que sólo podían llevar consigo cincuenta dinares, y se les encontraron grandes sumas de oro, plata y piedras preciosas; parte de esto les pertenecía, y parte era de propiedad de comerciantes valencianos que intentaban colocar así su capital y escapar más tarde de Valencia. Con aquella gente no había tratos que valieran, y por lo tanto no había de ser el Cid más respetuoso con ellos que lo que ellos lo eran con él. Les confiscó todo cuanto llevaban y les dejó con los cincuenta dinares convenidos. Después les permitió proseguir el viaje.

Pasados los quince días convenidos en el tratado, sin que se presentaran los socorros pedidos a Murcia y a Zaragoza, quisieron algunos valencianos, y a su cabeza Ibn Djahaf, continuar la resistencia; y no obstante las amenazas del Cid de que no observaría lo estipulado si no se le abrían las puertas, tardaron un día más. Era el jueves 15 de junio de 1094.

Ocurrió lo que podía esperarse. Apenas hubieron transpuesto los umbrales, los soldados del Cid se apoderaron de las murallas, a pesar de las protestas de Ibn Djahaf, el único que protestaba, pues los demás sólo tenían un pensamiento: proveerse de víveres, saciar el hambre.

Subió el Cid a la torre más alta de Valencia, y desde allí contempló la ciudad, el campo y el mar. Ante el maravilloso panorama que se extendía a sus pies y a su vista, Ruy Díaz del Vivar, en aquella hora suprema, debió de sentir el orgullo del héroe ante la obra acabada, debió recordar el día en que, desposeído de todos sus bienes, incluso de las tierras ganadas por sus padres, había sido echado

de su patria como un criminal. Su gran corazón y su brazo invencible le habían elevado desde el rango de simple *condottiero* de un rey moro a rey y señor de la ciudad y el reino más ricos de España. Todo lo había ganado con su esfuerzo y con su talento y aun con su sangre. Había vencido a reyes moros y a reyes cristianos, y él era a la par de ellos rey, el único en toda su edad que hubiera conquistado tal jerarquía, no por enlaces ni por intrigas, sino por su propio esfuerzo, arrebatando tal presa a los enemigos de su patria y de su Dios. Y la había arrebatado en lucha política y por medio de las armas, llevando a cabo prodigios de valor y de talento, con los más poderosos rivales: con el rey de Zaragoza, con el de Albarracín, con el de Lérida, Tortosa y Denia, con los terribles almorávides, con el conde de Barcelona y hasta con Alfonso VI *el Emperador*, el que le había desterrado.

En aquel momento de triunfo, ¡cómo debió de amar a la ciudad que tan costosa le había sido! “La amó — dice poéticamente un personaje a quien hemos citado en estos capítulos, Abu Abderam, ex rey de Murcia, testigo de los acontecimientos y prisionero del Cid —; la amó como los enamorados aman los lugares en que han gustado el amor.”

Después de esta contemplación y de estos esponsales con la ciudad deseada, el Cid recibió a los moros que acudían a besarle las manos, el acto de sumisión y vasallaje más común de aquellos tiempos. El héroe los acogió con gran cortesía y miramiento, y ordenó emparedar las ventanas de las torres que habían de ocupar sus soldados a fin de que sus indiscretas miradas no profanaran el interior de

las casas, acto de delicadeza que los valencianos agradecieron mucho. Además ordenó severamente a todo el ejército que se tratara con el mayor respeto a los vencidos.

Luego tuvo un rasgo que las Crónicas consignan, no obstante el rencor que guardan contra el héroe. Ibn Djahaf fué a ofrecerle una parte del dinero que había arrancado a los habitantes durante el sitio; pero el Cid, que no ignoraba la procedencia de aquel presente, lo rechazó.

Poco a poco fué conquistando la confianza de los moros valencianos, y al mismo tiempo que hacía esto, iba significando su voluntad de ser el único dueño y señor de Valencia, que la quería para sí y para los que le habían ayudado a ganarla, "salvo la soberanía de su señor el rey Alfonso". Al efecto, no sabemos si con razón o sin razón, puso en prisiones al tirano, regicida y ladrón Ibn Djahaf, y le hizo escribir en un papel la relación de todo cuanto poseía, advirtiéndole que si le hallaba algo más, le mataría. Ibn Djahaf hizo la lista, y habiendo llamado el Cid a gran número de caballeros moros y cristianos, juró en presencia de éstos que nada más poseía.

Pero Ibn Djahaf era un hombre despreciable, y registradas su casa y las de sus familiares se le hallaron grandes riquezas que no había declarado, y entre ellas muchas de las que robó al rey Alcahir y de las agenciadas durante su tiranía. Entonces, según algunos, el Cid le mandó echar en una hoya y encender hogueras a su alrededor. Según la *Crónica General*, tomada de otras crónicas árabes, Ruy Díaz del Vivar convocó una asamblea de notables, y habiéndoles preguntado qué muerte merecía aquel perjuro, ase-

sino de su rey: "Según nuestra ley, debe ser apedreado", le contestaron. Y entonces fué muerto a pedradas, junto con otros que habían sido sus cómplices en la muerte de Alcadir.

Tal fué el fin de aquel tirano imbécil que había hecho asesinar a su rey, había violentado a todo un pueblo, se había apoderado de los bienes de sus súbditos, había llenado las cárceles de ciudadanos, hecho decapitar a los que osaron resistírsele y sumido en la más espantosa miseria y en el hambre más terrible a hombres, mujeres y niños, para dar satisfacción a su ridícula vanidad. La justicia que mandó hacer en él el Cid no fué un acto de venganza, sino un acto de vindicta popular. Los crímenes de aquel hombre merecían ejemplar castigo, y si el Cid le hubiera mantenido en su puesto de cadí, se hubiera hecho cómplice y defensor de un hombre que había merecido mil veces la muerte por sus delitos y perjurios.

---

#### XIV

El Cid, dueño y señor de Valencia. — Los almorávides acuden para liberarla. — Temores de doña Jimena. — Proezas del Cid. — Derrota de los almorávides. — Otras conquistas. — Audaz abastecimiento de Benicadell. — El Cid vuelve a derrotar a los almorávides.

Dueño de Valencia, el Cid se dedicó a ordenar las cosas, naturalmente muy a disgusto de los moros; fué apoderándose de toda la administración, y aun quiso convertir a Valencia en una ciudad cristiana, echando de ella a cuantos no estaban conformes con su política, e indudablemente a todos los que habían apoyado a Ibn Djahaf y habían contribuído a la resistencia. Dióles a éstos alojamiento en Alcudia, y los cristianos de éste y otros arrabales fueron a substituir en Valencia a los que la abandonaban. El éxodo duró tres días sin interrupción.

Poco después llegaban ante la ciudad los ejércitos almorávides que no habían podido acudir antes. Mandábalos Mohamed Ibn Ayicha, el general gobernador de Murcia, y la orden de tomar la ciudad procedía del emperador Yusuf. Pusieron sitio a Valencia, y es natural que para ir contra una ciudad tan fuerte y un ejército como el del Cid, reunieron un ejército numerosísimo. Pero el sitio duró solamente diez días, pues el Cid hizo una salida, derrotó a

los almorávides, los puso en fuga y se apoderó del campamento.

Esta fué la batalla que, según el *Cantar*, presenció temblando Jimena, la esposa del Cid, recién llegada con sus hijas a Valencia, desde lo alto del alcázar.

Al espanto de Jimena contesta el Cid con una bella ironía: “Esto que te espanta, mujer, es el presente que te traen los almorávides para el dote de tus hijas”.

Jimena y sus hijas se llenan de temor al oír cómo sueñan los tambores de los almorávides llamando a la pelea, y el Cid, jurándolo por su barba, les dice que no teman, que antes de quince días les pondrá él a los pies aquellos tambores, “e veredes quales son”, y luego los colgará el obispo como trofeos en la iglesia de Santa María. Llegado el día fijado para la salida, el Obispo dice la misa del ejército, antes del alba, y absuelve a los que cayeran en la batalla.

Después de la derrota de los moros, entra el Cid en Valencia acompañado de cien caballeros. Se ha quitado el yelmo y

“fronzida trae la cara, — que era desarmado,  
 assí entró sobre Babioca — el espada en la mano.  
 Recibiénlo las dueñas — que lo están esperando;  
 mío Cid fincó antellas, — tovo la rienda al cavallo:  
 “A vos me omillo, dueñas, — grand poer vos he ganado;  
 .....  
 Veedes el espada sangrienta — e sudiente el cavallo:  
 con tal cum esto — se vencent moros en el campo.”

Luego descabalgaba, y al verle en pie, su mujer, sus hijas y las damas que las sirven se arrodillan delante de él en un transporte de admiración y orgullo hacia el héroe, cuyas proezas corrían de boca en boca por todos los ámbitos de España, y que ellas habían oído contar, pero no habían hasta entonces podido presenciarlos.

Ahuyentado y escarmentado el más poderoso de sus enemigos, acudió desde luego el Cid a redondear sus dominios y fortalecer sus fronteras. Sitió y tomó a Olocau y Serra, situadas en el corazón de la sierra, entre Liria y Murviedro, y que, por su situación estratégica y la defensa natural de las montañas, constituían las llaves de la antigua Sagunto, cuya posesión codiciaba el Cid. Además, Olocau tenía otro atractivo para Ruy Díaz, y eran las grandes riquezas que, poco antes de ser asesinado, envió allá el rey de Valencia Alcahir. Seguramente conocía el Cid el sitio donde habían sido ocultadas.

Como los almorávides amenazaban de nuevo las fronteras de sus estados, el Cid aceptó gustoso los ofrecimientos de alianza ofensiva y defensiva que le hizo entonces Pedro de Aragón, hijo de Sancho, a quien había sucedido en el trono en 1094; y habiendo ido el rey aragonés a Valencia con su ejército, él y el Cid partieron de esta ciudad con objeto de abastecer el castillo de Benicadell y hacer de esta fortaleza el centro de sus operaciones.

La empresa era audaz, pues tenían que afrontar la lucha con un ejército almorávide apostado cerca de Játiva y que, al mando de Ibn Ayicha, no bajaba de treinta mil combatientes. Sin embargo, tal era el terror que inspiraba

el Cid, que Ibn Ayicha juzgó prudente evitar la batalla, y la atrevida operación se llevó a cabo felizmente. Benicadell quedó abastecido con grandes depósitos de vituallas, y el ejército cristiano se encaminó por el Sur siguiendo la costa.

Pero el ejército almorávide, al evitar la batalla, no desistió por esto de su idea de combatir al ejército cristiano, sino que lo que hizo fué buscar un terreno favorable para darla con toda seguridad. En efecto, en Beirén, cerca de Gandía, esperaba Ibn Ayicha, quien debía de arder en deseos de vengar la derrota que había sufrido ante los muros de Valencia, y no sólo les esperaba con un ejército muy superior, sino que había tomado posiciones en la cima de una montaña de más de una legua de extensión, que domina el mar, y a mayor abundamiento estaba apoyado por una gran flota musulmana.

El ejército cristiano se vió envuelto por dos lados, por el mar y por tierra. El peligro era tan grande, que, no obstante lo aguerrido de aquellas huestes, hubo un momento de vacilación en las filas aragonesas y castellanas, aquel momento terrible en que suelen producirse los grandes pánicos y las irremediables derrotas. El Cid, gran psicólogo, avezado a manejar a los hombres, se dió cuenta del peligro, y montando a caballo recorrió las filas de aragoneses y castellanos, gritándoles: “¡Valor, hijos míos; venid a mostrar a esos infieles quiénes sois! ¡No temáis a nuestros enemigos, por muchos que sean, pues yo os aseguro que Nuestro Señor Jesucristo los pondrá en nuestras manos!”

Las palabras y la decisión del caudillo animaron a los soldados, y en una acometida irresistible desalojaron a los

almorávides de su magnífica posición y los pusieron en fuga. Con un botín inmenso, del que sin duda formaba parte la famosa espada *Tizona*, volvió el ejército a Valencia, abrumado al peso de los laureles, y tal fué entonces la confianza del Cid en sí mismo y en su genio militar, que más de una vez soñó con echar por su esfuerzo a los moros de todas las tierras de España que aun poseían. Y no era esto exageración, pues todo el mundo musulmán temblaba al oír su nombre, y sus increíbles hazañas tenían maravillados a los reyes cristianos, todos los cuales se disputaban su amistad. Entonces fué cuando un árabe de Valencia, como el tantas veces nombrado ex rey de Murcia, Abu Abderam, lo cuenta en carta a un amigo, le oyó decir: “Un Rodrigo perdió esta Península, y otro Rodrigo la recobrará.” “Palabra — añade el citado personaje — que llenó los corazones de espanto, y que hizo pensar a los hombres que lo que ellos temían y les atemorizaba llegaría pronto.”

Esta exclamación del Cid, de que ya hemos dado cuenta en uno de los primeros capítulos, está traducida en otra forma en nuestro admirable *Romancero*. La transcribimos aquí, para dar una muestra de esta *Iliada* sin Homero, como la llamó un célebre escritor. Es la carta que desde Valencia envía el Cid al rey Alfonso, con un presente, después de la conquista:

“El vasallo desleale,  
El desterrado, el traidor,  
El que non cupo en Castilla  
Magüer que en ella nació,

El aviltado de todos,  
Y, más que de ellos, de vos,  
El que de sí non se miembra  
Por tratar de vuestra pro,  
El que de vuestos denuestos  
Ya non se le acuerda, non,  
Desde Valencia os envía  
Salud: otórgueosla Dios.  
Non satisface los tuertos  
Que le ficisteis, señor,  
Pues de ellos ha resultado  
Vuestro provecho y su honor.  
Sus maldiciones perdona,  
Aunque indignos de perdón,  
Que los divinos secretos  
Tienen asaz gran fondón;  
Que por donde el home cuida  
Que amaga su perdición,  
Viene en pro a las vegas;  
¡Mirad, pues, cuán altos son!;  
Yo hablaré de experiencia,  
Y sé a quien le hizo el loor  
Y a vos, rey, alguna parte,  
Instrumento con que obró.  
En este arquetón de plata  
Vos endono un rico don:  
Estimadlo, Alfonso, en mucho,  
Que merece estimación.  
Cinco coronas van ende,

Cada con su real pendón ;  
Cinco cetros de oro puro,  
Que de cinco reyes son ;  
Cinco llaves van también,  
Que como a rey y señor  
Vos entrega el vueso siervo :  
Non lo ficiera un traidor.  
Chantadlas en vuestro escudo,  
Que non menguaréis de honor :  
¡Harta sangre asaz me cuesta  
Su prolija aquistación !  
Non deis nada al mandadero,  
Que ya le he pagado yo,  
Que es Alvar Fáñez Minaya,  
Un mi sirviente de pro :  
Conocedle, señor rey,  
Y fabladle con amor,  
Ya que yo no he alcanzado  
Este agasajo de vos ;  
Que el buen hablar en los reyes  
Cuesta muy poco, señor,  
Y face vasallos leales,  
Lo que non face el temor ;  
Que non el temor y amores  
Comen en un plato, non,  
Y el temido pocas veces  
Fué amado de corazón.  
Diréis que aqueste Rodrigo  
Siempre fué aconsejador,

Y aína os dirán los tiempos  
Si tenéis otro mejor;  
*Que non soy tan mal vasallo,  
Que con muchos como yo,  
Non restaurara de presto  
Lo que el rey godo perdió..."*

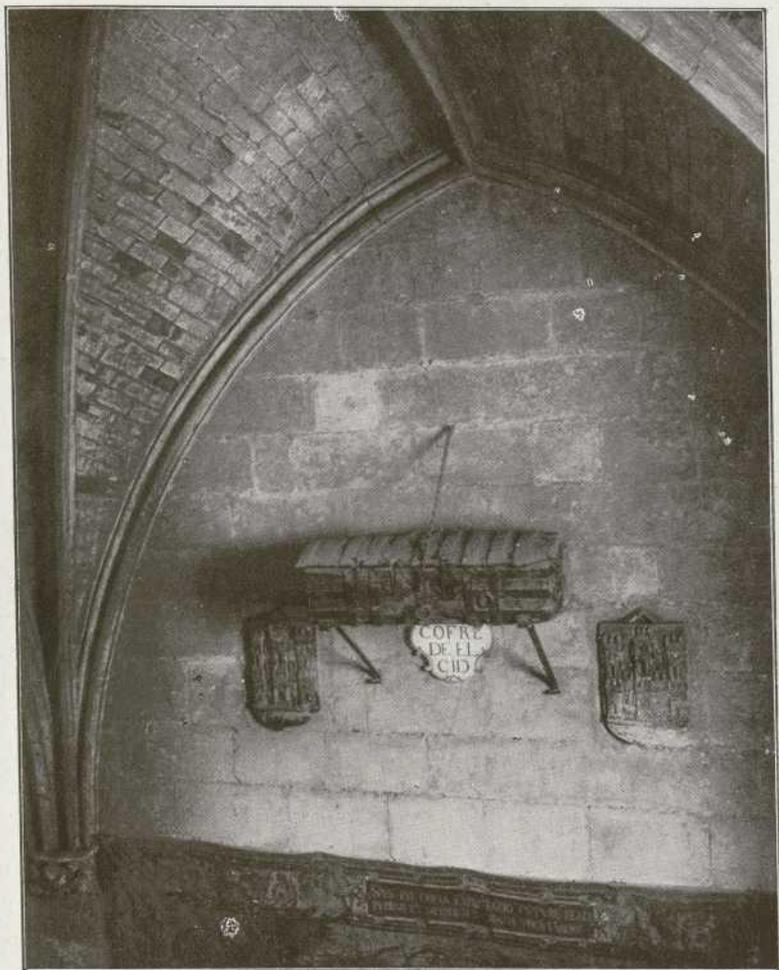
---

## XV

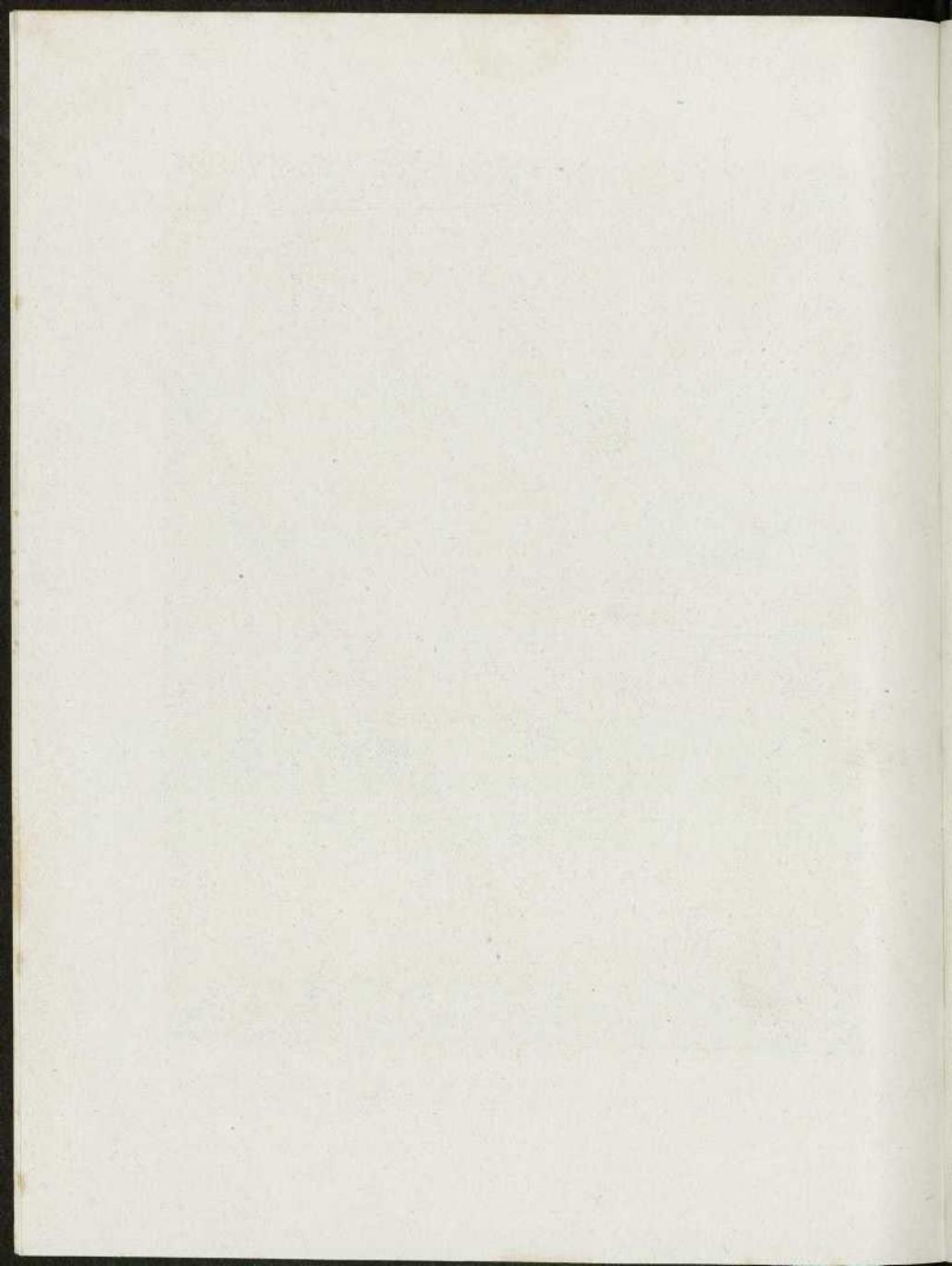
Otras empresas militares.—Toma de Almenara.—Sitio y toma de Murviedro.—Casamiento de las hijas del Cid.—El Cid erige catedral en Valencia.—Enfermedad y muerte del Cid.—La sangre del Cid pasó a todas las casas reales de España.—Grandes descendientes del Cid.

Aunque había llegado al apogeo del poder y la gloria, no decayó un punto la actividad del héroe castellano. Apenas hubieron llegado a Valencia los ejércitos del Cid y de Pedro I de Aragón, sin darles tiempo al descanso, el invicto guerrero quiso recompensar a su aliado por el servicio que le había hecho en la expedición a Benicadell, y se puso en camino para ayudar al monarca aragonés en la toma de Montornés, en la provincia de Lérida, que se le había rebelado.

Una vez sometida la fortaleza, el Cid regresó a su capital. Entonces los moros de Murviedro comprendieron que les era llegado el turno y se aprestaron a defenderse. Como ya se ha dicho páginas atrás, Murviedro se había entregado, precisamente para tener mayor amparo, a Ibn Razín, señor de Albarracín y otras comarcas. Pero, tratándose del Cid, toda precaución era poca. Comprendiendo que Ibn Razín no podía prestarles el auxilio que necesitarían, compraron el apoyo de los almorávides. En efecto, el general Abu'l-Fath partió de Játiva con algunas tropas con objeto



Catedral de Burgos. — El cofre del Cid. Los restos no yacen ahora en ese cofre, sino bajo el crucero del mismo templo



de guarnecer aquella plaza; pero no bien llegado a Murviedro, el general almorávide vió a lo lejos acercarse las huestes del Cid, quien, efectivamente, se había puesto ya en campaña. Tal vez juzgara Abu'l-Fath que alejándose de Murviedro aplacaría la cólera del Cid, o quizá pensara que en aquella plaza no podría sostenerse; ello es que abandonó a Murviedro y se metió en Almenara.

Entonces el Cid se fué tras él, asedió esta fortaleza, la tomó después de tres meses de asedio y dió orden a los habitantes moros que salieran de su recinto. Puso los cimientos de una iglesia dedicada a la Virgen Santísima y luego emprendió el camino de Valencia. Pero su plan no era este, pues en lugar de proseguir la marcha a Valencia, de repente se dirigió contra Murviedro, manifestando a sus capitanes que bien sabía el cielo que su deseo no era otro que tomar a Murviedro, con ayuda de Dios, y no salir de ella sin haber oído una misa en honor suyo.

Entonces se demostró cuán grande era el terror que inspiraba el invicto caudillo castellano. Desesperados los defensores de Murviedro, le suplicaron una tregua de algunos días para pedir socorro y prometiéndole entregarse sin resistencia si no se les socorría, pero amenazando con hacerse matar hasta el fin si rechazaba su demanda. El Cid quiso ser generoso y les concedió un mes de tregua. Entonces los sitiados acudieron a Ibn Razín, a los almorávides, a Almostaín de Zaragoza, al conde de Barcelona Ramón Berenguer, al rey Alfonso *el Emperador*.

Éste contestó que prefería que Murviedro perteneciese al Campeador que a un príncipe musulmán; Ibn Razín se

excusó diciendo que no podía ayudarles; Almostaín de Zaragoza, siempre sinuoso y escurridizo, respondió que era grande su deseo de ayudar a sus hermanos en religión; pero, intimidado por las amenazas del Cid, acabó por declarar ingenuamente, a la vez que excitaba a los sitiados a oponer viva resistencia, que “no se atrevía a combatir contra un héroe invencible como Rodrigo”. Los almorávides, cuyo emperador Yusuf temía exponer los laureles ganados en la memorable batalla de Zalaca, donde había derrotado al emperador Alfonso VI, y por esto no quería mandar más ejércitos, declararon que por su voluntad sí irían a auxiliarles, pero había de ser mandados por Yusuf en persona, pues sus generales no sabían darles la victoria.

El conde de Barcelona, a quien los sitiados ofrecieron grandes sumas, declaró a su vez que no se encontraba con fuerzas suficientes para atacar al Cid; pero trató de distraer las del caudillo castellano y puso sitio al castillo de Oropesa, que pertenecía a éste. El Cid no le hizo caso alguno; le dejó sitiar en paz el castillo, y Berenguer abandonó la empresa en cuanto tuvo la falsa noticia de que el Cid acudía con su ejército.

Transcurrieron los treinta días sin que el auxilio llegara, y los de Murviedro alegraron entonces que sus mensajeros no habían regresado. No ignoraba el Cid que esto era una superchería; pero concedió un nuevo plazo de doce días para que le entregaran la ciudad, diciendo a los sitiados que “obraba así para que todo el mundo supiera que no temía a ninguno de sus reyes”. “Si quieren venir a auxiliaros — añadió —, tiempo tienen de hacerlo; que

vengan, si se atreven. Pero os juro que, si pasados estos doce días no os rendís, he de entregaros a todos al tormento y os haré decapitar o asaros en la hoguera”.

Terminado el plazo de los doce días, la situación era la misma, y los sitiados le pidieron que aguardase a la Pascua de Pentecostés. Irritado ya el Cid, les contestó con mucha calma, en la que los sitiados debieran de haber visto una amenaza que no supieron interpretar: “Consiento en ello y aun os doy más plazo: hasta San Juan; pero aprovechad el tiempo que os queda para abandonar la ciudad y estableceros donde mejor os convenga”.

Efectivamente, el 24 de junio de 1098 tomó posesión de Murviedro, hizo cantar un *Tedéum* e hizo edificar una iglesia dedicada a San Juan. En cuanto a los moros que no habían atendido su orden de salir de la plaza, se los llevó cautivos a Valencia.

Aunque no conocemos la fecha exacta, es de suponer que fuera entonces cuando casó a sus hijas: María, la menor, con el conde de Barcelona Ramón Berenguer III, hijo de *Cap d'Estopa* y sobrino de aquel gran enemigo del Cid, Berenguer Ramón *el Fratricida*. Este casamiento consta en documentos de 1104 y 1107. Cristina, la mayor, casó con el infante de Navarra don Ramiro, señor de Monzón.

Además, en 1098 convirtió en iglesia la mezquita de Valencia, bajo la advocación de Santa María, y estableció en ella como obispo a don Jerónimo de Perigord, ordenado canónicamente por el Papa Urbano II. Se conserva el acta de dotación de la iglesia de Valencia, fechada en 1098 y cuyo original se encuentra en Salamanca, de donde fué

obispo el citado don Jerónimo, el "don Jerome" del *Cantar de Mio Cid*.

Había llegado, pues, el héroe castellano a lo más alto de su gloria: señor de un reino, no ya de una ciudad, casaba a sus hijas con monarcas e hijos de reyes, y fundaba iglesias y catedrales y nombraba obispos. Pero su fin estaba cercano: postrado por la enfermedad, pero no satisfecho todavía, envió un ejército contra Játiva, que quería arrebatar a los almorávides. Estas tropas chocaron con las de Ibn Ayicha, que acababan de vencer a Alvar Fáñez, enviado por Alfonso VI. A las huestes del Cid, al faltarles su caudillo, les faltó el alma; y empeñada la batalla, les fué tan adversa la suerte, que en completa derrota pocos fueron los que llegaron a Valencia.

Entonces se demostró, como tantas otras veces se ha demostrado en otros grandes hombres, que el genio de un héroe o de un político vale más que todo un ejército o todo un pueblo; que hay hombres verdaderamente providenciales, es decir, instrumentos directos y visibles de la providencia que rige la suerte de las sociedades, como rige las mismas leyes de la naturaleza. El ejército del Cid era el mismo, los mismos valerosos capitanes que le habían secundado en sus brillantes y continuos triunfos eran los que mandaban aquellas aguerridas huestes, las mismas eran las banderas, que, al decir de los árabes mismos, llevaban tras sí la victoria; es decir, que la fuerza y el valor eran los de siempre; pero les faltó el brío, el ímpetu, la decisión, la serenidad, el ascendiente del caudillo. No era la lanza del Cid la que decidía los combates: era su presencia, era su espíritu, lo

que se podría llamar su fortuna, y era sin duda un don, ese don divino que llevan en sí los grandes hombres, destinados a descollar sobre la multitud.

Y entonces ocurrió una cosa inaudita, pues tan extraordinaria como su vida había de ser la muerte de aquel gran capitán. Rendido en el lecho, llegó hasta él la noticia de la derrota; y tan sensible fué para él, que no pudo resistirla, y murió de vergüenza y de dolor.

A los cincuenta y ocho años de edad, en el mes de julio de 1099, cinco años después de su entrada en Valencia, entregó el alma a Dios aquel hombre insigne, cuyas proezas habían de correr de boca en boca de hombres, mujeres y niños, por siglos de siglos, hasta nuestros días; que había de ser presentado como prototipo del valor y de la lealtad, y había de dar tema a una epopeya y a llenar con la fama de sus hechos no sólo a España, sino al mundo. Le han cantado los más grandes poetas de Europa y los más humildes trovadores, y ser un Cid ha significado en todo tiempo, en España y fuera de ella, ser un dechado del valor y de la caballeridad.

He aquí el magnífico romance que pinta los últimos momentos del Cid:

“Banderas antiguas, tristes,  
De victoria un tiempo amadas,  
Tremolando están al viento  
Y lloran aunque no hablan.  
Sonaban las roncadas voces  
De las destempladas cajas,

Y los pífanos soberbios  
Calles y plazas arrancan.  
Estaba el Cid Campeador  
Humilde y manso en la cama,  
Y sujeto a la inclemencia  
De la vengativa Parca.  
Hizo traer las reliquias  
De las victorias pasadas  
Y mandó que le truxesen  
Sus compañeras espadas.  
Y desque fueron traídas  
Levantábase en la cama;  
Tomándolas en sus manos  
Les dijo aquestas palabras:  
— Colada y Tizona mías,  
No colada, mas calada  
Por mil contrarios arneses  
Y por mil contrarias armas,  
¿Cómo os hallaréis sin mí?  
¿A quién os dejaré en guarda,  
Que no manche vuestro honor,  
Pues que tan fácil se mancha?  
Y luego, en diciendo aquesto,  
Mandó que a Babioca traigan,  
Que quiere verle primero  
Que comience su jornada.  
Entró el caballo, más manso  
Que una corderilla mansa:  
Abriendo los anchos ojos

Como si sintiera, calla.  
— “Ya me parto, caro amigo;  
Quien os gobierna, ya falta:  
Quisiera pagaros bien;  
Pero recibid por paga  
Que con los fechos que he fecho  
Será inmortal vuestra fama”.  
Y no diciendo más que eso,  
La muerte tira una jara”.

Murió de dolor el héroe a quien no habían logrado matar tantas lanzas, tantas espadas, tantas saetas contra él asestadas en sus continuas empresas guerreras, en mil combates ganados siempre con fuerzas inferiores y en que tuvo que poner a contribución, no sólo su gran talento militar, sino el esfuerzo directo de su brazo poderoso. Siempre tuvo que ofrecer el pecho a la muerte para lograr la victoria, y la única vez en que no ofreció su pecho heroico a las armas enemigas, fué cuando quedó herido de muerte, por el dolor de ver abatidas aquellas

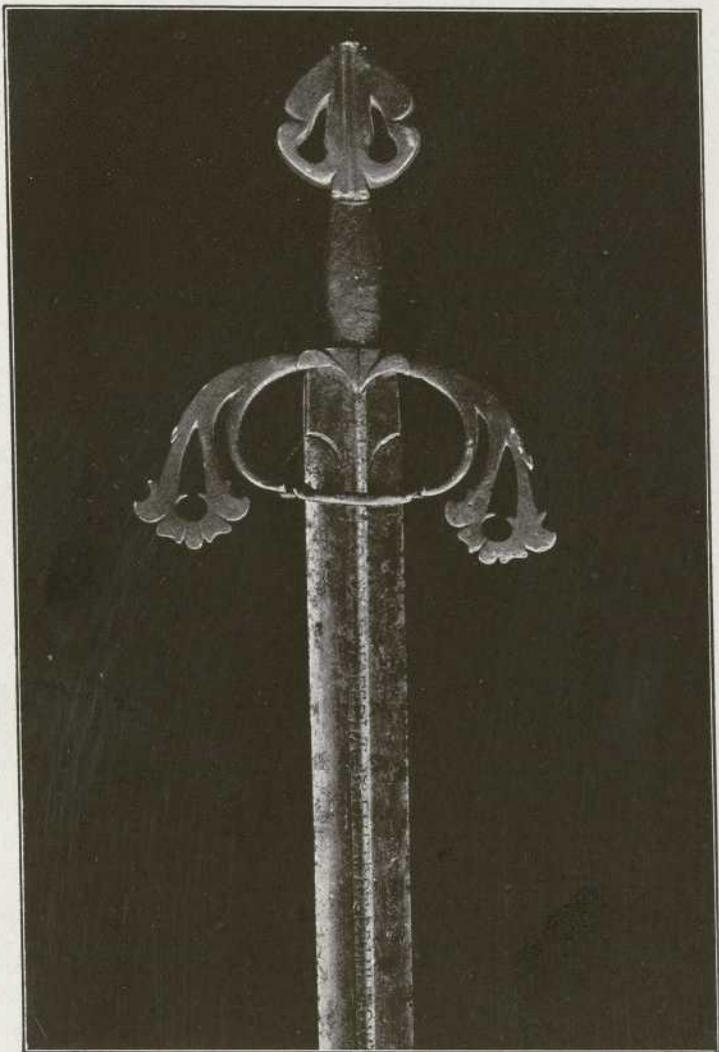
Banderas antiguas, tristes,  
De victoria un tiempo amadas...

No pudo arrojar de España a los moros, como en sus sueños de grandeza pensaba; pero engendró a quien los echara. De su sangre fueron los reyes españoles que acabaron la reconquista. Su hija Cristina, la casada con don Ramiro de Navarra, tuvo un hijo, García Ramírez, que

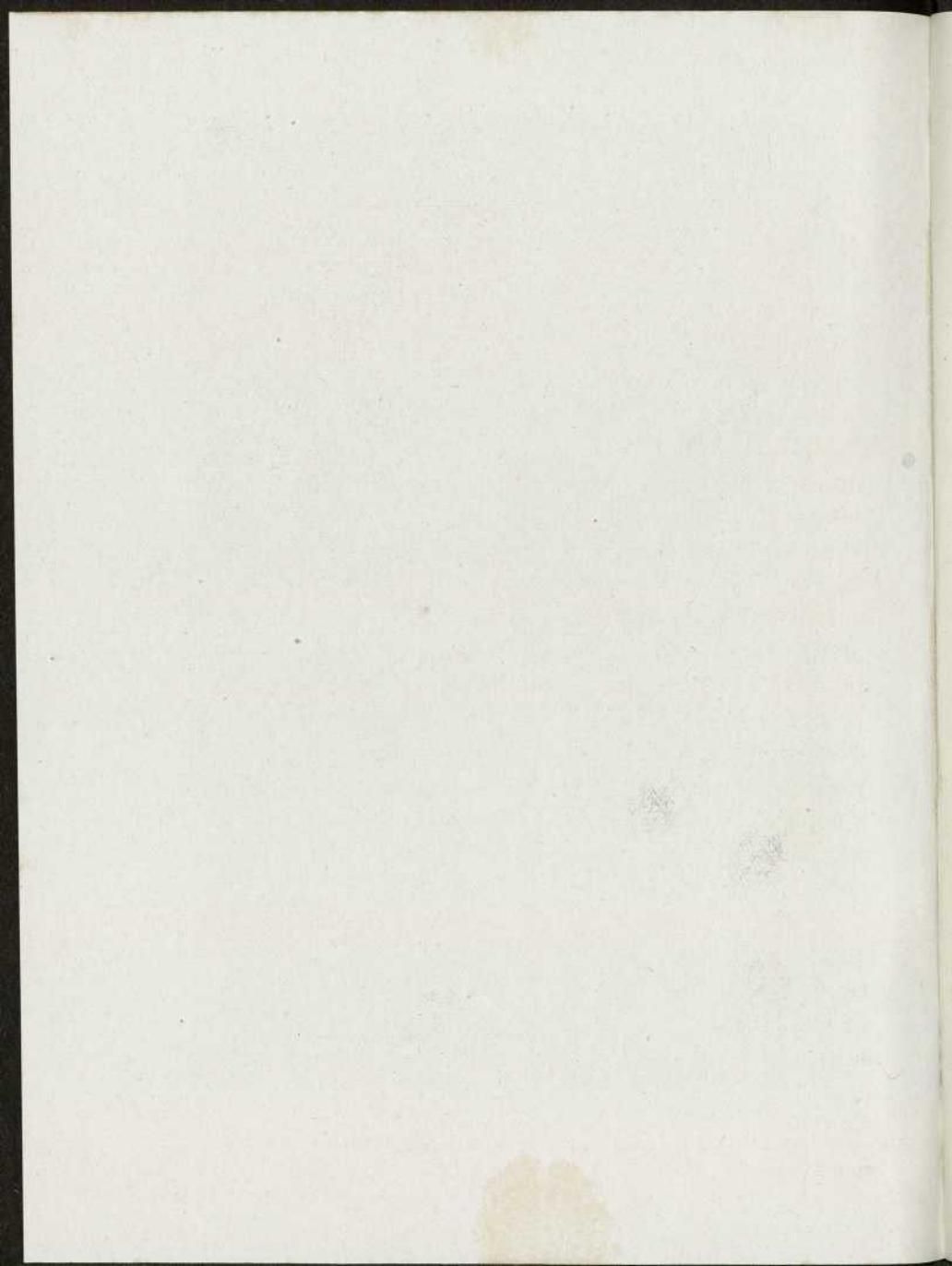
ocupó el trono navarro en 1134, y tuvo una hija que en 1151 se casó con Sancho III de Castilla. Por el enlace de María, la otra hija del Cid, la sangre del héroe castellano pasó a los demás reinos de España: a León, casándose una hija de Alfonso VIII, hijo de la nieta del Cid, doña Blanca, con Alfonso IX, en 1197; otra hija de Alfonso VIII, doña Urraca, llevó a Portugal la sangre del Cid, por su unión con Alfonso II; y la tercera, doña Leonor, la llevó a Aragón y Cataluña otra vez por su matrimonio con Jaime I, en 1221. De él, de su sangre, vinieron, entre otros, aquellos monarcas y grandes guerreros que se llamaron Fernando III *el Santo* y Jaime I *el Conquistador* (1), quienes dejaron cumplidos, salvo en un reino, el de Granada, los grandes sueños del Cid.

---

(1) Como dato curioso e interesante, nos es grato citar lo que apunta el señor Menéndez Pidal en su eruditísimo y monumental estudio acerca del *Cantar de Mio Cid*, sobre las espadas que fueron del héroe: "... Los reyes aragoneses tendrían la espada del héroe castellano acaso por el matrimonio de la hija del Cid, María Rodríguez, con el conde de Barcelona Ramón Berenguer III, abuelo de Alfonso II de Aragón, o por otro enlace posterior, y probablemente poseían también la otra espada que el *Cantar* menciona, pues lo cierto es que la espada favorita de don Jaime I *el Conquistador* se llamó *Tisó*, la cual tenía desde que, niño de nueve años, había salido del Castillo de Monzón, y la prefería a la lanza, porque, como él mismo nos dice, "era molt bona e aventurosa a aquells qui la aportaven" (*Crónica del rey En Jaume*); con ella combatió el rey aragonés en el cerco de Burriana, el año 1237, esforzándose acaso con la memoria del héroe de Vivar que en aquellas mismas playas había ganado a *Tizón*, cuando derrotó al moro Búcar."



La espada del Cid  
(De la armería de S. E. el Marqués de Falces)



## EPÍLOGO

Muerto Rodrigo Díaz del Vivar, los almorávides, que habían temblado ante su solo nombre, se apresuraron a atacar a Valencia. Doña Jimena, digna esposa de tal héroe, defendió durante dos largos años la gloriosa herencia del Cid; pero en octubre de 1101 el general Masdolí fué a sitiar la ciudad con un ejército formidable. Todavía se sostuvo la valerosa dama con los esforzados capitanes que habían sido amigos y compañeros del héroe, por espacio de siete meses; pero al fin, agotados los recursos, Jimena pidió auxilio a su primo el rey don Alfonso de Castilla y León. El obispo don Jerónimo de Perigord, aquel obispo caballero que acompañó al Cid en las más terribles batallas y que peleaba junto a él como un león, no abandonó tampoco a la noble señora, y él fué quien llevó al monarca cristiano el mensaje de doña Jimena.

Conmovido Alfonso VI por la petición de su prima y queriendo borrar sin duda la larga serie de agravios inferidos en vida al mejor de sus vasallos y al más grande de sus guerreros, acudió en persona a Valencia. El ejército sarraceno no se atrevió a esperarle y levantó el sitio a toda prisa; pero, juzgando Alfonso que la gran ciudad levantina estaba demasiado alejada de sus estados para que pu-

diera sostenerla contra la codicia de los poderosos almorávides y aun contra los recelos de otros príncipes moros y cristianos, de cuyos estados era límite el reino conquistado por el Cid, llevóse a Jimena y con ella el cadáver del héroe a Castilla, prendiendo antes fuego a Valencia por los cuatro costados (1).

Así se vió obligado el rey Alfonso a honrar y escoltar los restos y devolver a la patria el cuerpo de aquel a quien en vida había echado de ella. Aun en su muerte fué honrado el Cid, y jamás cadáver de héroe alguno ha tenido tan lucida escolta, la escolta de un ejército victorioso y al mando de un emperador; y así entró en Castilla el que había salido de ella con solas sesenta lanzas.

Si alguno quedaba con vida de aquellos valientes guerreros, aquel Martín Antolínez, el de la *ardida lanza*, aquel violento y heroico Per Vermúdez, aquel Muño Gustioz, o Martín Muñoz, o Alvar Alvaroz, o Alvar Salvadórez, o Galín Garcíaz, “el bueno de Aragón”, o Félez Muñoz, que habían recorrido con su señor y deudo sembrando de hazañas aquel mismo camino y habían sido testigos en todo momento de las proezas del hombre cuyos restos escoltaban, por recio, por endurecido en las luchas que fuese su corazón, debían de sentir una tristeza hondísima y a la par una íntima alegría. Debieron de recordar aquella triste salida de Burgos para el destierro, la noche pasada en San Pedro de Cardeña, donde dejaba el héroe a su mujer y sus hijas, el apremio con que tuvieron que trasponer la

---

(1) En 5 de mayo de 1102, los moros fueron a tomar posesión de un montón de ruinas.

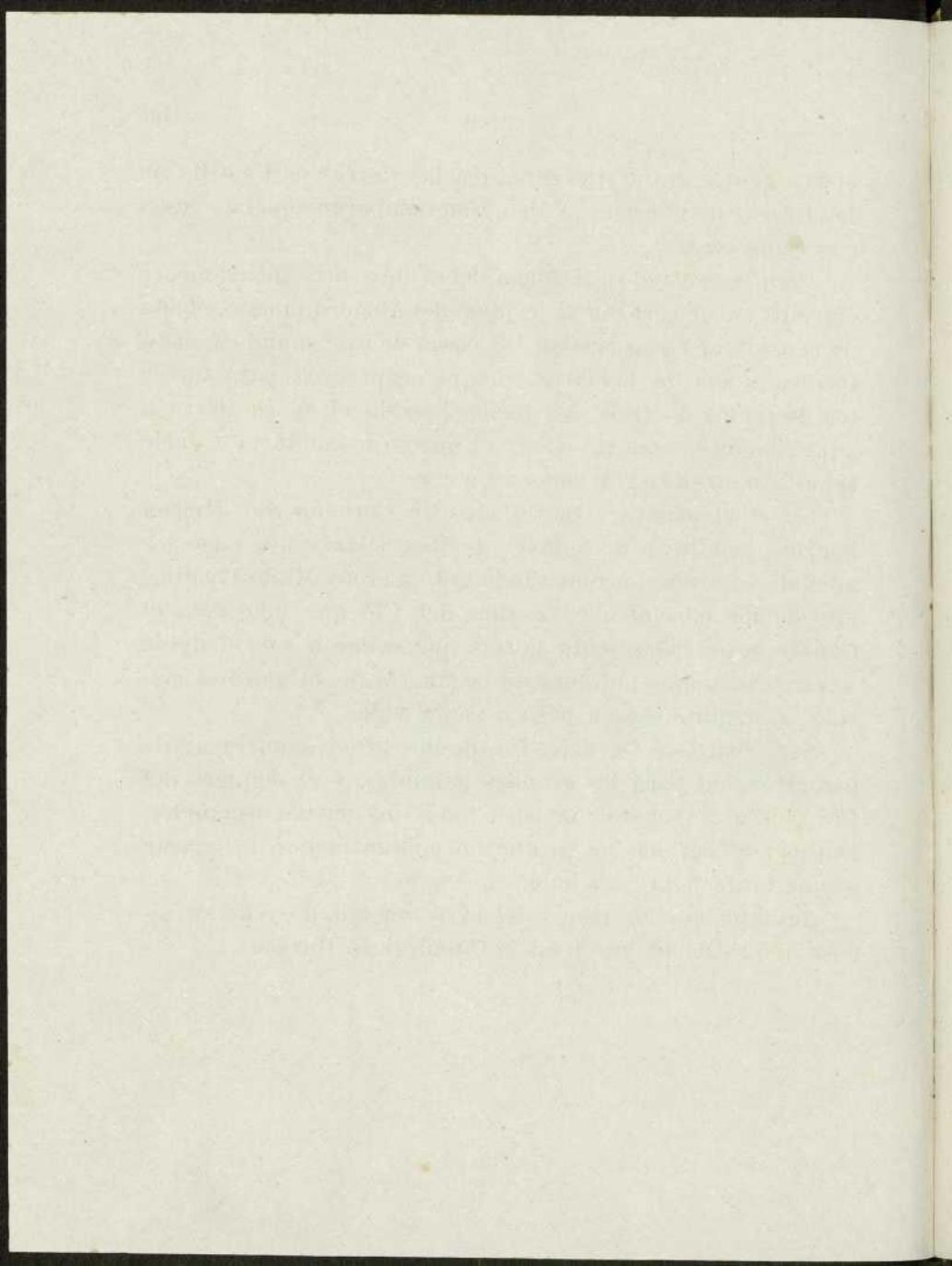
sierra *fiera* e grand que separaba las tierras de Castilla de las tierras de moros...; y debieron comparar aquellas cosas con estas otras.

Pero, sobre todos, Alfonso debía de sentir íntimamente clavada en el corazón la espina del remordimiento, debía de considerar cómo ruedan las cosas de este mundo y cuán incapaces son los hombres, aunque sean reyes, para torcer los designios de Dios. No había querido él en su tierra a aquel hombre como vasallo, y él mismo le conducía a darle sepultura en su tierra, como a un rey.

En el claustro de San Pedro de Cardaña dió Jimena honrosa sepultura al cadáver de Ruy Díaz y allí pasó los años de su viudez, acompañada del valeroso Muño Gustioz, uno de los parientes y vasallos del Cid que figura en el *Cantar* entre las sesenta lanzas que salieron con él desde Vivar. Cinco años después de la muerte de su glorioso marido, la amante esposa pasó a mejor vida.

San Pedro de Cardaña fué desde entonces un lugar de peregrinación para los grandes patriotas, y el sepulcro del Cid objeto de veneración para todos los buenos españoles, empezando por los reyes, que no podían menos de honrar al que tanta honra les había aportado.

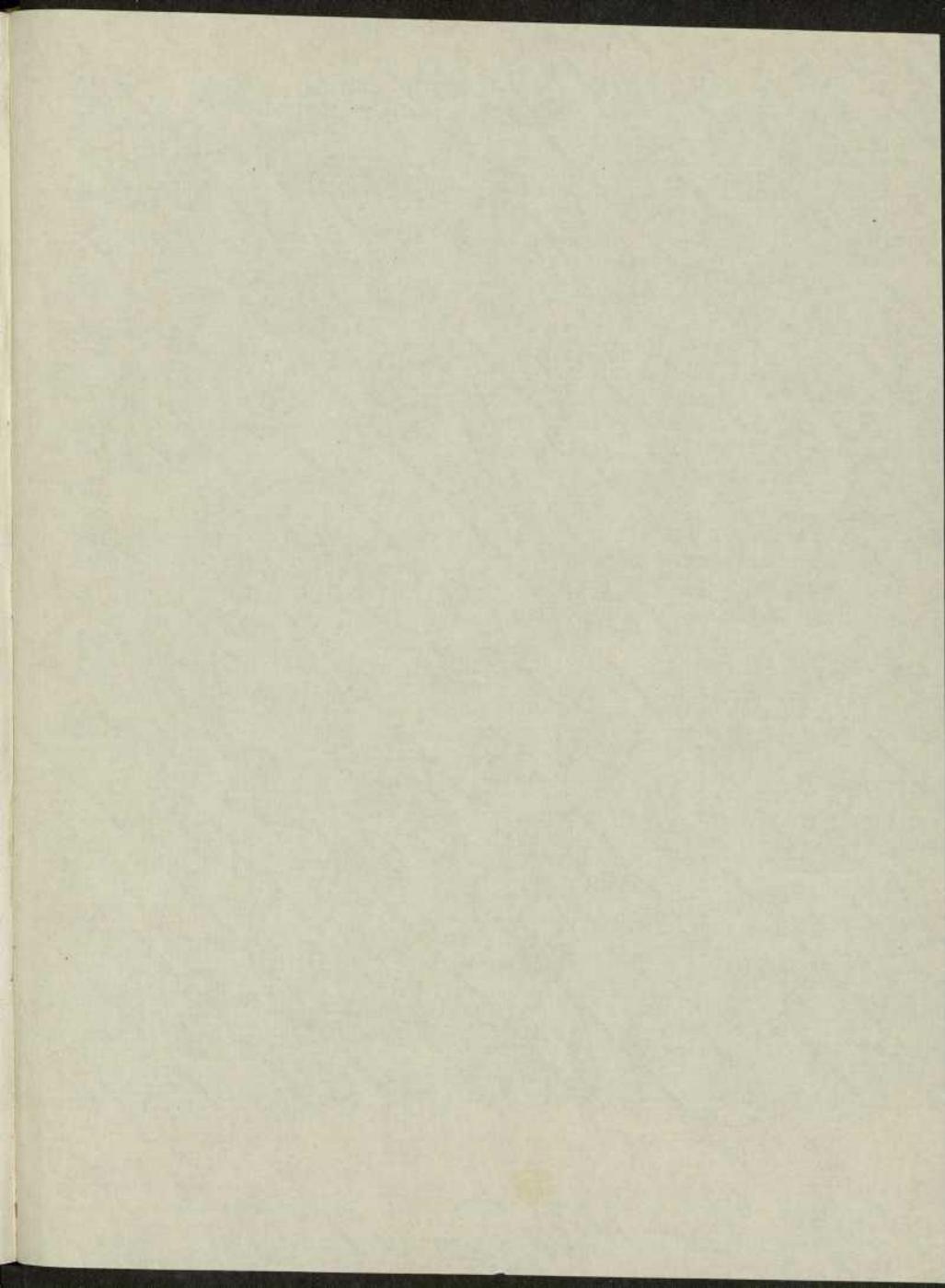
Actualmente los restos del héroe castellano y de su esposa doña Jimena yacen en la Catedral de Burgos.



# ÍNDICE

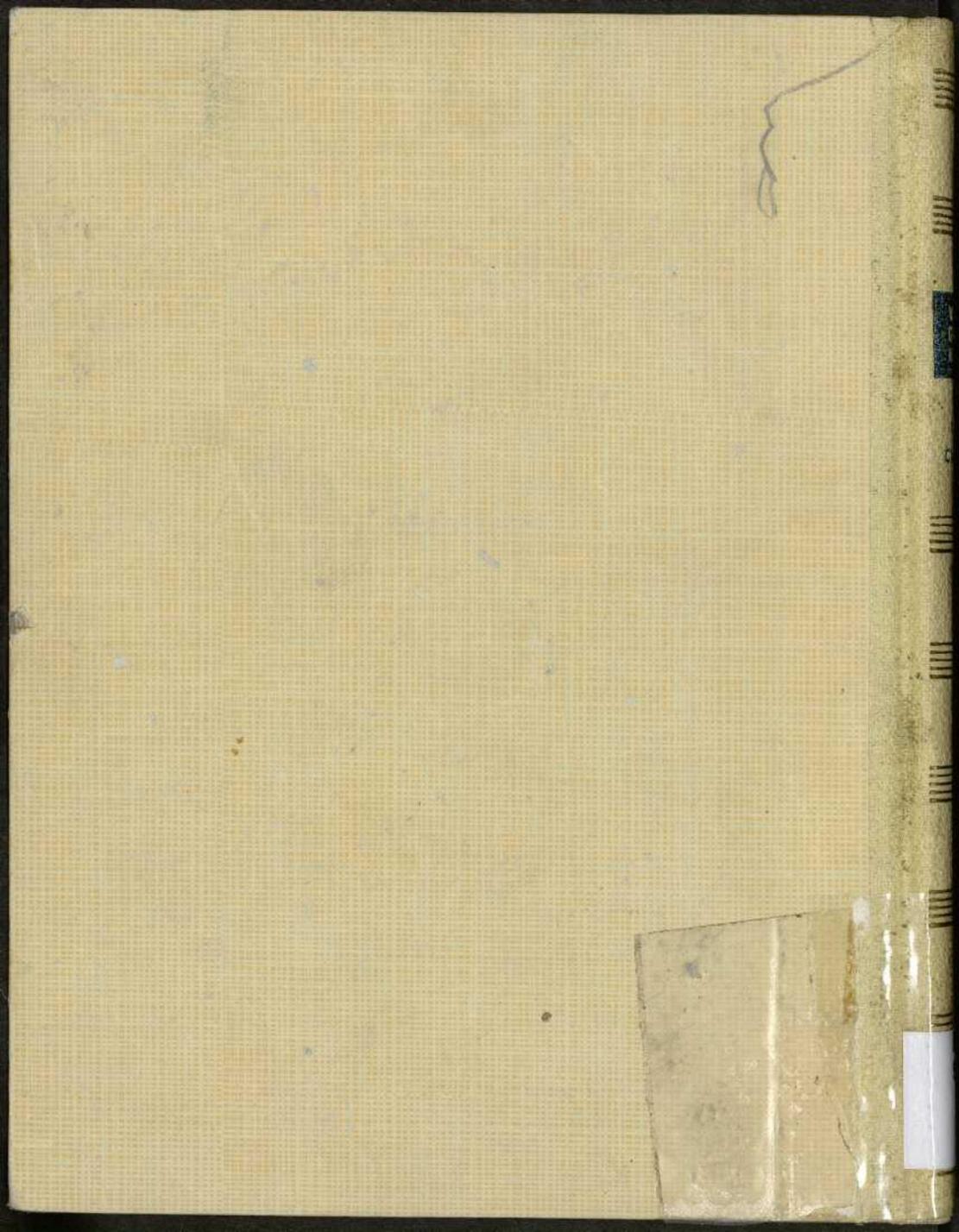
	Págs.
PREFACIO .....	5
CAPÍTULO PRIMERO. Estado político y social de España al nacimiento del Cid .....	9
CAP. II. Carácter del Cid según la leyenda y según la historia ..	15
CAP. III. Familia y ascendencia del Cid.—Sus primeros hechos de armas.—Batallas de Llantada y Golpejares.—Su intervención decisiva en los acontecimientos de Castilla .....	21
CAP. IV. Cerco de Zamora.—Embajada del Cid.—Asesinato de don Sancho II <i>el Fuerte</i> .—Situación creada en Castilla por este asesinato.—Célebre jura de Santa Gadea. ....	29
CAP. V. Disimulo de Alfonso VI.—Casamiento del Cid.—Batalla de Cabra, por la cual gana el Cid el nombre de <i>Campeador</i> .—Otra batalla contra los moros de Toledo.—Enojo del rey Alfonso.—Destierro del Cid .....	37
CAP. VI. Salida del Cid para el destierro.—El rey moro de Zaragoza.—Hazafías del Cid y valimiento en la corte de Zaragoza.—Batalla de Almenara.—Prisión del conde de Barcelona.—Recelos del rey de Castilla.—Batalla junto al Ebro contra el rey de Aragón y el moro de Denia.—Zaragoza recibe en triunfo al Cid .....	45
CAP. VII. Situación de Valencia.—Pretendientes de esta ciudad.—El Cid planea adueñarse de Valencia.—Su política y sus empresas guerreras.—Fidelidad del Cid hacia el rey de Castilla.—Valencia tributaria del Cid .....	57
CAP. VIII. Rencor del rey de Castilla contra el Cid.—Operaciones militares del Cid en todo el Levante.—Gran batalla campal.—Otra vez prisionero del Cid el conde Berenguer Ramón de Barcelona.—Lealtad y nobleza catalana y castellana.—Paz entre el Cid y Berenguer Ramón.—Tributos que cobraba el Cid de reyes y señores .....	65

	<u>Págs.</u>
CAP. IX. El Cid acude al llamamiento de Alfonso VI.—Odio de este monarca contra el Cid.—Alfonso pretende tomar a Valencia.—Terrible lección del Cid a Alfonso VI y a sus enemigos de Castilla .....	74
CAP. X. Rebelión de Valencia contra su rey.—Asesinato del rey de Valencia.—Cercos y toma de Cebolla.—Sitio de Valencia por el Cid .....	81
CAP. XI. El Cid asalta los arrabales de Valencia.—Los moros valencianos piden la paz.—Otra vez Valencia tributaria del Cid.—Expedición del Cid contra Albarracín.—Los almorávides acuden en socorro de Valencia.—Otra revolución en Valencia .....	90
CAP. XII. Retirada de los almorávides.—Más revoluciones.—Exigencias del Cid.—El hambre en Valencia.—Un tiranuelo.—El golpe de gracia .....	97
CAP. XIII. Condiciones para la rendición de Valencia.—Sagacidad del Cid.—Entrada del Cid en la capital.—El Cid ajusticia a Ibn Djahaf .....	106
CAP. XIV. El Cid, dueño y señor de Valencia.—Los almorávides acuden para libertarla.—Temores de doña Jimena.—Proezas del Cid.—Derrota de los almorávides.—Otras conquistas.—Audaz abastecimiento de Benicadell.—El Cid vuelve a derrotar a los almorávides .....	112
CAP. XV. Otras empresas militares.—Toma de Almenara.—Sitio y toma de Murviedro.—Casamiento de las hijas del Cid.—El Cid erige catedral en Valencia.—Enfermedad y muerte del Cid.—La sangre del Cid pasó a todas las casas reales de España.—Grandes descendientes del Cid .....	120
EPÍLOGO .....	129









VIDAS DE  
GRANDES  
HOMBRES

EL CID  
CAMPEADOR

EU  
9883